EL RESTO ES SILENCIO

c/o GUILLERMO SCHAVELZON AGENCIA LITERARIA

www.schavelzon.com

julio, 2011

ISBN 978-956-8992-13-2

Arte de Portada: Carola Undurraga

Fotografía de portada: Javiera Ovalle

Diagramación: Alexei Alikin

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Para Micaela y Sebastián

So tell him, with the occurrents, more and less, which have solicited.
The rest is silence.

William Shakespeare

Primera parte

SILENCIO BLANCO, SILENCIO NEGRO



1.



Las palabras son a veces como flechas. Van y vienen, hiriendo y matando, al igual que en las guerras. Por eso me gusta grabar a los adultos. Especialmente cuando cada uno habla de lo suyo, y de pronto, como por acto de magia, todos ríen al mismo tiempo.

Lo que abunda aquí abajo son piernas moviéndose de un lado para otro. Las hay de casi todas las especies: piernas de camellos, de conejos, de flamencos, de monos, y de otros animales cuyos nombres aún no aprendo. En mi mesa se sentaron tres señoras de tobillos tan gruesos como las patas de un elefante, un hombre con zapatos de golfista, y una jirafa que no tarda en sacarse sus sandalias doradas. A pesar de que todos hablan al mismo tiempo, y que me será difícil obtener algo que valga la pena, echo a andar mi Mp3 y grabo:

—La Tere y su marido llegaron en autos separados, ¿te diste cuenta?

—No los vi, pero no me sorprende nada.

En el parque, con la pajarera del abuelo como telón de fondo, los novios posan frente a un fotógrafo. Mi primo Miguel sonríe como si tuviera un palo atravesado en la boca. Entre los vestidos de colores veo a Alma. Ella mueve las manos y dibuja figuras en el aire cuando habla. Su pelo es rojo y tiene el mismo nombre del radiotelescopio más grande del mundo. La principal tarea de ALMA es estudiar la formación de estrellas. Con Kájef, mi mejor amigo, descubrimos que puede analizar partículas orgánicas como el carbono, lo que resolvería el Gran Enigma de cómo surgió la vida. Es increíble la cantidad de cosas que puede ver ALMA. En cambio, Alma, la mujer de papá, es más bien distraída. Pero a mí me da igual, porque a ella no le molesta que yo sea un poco lento y un poco torpe. A veces hacemos cosas que papá desaprueba. Hoy, por ejemplo, fue ella quien lo convenció de que mis primos se reirían del traje de niño viejo que suelo usar en las ocasiones importantes. Ambos sabemos, sin embargo, que da igual cómo venga vestido. No es que mis primos sean poco amables, pero llevan siempre el aire apurado de quien va en busca de un tesoro a un lugar lejano, al cual yo nunca estoy invitado.

—Te digo que no, ni siquiera se conocen.

La voz de la mujer es tan ronca como la de un sapo. Levanto un poco más el Mp3.

—Creí que eran amigas. Mira, ahí está, con los novios, frente a la pajarera.

De todos los pájaros que hay en la jaula de mi abuelo, los que a mí más me gustan son los faisanes dorados.

—Estás loca, jamás; tú sabes como es la Marisol.

La brisa marina eleva el mantel. Unos zapatos de hombre se detienen frente a la mesa donde me escondo.

—¡Carmen, qué gusto me da verte!

Es papá, con esa voz de doctor que jamás deja en casa. Si él me encuentra aquí, grabando a los adultos, se enojará muchísimo. Dice que “atento contra la privacidad de las personas”. Pero yo no sé muy bien qué es La Privacidad. Según entiendo, lo privado es lo que haces y sientes cuando estás solo. Estas conversaciones no me parecen privadas.

Una de las señoras mueve un pie a un lado y a otro, cualquiera diría que tiene una piedra en el zapato.

—Por favor, no se levanten —señala papá. Sostengo la respiración sin soltar el Mp3.

—Son muchos años sin vernos —dice la mujer.

—¿Cinco, seis?

—Por lo menos.

—Estás estupenda, Carmen. Qué bueno que viniste. ¿Y Jorge? —Papá habla en un tono calmo y a la vez alegre, el mismo que usa cuando alguien le pide un consejo.

—Se fue con una tipa hace dos años. Su secretaria —explica la mujer y lanza una carcajada—. No te preocupes, estoy feliz, me lo sacó de encima. Era un inútil.

—Si tú lo dices —responde papá.

—Lo decimos todas —interviene con rapidez una mujer. Parece que la hubieran pinchado con un alfiler.

Después de un rato los zapatos de papá se alejan. He tenido suerte que no me descubriera. Papá y Alma se quedarán aquí y yo tendré que volver a Santiago con uno de mis tíos. “Necesitamos descansar de ustedes”, me dijo Alma con su voz dulce y una gran sonrisa. Pero de todas formas no me pareció justo.

—Juan se volvió a casar, ¿verdad?

—Sí, con una mujer más joven.

Un poco flaca y blancucha para mi gusto —intervienen los zapatos de golf.

Los adultos llevan carteles sobre la frente, cuyos mensajes dicen cosas así: “Eres la persona más aburrida que conozco”, o “hueles muy mal”, o “me encantaría darte un beso”. Claro que aquí, bajo la mesa, no puedo verlos. Estoy cansado de seguir en esta posición, hecho un ovillo, pero a estas alturas sería sospechoso que saliera caminando como si nada.

—La verdaderamente regia es la novia —vuelven a hablar.

—¿Te refieres a Julia? Sí, es una chicoca morenita. Su familia es del sur. Nadie los conoce —comenta la jirafa, modulando las palabras como si masticara un hurón.

—En todo caso, por suerte Juan se volvió a casar; la enfermedad de Soledad fue tan triste y tan fulminante.

—¿Enfermedad? Es increíble la cantidad de mentiras que nos tragamos —dice la señora elefanta.

—¿De qué mentira hablas?

—Ay, Dios mío, no debí mencionarlo. Lo siento. No me pregunten más, por favor.

Como estoy bajo la mesa, no puedo ver el cartelito de la elefanta, pero para mí que quiere seguir hablando.

—Ahora no puedes dejarnos así.

La elefanta se queda callada un segundo y luego dice:

—Soledad no murió de una enfermedad. Se suicidó.

—¿Pero no había muerto de un aneurisma cerebral?

—Eso es lo que se dijo para no armar un escándalo, pero Soledad se suicidó, te lo puedo dar firmado.

Siento un dolor en el pecho. El Mp3 se me escapa de las manos y hace un ruido seco al caer. Mamá enfermó cuando yo tenía tres años. Enfermó de pronto, me dijeron. Y se fue.

—Es uno de los secretos mejor guardados de la familia Montes.

—Pero si Soledad era estupenda y se veía siempre tan alegre, tan satisfecha.

—¡Uf! Las apariencias engañan. Que Soledad pareciera una mujer feliz no significaba que lo fuera. De hecho, antes de suicidarse estuvo varios meses en una clínica. En Aguas Claras.

—No te lo puedo creer. Yo fui una vez como voluntaria. No era para Soledad. Tenía un parque bonito, eso sí, pero el resto daba pena.

Al principio recordaba a mamá todo el tiempo. Pero un día descubrí que aun cuando pusiera todo mi empeño, no podría dejar de crecer, ni tampoco olvidar. Las dos cosas van juntas y no hay forma de desamarrarlas.

—No querían que nadie se enterara. Si la ponían en la Clínica La Europea, de seguro se encontraban con alguien. De hecho, en esa misma época estuvo internado el hijo de María Elena, pero claro, en La Europea.

Mis recuerdos de ella se parecen a las películas. Hay una imagen que siempre vuelve. Estamos tendidos en el suelo de un cuarto vacío, mamá y yo. Ella me abraza. En el techo hay una ventana por donde miramos el cielo. A veces cierro los ojos e imagino que estoy ahí. Aunque siempre termino deseando que sea verdad.

—Pobre Juan.

—Alguna responsabilidad debe tener, ¿no? Mal que mal, era su mujer.

—No hables tonterías. Juan es un ángel.

—Hablando de responsabilidades, ¿supieron lo del ex marido de la Toti?

Si mamá se quitó la vida significa que no me quería.

Retengo la respiración y cuento: diez, nueve, ocho, siete, estoy seguro que puedo volver atrás, antes de esconderme bajo esta mesa, seis, cinco, la mamut es capaz de decir lo que sea para impresionar a sus amigas, cuatro, tres, dos... La cabeza me da vueltas y siento mil punzadas en el estómago, como si una hélice girara dentro de mis tripas. No aguanto más. Salgo de mi escondite corriendo. Resbalo y caigo. Me golpeo las rodillas y las manos.

He llegado hasta el fondo, donde el jardín cae en picada al mar. La luz en el cielo es blanca. Mis primos juegan a la pelota en la zona más alta del parque. Me siento en el pasto. Me abrazo las piernas y hundo mi cabeza en ellas. Huelo muy mal. No sé en qué momento mis tripas cedieron. Ahora sí que estoy perdido.

A veces sé lo que es sentirse infeliz, esperar a que llegue la noche para esconderme bajo las sábanas, cerrar los ojos y huir para siempre en la barcaza de Kájef. ¿Es esto lo que sentía mamá?

2.

♒

En la pista, los chicos más jóvenes han empezado a bailar. Me saco las sandalias de tacón y me interno en el jardín por el camino de gravilla. Cuando alcanzo el bosque de peumos, me echo en el pasto. Es una tarde cálida, y las olas se desploman con prudencia en la barrera de algas. Más allá de la casa, sobre la extensa superficie verde del Club de Golf, se divisan las siluetas de un grupo de jugadores. Recuerdo la primera vez que pisé este lugar, la casa veraniega de la familia Montes. Ahora, después de siete años, la sensación de embeleso y temor que me produjo ha desaparecido.

Puedo ver nítidamente al padre de Juan sentado en un sillón Luis XV, su frente alta y su nariz delgada de aristócrata mordaz, su forma indolente de levantar la cabeza y mirarme. Tenía una expresión que, sin dejar de ser afable, contenía la distancia de quien jamás termina de reconocer a las personas que lo rodean. El bebé de escasos meses que yo traía en un coche, y que a todas luces no era el fruto de la unión reciente con su hijo, debió impactarlo. Sin embargo, su talante no cambió ni un ápice. Esa actitud, a la vez casual y fría, era la perfecta pantomima para el telón de fondo de la casa y su mobiliario. Me fue difícil imaginar un rincón de este sitio, congelado en el tiempo, donde pudiera sentirme a gusto; aun así, lo único que ansié desde el primer instante fue encontrarlo.

Después de la comida paseamos por el parque. Juan tomó el coche de Lola, y junto a su padre recorrimos los senderos con sus setos de boj y sus piletas que reflejaban los colores volubles del cielo. De tanto en tanto, Juan me sonreía, sopesando mis reacciones con su mirada. Eran infinitos los aspectos que nos separaban, que nos hacían diferentes, pero en ese entonces yo no estaba dispuesta a pensar en ellos.

Cuando retornamos a la casa, don Fernando quiso mostrarme su biblioteca. Juan debía hacer un par de llamadas y se excusó de acompañarnos. Seguí a don Fernando a lo largo del amplio corredor de cerámicas hasta alcanzar —en el otro extremo— la biblioteca: una habitación de techo alto, gruesas vigas y paredes de piedra. Después de mostrarme su colección de pipas, don Fernando se subió a una escalerilla, y de una repisa en lo alto extrajo un álbum de fotos. Al entregármelo, su tono de voz sonó hueco y perentorio.

—Ábrelo.

Me encontré con decenas de fotografías de Juan, desde sus años de adolescencia hasta entrada la madurez. Sus viajes, sus amigos, los deportes que había practicado, su metamorfosis. Pero lo que quedaría

grabado en mi memoria no serían las imágenes, sino los espacios en blanco entre ellas, las decenas de fotografías que habían sido arrancadas de sus páginas.

—Son las fotos de Soledad —señaló don Fernando—. Se conocieron de niños.

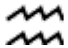
La precisión con que Juan había extirpado las imágenes de su mujer me estremeció. Recorrí una a una las hojas del álbum bajo la mirada atenta de don Fernando. Esa tarde me planteé una pregunta que habría de volver: ¿qué yacía bajo su apariencia de hombre justo y sosegado? Así como había removido las fotografías de su mujer muerta, debía haber otros aspectos de su vida que yo jamás conocería: deseos ocultos, miedos, obsesiones. Quizá yo misma llegaría a ser un espacio en blanco en un álbum de fotografías.

La única pregunta que don Fernando me hizo esa tarde, y que llamó mi atención, fue si yo tenía ascendencia judía. Le respondí que no. Con una sonrisa, él señaló que le parecía muy bien. Entonces yo añadí que si escarbaba hacia atrás, tal vez me encontrara con un ancestro judío, como tantas otras familias. Don Fernando hizo girar el bastón con su caña de plata en el aire, y señaló que la Tierra era redonda antes de Colón, pero que hasta ese entonces los hombres habían vivido perfectamente pensando que era cuadrada. Su imagen me resultó confusa. Tal vez se refería al hecho de que si tenía alguna ascendencia judía, mientras yo no lo supiera podía seguir viviendo como si no lo fuese.

Más tarde, cuando nos reunimos con Juan, no le comenté que había visto su álbum. Jamás lo he hecho. Tal vez por temor a descubrir algo que me hiera o que nos separe. Años después, sin embargo, a raíz de un incidente que no recuerdo, le conté sobre la extraña pregunta de don Fernando. Con un tono cortante, él me respondió que su padre estaba viejo y que lo hacía para llamar la atención. Sus palabras no me parecieron convincentes, pero preferí no darle más vueltas al asunto. En cuanto a Soledad, la única fotografía que he visto de ella es la que Juan guarda celosamente en uno de los cajones de su escritorio.

Antes de regresar a Santiago, don Fernando abrió una botella de champaña y brindó por nosotros. Nuestra relación no habría sido posible sin su consentimiento. Se lo comenté alguna vez a Juan, y él fue categórico al señalar que nada habría cambiado, el parecer de su padre estaba lejos de afectarle, y lo único valedero era el sentimiento que albergábamos el uno por el otro. No obstante, con el tiempo me he dado cuenta de cuán determinantes son para él las opiniones de su familia. También llegué a entender que la cordialidad de don Fernando hacia mí, y por consiguiente la del resto de su grupo familiar, no fue casual. Mi apariencia eslava y los tintes de cultura que adquirí en Europa jugaron a mi favor. De haber sido morena, bajita y provinciana, les habría resultado más difícil aceptarme. También influyó la época. Hoy, hacer caso omiso de las diferencias es, para quienes se consideran cultos, una

forma elevada de actuar. Aun cuando en privado éstas les resulten deplorables. Don Fernando debió ver el beneficio de nuestro lazo. Acogerme era aparecer frente a sus coetáneos como un hombre moderno, sin correr grandes riesgos. Desde el primer momento demostré ser una mujer lo suficientemente dócil como para adaptarme a sus costumbres y a su vida.



En la terraza principal las parejas maduras se pasean y se saludan con un gesto de la cabeza. Exhalando risotadas, los hombres se palmotean la espalda, recordando acaso que han crecido juntos, que han asistido a los mismos colegios y se han adentrado a la vida adulta por el mismo camino. Algunas mesas siguen ocupadas por personas que toman bajativos y comen pastelillos con el rostro sudoroso y un aire de querer pasar un buen rato a toda costa. Juan, sentado a una mesa con tres de sus hermanos, se desliza en la silla unos centímetros para estirar las piernas. De pronto saca el móvil de su bolsillo y se lo lleva al oído. Se levanta y se aleja un par de metros. Asiente varias veces. Al cabo de unos minutos se aproxima al sendero que se adentra en el jardín y mira a lado y lado; creo que me está buscando. Lo observo aún un tiempo antes de hacerme ver. Si me avista, es que la conexión persiste. Con Tommy solemos jugar a buscarnos por telepatía. Él no sabe que tiene un olor inconfundible, a niño, como el de Lola, pero más intenso. Juan no me ha descubierto. No voy a ayudarlo. Se aproxima a su padre. Sentado en solitario, y atento a los movimientos erráticos de los invitados, don Fernando sostiene recto su bastón, mientras vigila la decencia ajena con un rigor ante el cual es imposible no sentirse intimidado. Juan apoya una mano en su hombro y le da un beso en la mejilla. ¿Acaso se despide de él? Eso es imposible. Acordamos que pasaríamos esta noche en Los Peumos. Necesitamos estar a solas. Sobre todo cambiar —aunque sea ínfimamente— el orden establecido de las cosas, crear una ranura por donde vuelva a entrar el deseo. Cada día, ese gesto que pone en marcha el mecanismo de la pasión se hace más difícil. He puesto mis esperanzas en esta noche, pero si fracasamos, ya no podremos culpar a los niños, a las preocupaciones del día, al cansancio. Juan se lleva otra vez el móvil al oído. Se pasea gesticulando. Me levanto para ir a su encuentro y diviso la figura menuda de Tommy al otro extremo del jardín. Está solo, como siempre, y bate una rama en el aire. Desciendo la pequeña loma y tomo el sendero de grava en dirección a la terraza. Cuando lo alcanzo, Juan se despide de uno de sus hermanos con una expresión preocupada.

—¿Qué pasa? —inquiero, mientras me calzo las sandalias.

—Tienen un corazón para el niño. Ya va en camino —señala, mirando la hora.

—Pero Juan, me dijiste que si esto pasaba dejarías que Sergio se hiciera cargo.

—Lo siento, Alma.

Busco en su expresión severa un sentimiento auténtico de pesar y no lo encuentro.

—¿Tú crees que con decir “lo siento” basta? —recalco con sorna—. Me lo prometiste. Llevamos semanas planeando esto.

—Tengo que ir, de veras. Es mi obligación —aduce.

—Sergio lleva dos años esperando que por una vez tú le des la oportunidad.

—No ésta.

—Nunca lo vas a hacer. Es lo que más gozas, ¿verdad? Abrir las puertas del quirófano y ver esas caras que te observan como si fueras Dios. —Comprimo los labios para sofocar la rabia—. Perdóname, no quise decir eso.

—Da igual —zanja con mesura y frialdad.

Se pasa la mano por el pelo y deja al descubierto su frente amplia. Un mechón rebelde cae sobre sus cejas. Respira hondo y, en un tono de agitación contenida, declara:

—Es un chico de doce años, como Tommy.

—No me digas eso. Sergio es tan capaz como tú de hacer esa operación; si no, no te lo pediría. Quiero que te quedes porque es importante para nosotros. —Hablo en susurros, como a él le gusta cuando estamos frente a otras personas. Juan mira hacia arriba con una expresión de impaciencia.

—Alma, te lo ruego, no me presiones. Me haces las cosas más difíciles. —Una mueca de inquietud y rabia aparece en su rostro.

—Es lo que quiero, ¿no te das cuenta? Hacerte las cosas difíciles. Al menos provoco algún efecto en ti.

—Tengo que irme. ¿Has visto a Tommy? —lo escucho decir.

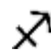
—Está allá —indico con un gesto de la mano—. Anda a decirle que te vas.

—Le pedí a mi hermano Rodrigo que los llevara de vuelta a Santiago. ¿Está bien?

—De acuerdo.

Me da un beso y pasa su mano por mi mejilla, como el hombre sensato y bondadoso que es. Mientras lo veo alejarse, diviso la silueta raquítica de Tommy en la pradera, luchando como siempre contra un enemigo imaginario.

3.



Las fuerzas enemigas enviaron a un emisario que tiene la apariencia de mi padre. Tengo que resistir, levantar armas, pero sobre todo confiar en que el Bien se impone siempre al Mal.

—Hola, campeón —lo escucho decir a la distancia. Es un trabajo bien hecho. Lo han instruido incluso en el lenguaje que compartimos. Por fortuna, mis poderes para advertir el peligro son más eficaces. Levanto el arma en posición de alerta.

—Tengo que irme a Santiago, me llamaron de la clínica. Te vas a volver a casa con Alma y el tío Rodrigo. Ven a despedirte, Tommy.

No va a engañarme. Nunca más. Claro que quiero abrazarlo. Quisiera escucharle decir que mamá no se quitó la vida, que se trata de uno de esos cuentos de los adultos que al pasar de boca en boca se van llenando de monstruos y de desgracias. El hombre que tiene la apariencia de mi padre toma un arma del suelo y la sostiene en posición de ataque.

—Está bien. Si quieres resolver esto en una lucha cuerpo a cuerpo, así se hará —dice.

Levanto mi palo y lo golpeo contra el suyo. Nunca antes había atacado a alguien que no estuviera en mi cabeza. Me arrojo contra papá un par de veces más. Por suerte, puse un par de jeans dentro de mi mochila, en caso de que mis primos, milagrosamente, me invitaran a una de sus aventuras. Pero aun así, temo que el olor permanezca pegado a mi cuerpo y que papá me descubra. Él no se defiende.

—Ya basta, Tommy —me detiene con una sonrisa que no alcanza a serlo —. Sabes que no puedes agitarte.

El cartelito en su frente dice: “Sabes que eres débil y que jamás podrás vencerme”. Vuelvo a asestar un golpe. He desobedecido. El hombre cruza su palo. Nuestras armas quedan sostenidas en el aire, una contra la otra. Estamos frente a frente. Respiro con cierta dificultad. Miro su mentón cuadrado, su frente atravesada por largas líneas, al tiempo que procuro con todas mis fuerzas esconder mi respiración irregular. Puedo reproducir su cara milímetro a milímetro a ojos cerrados. Suelo imaginar que son los rasgos de un guerrero sabio y duro. El guerrero en que yo mismo, con el tiempo y la ayuda de mi amigo Kájef, me convertiré. Pero ya no sé qué es lo que veo. Papá me mintió. Me pican los ojos, pestañeo con fuerza. Debo seguir combatiendo.

—Tommy, tendremos que seguir otro día, ahora tengo que irme. —Arroja su palo al suelo y se acerca a mí para despedirse.

—¿A quién tienes que ir a operar ahora?

—A un niño, se llama Cristóbal Waisbluth. Estábamos esperando un corazón para él y encontramos uno. Ahora lo llevan a la clínica.

—Eso significa que alguien está en estado de coma, ¿verdad? ¿Es también un niño?

—Todavía no lo sé. Podría ser el corazón de un adulto. Mañana te cuento. Cuida a Alma por mí. ¿Me lo prometes? —Toma mi pera, me da un beso en la frente y se aleja a paso rápido con la chaqueta al hombro.

Cuando buscas un corazón, lo que de verdad esperas es que alguien muera para tú poder vivir. No me parece extraño. Mi vida sería mucho mejor si Lola, mi hermanastra, desapareciera. También, cuando empecé a querer a Alma, tuve que dejar morir un poco a mamá. No podía tener el corazón repartido por aquí y por allá.

Recojo mi palo del suelo y con el pie lo hago pedazos. No he terminado aún de destruirlo cuando advierto que el sol está a punto de desaparecer bajo el mar. Mientras desciende muy pero muy rápido, pienso que éste es el único instante en que los seres humanos podemos ver el movimiento de la tierra. Por eso me gusta, y por el rayo verde. Aunque Alma dice que se trata de un fenómeno óptico, yo no estoy seguro de que así sea. Nos convencemos de que está frente a nuestros ojos porque nos gusta verlo. Yo soy bueno en eso, me invento historias, incluso recuerdos. Si no, ¿cómo explicar que recuerde la muerte de mamá?

Crecer es como subir un cerro con un gran cartel atado al cuello que dice: OLVIDA. A veces sostengo la respiración para detener el tiempo. Así como doy pasos hacia delante o hacia atrás, así como cuento del uno al cien y luego del cien al uno, no entiendo por qué el tiempo no puede retroceder a ese entonces, cuando mamá aún estaba viva.

4.

⌛

A través de la ventanilla, las cabezas van haciéndose cada vez más pequeñas. Sé que es imposible, pero de todas formas busco la cabellera roja de Alma. No era mi intención pelear con ella. Mi partida no fue premeditada, simplemente es así como se dieron las cosas. Desde lo alto todo se vuelve insignificante: las rencillas con Alma, el comportamiento tan particular de Tommy, mi padre con sus rabietas, mis hermanos y sus preocupaciones. La altura —como el tiempo— destaca lo que nos es más grato. Pienso en la lucha que sostuvimos con Tommy. Nunca antes lo había visto desplegar el arrojo propio de los niños de su edad. Por fin está creciendo.

No puedo pensar sino que algo especial me vincula a Cristóbal Waisbluth. Él y Tommy nacieron con la misma anomalía: un tipo raro de enfermedad cardíaca llamada corazón izquierdo hipoplásico. La diferencia es que el corazón de Cristóbal no reaccionó a las tres operaciones del procedimiento Norwood de la misma forma que el de mi hijo.

Emma, su madre, me recuerda a Soledad. No es su apariencia física. Soledad era una mujer de cuerpo casi infantil; la madre de Cristóbal, en cambio, es una mujer que sin ser gruesa tiene una contextura grande, de aquellas que parecen hechas para sortear la adversidad. Ambas se vieron enfrentadas al nacimiento de un niño cuyo ventrículo izquierdo, al ser de un tamaño menor al normal, era incapaz de mantener la circulación necesaria para abarcar todo su cuerpo. Un niño que podía morir en cualquier minuto.

Ni Soledad ni yo estábamos preparados para lo que nos tocó vivir. Pero, a diferencia de Soledad, yo tenía una vía de escape. Fue cuando descubrimos la enfermedad de Tommy que decidí especializarme en cirugía cardíaca. Siempre había un dilema que resolver, un procedimiento que ejecutar, una información que obtener. De alguna manera, mi actividad y mi carácter práctico me eximían de hurgar en mis emociones. Soledad sí que vivió esos momentos, y fue tal vez entonces cuando descubrió cuán estériles eran sus esfuerzos por sobreponerse a ellos. Durante los primeros meses de vida de Tommy, Soledad pasó la mayor parte del tiempo junto a su cuna en el hospital. En una ocasión alcanzó a estar tres días y sus noches sin moverse de su lado, sin siquiera ducharse. Fue su madre quien acudió a la clínica y le exigió que se cuidara. “¿Quieres morirte tú también?”, la encaró gritando. “Mi hijo no va a morir, mamá, quiero que te lo metas bien adentro de la cabeza. No mientras yo esté viva”. Los destellos feroces de sus ojos nos atemorizaron. Parecía capaz de arrancarle lo que fuese a

quien fuera para salvaguardar la vida de su hijo. Ojalá hubiésemos sabido en ese momento cuánta oscuridad ocultaban sus palabras.



La intervención está prevista para una hora más. Comienzo a sentirme inquieto. Un estado donde se conjugan impresiones tan dispares como el dominio de mí mismo y la incertidumbre. No puedo obviar el hecho de que en cualquier minuto la situación puede tomar un giro impredecible, ese elemento que los creyentes llamamos fuerza divina; los fatalistas, destino, y otras personas, azar.

Me aproximo a la capital. Las primeras luces de las calles dibujan líneas rectas y curvas sobre la superficie oscurecida de la tierra. Santiago, cuya apariencia diurna es más bien caótica, en el atardecer adquiere la pulcritud de un dibujo. Y entre esas líneas regulares, en algún lugar de esta ciudad, hace menos de dos horas se estrelló la joven que donó su corazón.

5.

♒

El avión de Juan se interna en unas nubes desflecadas, se vuelve un punto en el espacio y luego desaparece. En el centro de la pista, Miguel y Julia hacen giros de vals mientras sus amigos los circundan y aplauden. Un joven pálido y de rostro afilado se aproxima a ellos y comienza a trazar círculos a su alrededor. Chasquea los dedos al ritmo de la música, frunciendo la boca en forma de trompa. Con una expresión desesperada ciñe a la pareja con ambos brazos y deja caer la cabeza sobre el hombro de Julia. Miguel abre los codos intentando zafarse, pero el chico, con los puños cerrados, pareciera estrecharlos con más energía aún. Entre los dos hombres, Julia levanta la cabeza buscando aire. La fuerza ciega de la salva de aplausos continúa en torno a ellos. Un estruendo de voces femeninas repite: “¡El beso, el beso!”. De pronto un hombre se les acerca, toma al chico de los brazos y lo separa de la pareja. Por un segundo pienso que es mi imaginación. No es primera vez que diviso a Leo en otra persona. El joven lanza un grito y se aleja dando vaivenes con un puño en alto. Leo lo sigue. Tiene la misma forma de moverse de antaño: meciendo los hombros levemente a lado y lado, con esa flexibilidad donde se conjugan de forma curiosa el aplomo y la vacilación. Viste un terno oscuro, holgado. Ambos se detienen frente al bar. Leo habla al tiempo que se lleva las manos a la cabeza; se diría que la comunicación entre él y su interlocutor no marcha del todo. A la distancia no parece haber cambiado mucho. Conserva su constitución delgada, su pelo corto y ensortijado. Lo que no consigo advertir es si guarda todavía ese gesto de desdén en los labios, ese rostro atezado y adusto, los ojos grisáceos y los caracoles negros dibujados en el fondo de sus pupilas. Leo y el chico desaparecen de mi campo visual. Miro hacia la playa. Una luminosidad plateada emerge de las rocas cercanas, como si un reflector interno traspasara su superficie.

Los recuerdos se agolpan en mi memoria. Todo lo que ocurrió después de la última vez que estuvimos juntos. El fin abrupto de mi adolescencia.

♒

Hasta los dieciséis años mi percepción del mundo era la de una casa deshabitada llena de agua. Una construcción de dos plantas que se erguía en medio de un erial con sus persianas cerradas y un aire melancólico. En alguno de sus cuartos, oculto a la luz y a las miradas, habitaba un pez. Ese pez era yo.

Vivía en ese entonces con mi madre en un departamento minúsculo y venido a menos, en una calle del centro. Papá había emprendido su primera excursión al sur en busca de un lugar donde mudarnos, y con Maná —el nombre que un gurú le dio a mi madre— nos las arreglábamos como podíamos. Nuestros escuálidos ingresos provenían de las clases de meditación que Maná daba a señoras ricas, y de lo que yo obtenía los fines de semana como empaquetadora en un supermercado. Eso no impedía que cada tarde Maná llegara con nuevos amigos a nuestro departamento y que se quedara con ellos hasta altas horas de la noche tocando guitarra, escuchando música y fumando porros. Yo cerraba la puerta de mi cuarto, entraba en mi casa de agua y me quedaba dormida. No me resultaba difícil. Allí dentro no me llegaban el humo ni los amantes de Maná. Tan sumergida estaba a veces en sus habitaciones, que cuando alguien me hablaba no entendía sus palabras.

En el colegio las cosas no eran muy diferentes. Veía cómo mis compañeras se miraban en los espejos, en las ventanas de las salas y de los pasillos, cómo sus faldas se iban haciendo cada vez más cortas, sus bocas más rojas, sus ojos más profundos. No me costaba entender a qué respondían sus miradas cargadas de designios, las había visto mil veces en los ojos de mi madre. Pero yo vivía en una casa de agua y mi piel era inmune a esos nuevos efluvios que corrían por sus cuerpos.

Fue una compañera de curso quien me invitó a la fiesta. A cambio me comprometí a hacer sus deberes durante dos semanas. Cuando llegamos, la fiesta estaba en su apogeo y la chica desapareció de mi vista rápidamente. El acuerdo no contemplaba que ella se hiciera cargo de mí. Era una casa moderna, que se extendía a lo largo de un corredor de vidrio. En cada habitación había chicos conversando en voz baja, sentados en butacas y fumando como personas mayores. En la sala principal las parejas bailaban muy juntas. Decidí quedarme en el cuarto donde había una biblioteca. La conversación era animada y nadie notaría mi presencia. Encontré un libro sobre mariposas y me instalé en un rincón a hojearlo. Leo estaba sentado en un sillón de terciopelo granate con un vaso de Coca-Cola en la mano. Tenía un semblante de aire romántico, los ojos retraídos, un tanto irónicos, y a pesar de su baja estatura, saltaba a la vista que era mayor que el resto. Los tipos a su alrededor hablaban con ímpetu, pero él no parecía escucharlos. De tanto en tanto hacía algún gesto de asentimiento. En alguno de esos suaves descensos a la realidad debió verme. Yo tenía los ojos fijos en él. Cuando nuestras miradas se cruzaron, yo sonreí, intuyendo que su distancia con el mundo era similar a la mía. Puedo ver su leve tardanza, sus ojos que continuaron perdidos por una fracción de segundo, y luego la fabulosa sonrisa. Se llevó las manos al cuello y simuló apretarlo, al tiempo que una mueca emergía de su rostro aún sonriente. Me largué a reír y las miradas de los demás se volvieron hacia mí con desconcierto. De un salto Leo se levantó de su sillón.

—¿Te gustan las mariposas? —me preguntó, señalando el libro que yo sostenía en las manos.

—La verdad es que sí.

—Yo las detesto —admitió riendo.

Nuevamente su sonrisa, que tenía la aptitud de transformar su expresión taciturna, cansada incluso, en un semblante vivaz, lleno de energía. En el mismo rostro parecían convivir un hombre adulto y un niño. Ese paso repentino entre uno y otro era desconcertante, pero a la vez atractivo, al punto de que resultaba difícil no mirarlo.

—Éste, por ejemplo, me gusta mucho —declaró, sacando un libro del estante que estaba sobre mi cabeza. Era un ejemplar de El amante de Lady Chatterley.

—¡A mi madre le encanta! —exclamé con pueril entusiasmo. Después de pronunciar estas palabras, enrojecida, desvié los ojos—. A mí también en realidad —añadí sin levantar la mirada. Movida por un instinto enuncié algunas líneas—: “Nuestra época es esencialmente trágica, por eso nos negamos a tomarla trágicamente”.

Dio vuelta las páginas de un modo grave y cuidadoso.

—Sí que lo has leído —observó, alzando las cejas—. Por eso me llamaste la atención.

—¿Soy tan evidente?

—Bueno, no es usual que una niña linda como tú esté en un rincón con un aburrido libro de mariposas, cuando podría bailar con quien quisiera.

Volví a reír.

—¿Cómo te llamas?

—Alma.

—No lo puedo creer. Es un designio.

Era el tipo de reacción que solía desatar mi nombre. Volteé la cara.

—No me tomes a mal, por favor, lo digo en serio —afirmó. Me cogió del rostro e hizo que lo mirara—. ¿Ves? Estoy hablando en serio. No todos los días me encuentro con alguien que se llama Alma y se sabe de memoria El amante de Lady Chatterley. Te lo ruego, no me tomes a mal.

El contacto de sus dedos hizo que las mejillas empezaran a arderme. Deslizó su mano, apresó mi brazo, y su pulgar rozó el costado de mi pecho a través de la blusa. Sentí una fuerte presión en el bajo vientre. Tenía ganas de moverme. Un hormigueo recorría mi espina dorsal. Era tan apremiante que apenas podía respirar.

—No estás tomando nada, ¿quieres algo? —me preguntó, esbozando una sonrisa.

Caminamos juntos hacia la cocina. Sacó para mí una cerveza y rellenó su vaso de Coca-Cola. Le ofrecí un sorbo de mi lata.

—Yo no puedo tomar alcohol. Estuve en una clínica de rehabilitación.

Sus palabras me impresionaron, dejaban al descubierto sus infortunios y nos hermanaban; afuera estaban los otros con sus vidas felices. Permanecimos unos minutos en la cocina escuchando los parloteos e intercambiando miradas de complicidad. Nuestras sonrisas, cargadas de sarcasmo, reconocían de forma implícita que éramos los únicos allí presentes capaces de advertir la estupidez humana.

Al cabo de un rato salimos al jardín y nos sentamos en el pasto para alejarnos de la agitación en la terraza. Leo encendió un cigarrillo. No había la menor brisa y el humo ascendía en línea recta, desvaneciéndose en la oscuridad. Me habló de la clínica de rehabilitación, de su pieza con una imagen de El Bosco, de un amigo que murió intoxicado. Me contó del hoyo que cavó en el fondo del jardín. Cada tarde cavaba un poco más hondo, hasta que el agujero fue lo bastante ancho y profundo como para sentarse dentro. Volvió allí todas las tardes, pero un día encontró el agujero cubierto de tierra.

—¿Por qué lo hiciste?

—Para tener un lugar que fuera mío —declaró con absoluta seriedad. Se notaba en su voz el ahogo, la sed que lo había llevado hasta allí.

Me pareció evidente, al punto de lamentar haberle formulado la pregunta. Me miró de soslayo, con un dejo de timidez, y pensé que sus palabras eran el atisbo de un sentimiento más extenso. Le dio una calada a su cigarrillo, lo arrojó al césped y lo aplastó con su zapato. Después me pidió que le hablara sobre mí. Le conté que mi padre buscaba una tierra en el sur donde pudiéramos vivir tranquilos.

—Tranquilos. No sé qué quiere decir él con eso. Suena como a enterrarse vivo —señalé con un tono liviano que, no obstante, dejaba traslucir la ansiedad que me producía el precario estado de nuestra vida familiar.

Leo rió. Costaba imaginar que un chico con esa risa pudiera amanecer borracho. Seguimos charlando. Él más que yo. Bajo el influjo de su voz,

todo parecía más simple, más radiante, incluso las cosas que carecían de forma, como el miedo. Pero aun así no me era fácil salir de mi casa de agua. Poco a poco, sin embargo, el entusiasmo hizo presa en mí. De pronto, ambos hablábamos animadamente, opinábamos, nos hacíamos preguntas, descubriendo acaso que las palabras eran el único instrumento que teníamos para sacar nuestro ímpetu de su guarida.

—Tengo que irme —me advirtió—. Llegar antes de la una de la mañana es parte del acuerdo con mis padres.

—Un dejo de insolencia se asomaba en su expresión.

Ofreció llevarme de vuelta a casa, pero yo le dije que no era necesario. El lugar donde vivíamos con mi madre me avergonzaba. Nos despedimos con un abrazo.

Cuando estuve segura de que Leo ya había partido, salí a la calle. Caminé durante horas; mi sentido de orientación y mi instinto me ayudaron a encontrar el camino a casa. No sentí temor, la emoción que me embargaba era más poderosa que el miedo. Cuando llegué, Maná dormía con la puerta abierta. Un hombre roncaba a su lado. Cerré la puerta con cautela y entré en mi casa de agua.

6.

♐

Alma viene a mi encuentro. En una mano trae un plato con dos pedazos de torta y en la otra una botella de Coca-Cola.

—Tengo hambre, ¿tú no? Me robé esto de la cocina —señala.

Nos sentamos uno frente al otro con el plato y la botella entre nosotros. Una pareja baila sin zapatos en el jardín. En la pista, mis primos lideran el baile del trencito.

—Olvidé traer tenedores —se excusa, levanta las cejas y se lleva una mano a la boca. Los dos sonreímos porque sabemos que no ha sido un olvido.

Miramos el mar. Nubes rojas y amarillas se desprenden del agua como soldados acuáticos prontos a conquistar el cielo. Comemos con las manos. Alma se lame los dedos y yo también.

—Papá se fue otra vez.

—Tenía una operación muy importante.

Asiento con la cabeza sin mirarla. No quiero que vea mis ojos porque se dará cuenta de que no estoy contento. Alma siempre ve las cosas.

—Es su trabajo, Tommy. Ven. —Estira un brazo y me toma la cabeza para que la ponga en su regazo.

Me echo boca arriba. Guardamos silencio, uno de esos que llenan el espacio en lugar de vaciarlo. Los guerreros se deshacen en el azul oscuro del cielo. La batalla está perdida, la noche avanza y un gajo de luna casi invisible se desprende de las nubes. Yo sé que la luna está completa frente a nosotros, pero no podemos verla. Es lo que sucede con la mayoría de las cosas. Vemos tan sólo una parte. Por ejemplo, ni papá ni Alma se han percatado que Yerfa —mi nana—, cuando cree que nadie la mira, toma un trago de una botellita que lleva en el bolsillo.

—¿Sabías que el ojo humano puede ver apenas tres mil estrellas y que sólo en nuestra galaxia hay más de mil millones? —le pregunto.

—¿Verdad?

—Absolutamente. Existen más estrellas en el universo que granos de arena en todas las playas del mundo.

—Cuesta imaginárselo.

Estira el cuello y mira hacia arriba, como si pudiera avistar alguna estrella. Me peina con los dedos, coloca los mechones más largos detrás de mis orejas y me despeja la frente. Kájef va a sorprenderse cuando le cuente que luché con papá. Le contaré también que con Alma miramos su mar. Eso le gustará. No le diré que ella me acariciaba como se hace con los niños pequeños.

—Tienes el pelo todavía más suave que el de Lola. Hubiera preferido que no la nombrase. Lola tiene siete años, es alta y fuerte, le gusta jugar al fútbol y cuando toma la pelota todos miran sus piruetitas. Por suerte, se quedó en Santiago con su abuela —la mamá de Alma—, y yo no voy a dejar que su recuerdo lo arruine todo. Menos ahora que Alma me dice con las manos:

Significa TE QUIERO en el lenguaje de los sordomudos.

Alma lo aprendió cuando vivía en España. No somos muy buenos, pero lo suficiente como para transmitirnos mensajes secretos sin que papá se entere. Es una lástima que Alma se lo enseñara también a Lola.

—Así que aquí es donde te escondes —escucho la voz de un hombre a mis espaldas.

Levanto la cabeza para saber quién nos ha interrumpido. Es un tipo que trae los zapatos en la mano.

—Hola. —Se reclina y me saluda —. ¿Me puedo sentar con ustedes?

Alma le responde que sí. Yo lo hubiera mandado con sus zapatos y su sonrisa al otro lado del mar. El cuerpo de Alma se pone duro, como si le hubiera caído una pelota en la cabeza. El tipo se queda mirándola y luego le da un beso mientras la toma de un brazo. Me reincorporo y echo a andar el Mp3 en mi bolsillo.

—Cómo has cambiado, Alma. Estás muy linda, de veras. Alma mueve la cabeza como hacen las gallinas. Qué indefensos se ven los adultos cuando les dicen palabras bonitas.

—Él es Tommy.

—Hola, Tommy, yo soy Leo, un antiguo amigo de tu madre.

Nadie se refiere a Alma como mi madre porque todos saben que no lo es.

—Sabía que ibas a estar aquí. Matías me lo advirtió —dice el tipo.

—¿Y qué tienes que ver con él?

—Matías, el padre de la novia y yo fuimos al mismo colegio.

—Sí, es cierto, me dijo que estaba invitado, pero odia los matrimonios.

—Me contó que eras una estupenda editora de cine y su mejor amiga.

—¿Y qué más te dijo?

—Bueno, casi todo lo que quería saber.

—Estoy en desventaja entonces, porque todo lo que sé de ti es lo que ha aparecido alguna vez en la prensa.

—Que no es mucho.

—No de tu vida personal, al menos. Leí por ahí que vivías en Bogotá y que enseñabas en una universidad.

Alma tiene una sonrisa pegada en la cara, como esa vez que vimos la cola de un cometa.

—Y ahí mismo sigo.

Ahora ella abre la boca; pareciera que fuera a intervenir, pero en lugar de eso se frota la trenza contra una mejilla.

—¿Y tú, Tommy, en qué curso vas? —indaga el tipo.

—En sexto.

—¿Y eres de los que se sientan adelante o atrás?

—Eso es relativo.

—¿Cómo relativo?

Levanto las cejas para hacerle entender que su pregunta es tan imbécil que no merece una respuesta.

—Entiendo, mejor me quedo callado.

Afirmo con la cabeza. El tipo, sin dejar de sonreír, mira a Alma.

—Matías me contó de la película que están haciendo. Escribieron juntos el guión, ¿verdad? Recuerdo que te gustaba mucho leer, así que debes ser buena con las historias.

—Buenísima, mejor que tú, incluso —responde Alma con energía, sin despegar los ojos de él, como si lo desafiara a jugar a la guerra.

Los dos sonríen. Tengo la impresión de que se están llevando bien. Eso significa que él va a quedarse con nosotros más tiempo del que yo quisiera. Al menos tengo el consuelo de estar grabando. Con un gesto, Alma me dice que me acerque más a ella. Obedezco. Pasa su mano por mi pecho una y otra vez, como si le hiciera señas a mis pulmones.

—¿Qué le ocurría al chico con quien hablabas? —pregunta Alma.

—O sea, que me habías visto. ¿Y por qué no te acercaste?

—No sé. ¿Qué le pasaba?

—Es hijo de mi hermano mayor. Un año atrás, él era el novio de Julia. Pensé que lo tomaría mejor, pero el pobre está deshecho.

—Tiene el corazón roto —digo por decir—. Eso debe doler bastante.

—¿Acaso tú también lo has sentido? —me interroga el tipo.

—Un montón de veces —respondo con aires de experto.

—¿Y qué haces para soportarlo?

—Juego a la guerra.

—¿Te gusta la guerra?

—Sí, porque cuando juego se me llena la cabeza de guerra.

—¿Sabías que así funcionan también los países?

Le contesto que no lo sé.

—Es muy simple. Cuando los conflictos internos de un país son muy graves, y los gobernantes no saben cómo resolverlos, los presidentes inventan una guerra con otro país; así, la gente olvida sus propios problemas.

—Yo eso lo descubrí hace tiempo, cuando tenía por lo menos tres años.

—¿Y tú qué haces en esos casos? —le pregunta el tipo a Alma.

Sin responder, ella lo mira con una expresión que no me parece muy amable.

—¿Qué prefieren, sufrir o morir? —los interrogo, pensando en mamá.

—Sufrir —responden los dos al unísono.

Ellos se miran. Alma se toma su trenza, entrecierra los ojos y luego baja la cabeza. Ya sé que son detalles, pero a través de ellos se descubren y entienden las cosas importantes. Basta preguntarle a Sherlock Holmes. Me gustaría tener poderes y transformar a Alma en una marmota o en un escarabajo, para que este tipo sienta repulsión por ella. Levanto la mano como hacen los magos. Ambos me miran. La bajo y digo:

—Yo no. En la guerra es mejor morir. El sufrimiento hace que los guerreros se vuelvan cobardes.

Mamá escogió morir. Su tumba está en el cementerio de Los Peumos, no muy lejos de aquí. Tiene una cruz dorada, que no es de oro, igual a todas las tumbas de la familia Montes.

—O los hace más fuertes —afirma Alma y me revuelve el pelo.

—¿Quieres bailar? —propone el tipo, dirigiéndose a Alma.

Ella me mira. Tal vez piensa que yo puedo resolver este asunto, pero lo cierto es que empiezo a aburrirme. Por eso digo:

—Quiero ir a ver a mi abuelo.

—¿Estás seguro? —me pregunta.

—Estoy seguro.

En el camino apago mi Mp3. No es que esté celoso. Por qué habría de estarlo. Sin embargo, mientras avanzo hacia la terraza, pienso que no debería haberlos dejado solos.

7.

♒

Caminamos en dirección a la pista de baile. Las luces sincopadas lanzando fogonazos intermitentes, y las siluetas moviéndose contra el fondo nocturno, hacen que la escena posea un aire teatral.

—Me gustó tu hijo, no sé, tiene una mirada adulta, y las cosas que dice; debe ser fascinante vivir con él.

—Lo es.

—¿Llevas muchos años casada?

—Ocho. Y Tommy es hijo de Juan, mi marido —preciso con cierta sequedad.

Pasamos por el bar y le ofrezco una copa de vino blanco.

—No he vuelto a tomar. Le doy firme a la Coca-Cola —confiesa.

Nos abrimos paso entre las parejas que unen sus caderas al son de la música. Dejamos nuestros vasos en un rincón de la pista. Mientras bailamos, Leo me sigue con torpeza. Me observa con una expresión concentrada y llena de curiosidad.

—¿Y tu esposo?

—Tuvo que partir a una operación de emergencia.

—Al cabo de unos momentos le pregunto:

—Y tú, ¿estás casado?

—Ah, no. Hasta ahora ninguna mujer ha tenido la suficiente paciencia para soportarme; además... —su voz desciende un tono, mitigada. Menea la cabeza, como si hubiera avanzado más allá de lo posible.

—Además qué —inquiero con vehemencia. Por un ínfimo instante mantenemos la mirada. El tiempo ha vuelto sus rasgos más recios y a la vez más profundos. En sus sienes se distinguen las primeras canas.

—Además, yo no sirvo para eso, los largos períodos de monogamia me dejan hecho un estropajo —agrega, recuperando su tono de chanza. Me rodea con un brazo. Su mano abierta estrecha mi espalda desnuda.

—Alma —escucho que me dice al oído mientras bailamos.

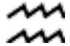
Levanto la cabeza y me encuentro con sus ojos incisivos.

—Esa noche en el cerro me porté fatal, ¿verdad?

Las luces intermitentes de la pista no me permiten ver su expresión, ni sopesar el grado de sinceridad de sus palabras. Sin embargo, me asombra que recuerde.

—Nada irreparable —replico con un fingido tono despreocupado.

—Si lo fui, te pido disculpas. Ya sé que es un poco tarde, pero más vale tarde que nunca. Yo... yo, en ese entonces, no sabía lo que hacía.



Los recuerdos se van componiendo delicadamente hasta depositarse en la memoria; allí tampoco permanecen inmutables, continúan transformándose junto con los sentimientos que los acompañan, hasta que un día ya no es fácil distinguir la cuota de verdad que hay en ellos. A las puertas de mi colegio diviso a Leo apoyado en el capó de un auto. Lo veo llevarse el cigarro a la boca y después aplastarlo en el suelo con insistencia, como si algo importante estuviera en juego. Nos saludamos y luego yo me quedo junto a él, esperando a que me hable. En mi recuerdo, Leo tiene la mirada reconcentrada y un ceño en la frente.

—Parece que este huevón no va a salir. Pensábamos ir a la Pirámide. ¿Quieres venir conmigo?

Nos montamos en su auto y cogimos el camino que nos llevaba al cerro enclavado en la ciudad. Al llegar a la cima, Leo detuvo el automóvil. Sacó de su bolsillo un papel doblado varias veces, lo abrió y lo posó sobre su muslo.

—¿Quieres un poco? —me ofreció.

Acepté, aun cuando detestaba las drogas que consumían mis padres. Odiaba su olor a marihuana, a alcohol. Sentía temor ante todo lo que distorsionara su noción de la realidad y los alejara de mí. Inhalé el polvillo blanco dos veces, una por cada orificio de mi nariz. Él hizo lo mismo. Los últimos destellos del sol desaparecían en la oscuridad cuando tomé su mano, la pasé por debajo de mi camisa y la llevé a uno de mis pechos. Recuerdo la superficie pegajosa del asiento tras mi espalda, el peso de su cuerpo sobre el mío, sus embestidas, el dolor que oculté con mi risa, mi búsqueda fugaz y clandestina del hilillo de sangre que por fortuna nunca brotó. Luego, el humo de su cigarrillo invadiendo mi estómago, produciéndome una leve náusea que acallé con otro jale,

nuestro mutismo, sus ojos clavados en el techo del auto, como si sus sentidos se hubieran cerrado. Leo no se dio cuenta de que era mi primera vez, y yo fui incapaz de decírselo. Me detuvo el miedo, pero también la certeza de que lo sucedido carecía para él de trascendencia. Al cabo de un rato bajamos del auto y nos sentamos en el borde del camino a mirar la ciudad oscurecida.

—Te gusta leer, ¿verdad? —comentó.

—No hay nada que me guste tanto.

—A mí también.

—¿Por qué?

Leo recapituló un segundo.

—Creo que es porque al leer me infiltro en un mundo que corre paralelo al mío. Por eso también me gusta escribir.

Yo lo escuchaba atenta, aguardando que continuara. Repentinamente me miró y luego bajó la cabeza. Sin alzarla, respiró hondo y dijo:

—Por favor, no te hagas ilusiones conmigo, Alma. Eres una niña y yo soy un tipo muy enredado.

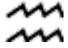
—Pero si tengo dieciséis años —aclaré—. Y créeme, he visto más de lo que te puedes imaginar.

—Y yo tengo veintitrés y estoy liado con otra mujer. Se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. Me sentí mareada. Cuando recuperé la noción de mí misma, todo había cambiado. Entré nuevamente a mi casa de agua y su voz quedó resonando al otro lado.

—Vas a ser un excelente escritor —afirmé enérgica.

—¿Por qué estás tan segura? —Tenía una expresión incrédula y a la vez esperanzada.

—Porque sabes mentir.



Mientras muevo mi cuerpo al ritmo cadencioso de la música, escucho a Leo murmurar:

—En el cerro. Puede que ahí fuera donde se torció todo. Quizás eras tú, y yo no me di cuenta.

—No te pases películas, Leo —le advierto con liviandad—. Estoy casada con un hombre increíble y tengo dos hijos que amo profundamente.

—¿Eres feliz? —pregunta, recuperando su talante.

—¿Y tú crees en eso?

—No sé. Feliz feliz, yo nunca he sido, pero imagino que otros habrán tenido mejor suerte que yo.

—Sí, lo soy —asevero y mantengo la mirada firme, sin cejar, para que no le quepa ninguna duda de que digo la verdad.

—Pues me alegro por ti, de veras, aunque de todas formas espero que no sea una felicidad muy completa.

—Eres perverso.

—No, no, por el contrario. Ya sabes, como bien dijo nuestro amigo Tolstoi, las felicidades son todas iguales y aburridas; en cambio, los infortunios los hay de mil tipos.

—Él no dijo que fueran aburridas, dijo que eran iguales.

—Es lo mismo. No hay nada más aburrido que la uniformidad.

—¿Quieres que te diga algo? —lo desafío. Leo asiente.

—Me contento con sentir las menos veces posible que estoy sola, como todo el resto, y que no puedo hacer nada por remediarlo. No suena muy grandioso, lo sé, pero, ¿sabes?, tengo la sospecha de que hasta a las personas más excepcionales, en última instancia, las mueve algo parecido.

En un impulso, Leo me atrae hacia él y me estrecha.

—Qué rico abrazarte —me dice al oído.

Permanecemos juntos, moviéndonos acompasadamente, sumergidos en nuestro abrazo. Por un instante las delicadezas rituales parecen desaparecer. De pronto se desprende de mí.

—¿Quieres otra copa? —señala. Me mira con cierto desdén; es evidente que lo ocurrido le incomoda.

—Es una pena que no puedas beber conmigo, seguro que borrachos lo pasaríamos mucho mejor —declaro.

8.



Al despertar pienso en mamá, y un hueco se instala en mi estómago. Un hueco parecido al cráter de ciento sesenta kilómetros de diámetro que dejó el meteorito más grande que ha caído en la Tierra.

Saco de La Caja De Reletodo la única foto de mamá que yo tenía cuando papá se llevó de casa todas sus pertenencias. No sé cuál era su apuro por olvidarla. Yo prefiero recordar, porque así entiendo mejor las cosas. El problema es que a veces no sé muy bien dónde poner mis recuerdos, ni qué grado de importancia darles. Lo mismo sucede con mis descubrimientos. Al menos esta vez estoy seguro. Que mamá se quitara la vida es serio. Tan serio que papá me lo ocultó. Pienso en las grietas antárticas. A un lado de la grieta quedó todo lo que conozco, y en el otro... Como sea, cuando tu mamá ha muerto, la mitad de los seres que más quieres en el mundo se han muerto, y eso no debiera ocurrirle a un niño. Grabo:

Yo creo que cuando papá se queda mirando hacia ningún lado y parece no escuchar a nadie, está pensando en mamá.

En la foto, mamá lleva un traje de fiesta. Sus ojos oscuros me recuerdan que las pupilas son agujeros que conectan el Afuera con el Adentro. Sus cejas están levantadas, como si dijeran algo, pero nunca he logrado saber qué es lo que quiere decirme, ni si su mirada es alegre o triste. A veces le hago preguntas sin importancia, tan sólo por si algún día me manda una señal. Como, por ejemplo, si me irá bien en una prueba, o si algún niño me preguntará por el ciervo volador que llevo en mi mochila. Pero ella nunca me habla.

Oigo una puerta cerrarse. Debe ser papá que vuelve a la clínica. Me gustaría ser el niño que él operó, para pasar juntos este domingo. Salto de la cama y entro al baño. No recuerdo haberme puesto el pijama. Alma debió hacerlo cuando llegamos tarde por la noche del matrimonio. Me levanto la camiseta. Mi estómago es casi tan blanco como los azulejos del muro. Miro la cicatriz que cruza mi pecho. Me bajo los pantalones. La minúscula tripa entre mis piernas no es un panorama mucho más alentador. No me gusta que Alma, o quien sea, me vea desnudo. Por eso, para bañarme en la piscina en el verano, espero que el sol se ponga y el jardín quede desierto. El agua, en cambio, me gusta mucho. En el agua mi cuerpo deja de existir. Desde el centro de la piscina veo mi ropa en la orilla e imagino que ahí están mi piel y mis huesos. Algunas veces desciendo hasta el fondo, y al mirar hacia arriba distingo los dibujos que deja la luz. En el agua el silencio retumba en mis

oídos y soy poderoso como Neptuno. Imagino que Alma me encuentra y yo le muestro el mundo del fondo de la piscina.

Cuando Alma llegó a nuestra casa, me trajo una grabadora y me dijo que con ella podía hacer música.

“¿Cómo música?”, indagué. “Es muy fácil, mira”. Encendió la grabadora e hizo sonar la mesa con el puño, luego con un lápiz golpeó un florero, y después hizo que yo aplaudiera muy fuerte. Me mostró el resultado, y era bastante bueno. “Así puedes hacer música, vas uniendo sonidos, palabras, lo que quieras”. Cuando le pregunté si era lo suficientemente sensible como para captar el ruido de un pedo, ella se largó a reír y su risa quedó resonando en nuestra casa demasiado callada. Entonces subí las escaleras corriendo y, antes de que papá lo echara todo a perder, traje mi Caja De Reletodo y desplegué mis tesoros sobre la mesa. Él nunca antes los había visto, pero pretendió que no era así. Yo le ayudé un poco, comentándole cosas como: ¿te acuerdas cuando encontramos esta piedra volcánica en el lago Llanquihue? Nunca habíamos estado juntos en ese lago —en ninguno, en realidad— y la piedra me la había traído Yerfa del sur, pero si Alma descubría que con papá apenas hablábamos, nos hubiera dejado. Yo sé que el silencio, cuando no lo conoces, da miedo. Echo a andar otra vez mi Mp3:

Formas de quitarse la vida:

Uno, ahorcarse. Dos, comer veneno para ratones. Tres, pegarse un tiro en la cabeza, en la boca o en el corazón. Cuatro, dejar que un auto te atropelle. Cinco, meterse al fondo de la piscina y respirar hasta que los pulmones se llenen de agua. Seis, arrojarse de un edificio o de un árbol muy alto. Siete, taparse las narices y la boca hasta ahogarse. Ocho, dejar de comer y de tomar agua. Nueve, cortarse las venas de las muñecas. Diez, dormirse en la nieve. Once, meter la cabeza al horno con el gas andando.

Empecé a grabar las ideas que pasan por mi cabeza el año pasado, cuando en el colegio leímos el Génesis. Allí descubrí que Dios creó la semana para ordenar el caos. Separó el tiempo en siete días, a cada uno le puso un nombre y decidió que el domingo reposaríamos. Nombrar las cosas es darles una forma que nuestra cabeza pueda entender y asimilar. Ahora ya sé que hay al menos once maneras de quitarse la vida y que una de ellas fue la de mi mamá Soledad.



Alma nos llevará a casa de Maná, la abuela de Lola. Mientras ella revisa por última vez que las puertas y ventanas estén cerradas, Lola salta para ver su cara en el espejo del vestíbulo. En cada salto hace una de

sus horribles morisquetas. Cuando estamos prontos a partir, con voz firme declaro:

—Yo me quedo.

—Olvídalo, no puedes quedarte solo —alega Alma.

—Hoy día vuelan Los Halcones y Maná no tiene tele.

—No lo arruines todo, Tommy —me pide Alma con voz cansada.

—Te prometo que esperaré a papá aquí, tranquilito. Ya tengo doce años. Me puedo hacer un sándwich de queso con jamón, puedo jugar, ver a Los Halcones.

Alma me mira. Se toma el pelo y lo envuelve en una mano sin dejar de mirarme. Sabe que papá no lo aprobaría. Ambos lo sabemos. Está siempre temeroso de que mi corazón deje de latir.

—Está bien —concede—. Pero no salgas de la casa, ¿me lo prometes? Yo estaré de vuelta antes de las seis.

Por la ventana trasera de la camioneta, Lola levanta la mano y me hace una mueca. ¡No puedo creerlo, lo he logrado, jamás imaginé que fuera tan fácil! Apenas desaparecen de mi vista, entro a la casa. Nunca antes había estado solo. Saco un paquete de papas fritas de la despensa y me encierro en mi pieza. Miro por la ventana. El Bebé Hipopótamo Malvado, mi vecino, busca algo entre las plantas del jardín delantero de su casa. Suele rascarse su gran guata, tirar escupos y hacer pipí en los maceteros de su terraza. Una vez lo vi arrojar un hámster por la ventana. Tiene la cara redonda y rosada como la de un bebé. Cuando me mira se levanta y me saluda. Abro la ventana, pero no sé qué decirle. Alguien lo llama desde el interior de su casa y desaparece. Hace tres meses que se mudó a este barrio. Alma conoce a su mamá y quedamos de ir algún día a visitarlos. También me dio su número de teléfono por si me animo a llamarlo.

Iré en busca de Kájef. Papá me prohibió hablar con él, por eso debemos encontrarnos bajo las sábanas de mi cama. Cierro los ojos. “Kájef”, susurro. Kájef no viene. ¿Qué le habrá pasado?, ahora que podemos jugar a la luz del día, que puedo mostrarle mis espadas fosforescentes, mis naves espaciales, y sobre todo mi avión rojo, un modelo que me regaló papá y que usaban los japoneses en la Primera Guerra Mundial.

Prendo el computador y abro mi correo. Ahí están, como siempre.

Maricon enano de mierda hasnos un fabor a tooos y desaparece q tay hueviando muxo corazoncito de mina

Por más vueltas que le doy al asunto, no se me ocurre qué hacer. Decirle a papá o a un profesor del colegio sería peor. Me acusarían de ser un

soplón. Además, no puedes obligar a un niño a querer a otro. Por eso prefiero pensar en otras cosas, como por ejemplo en Mr. Thomas Bridge.

Entro en su blog. Mr. Thomas Bridge es un marino inglés que encontró hace seis días a una niña, un niño y tres adultos en un islote próximo a la Isla Lennox, en el Cabo de Hornos. Su islita es tan minúscula que no figura en los mapas. Dice Mr. Bridge que seguramente se trata de una familia de alacalufes y que viven de la misma forma que lo hacían sus ancestros en el Neolítico. Por ahora, los periodistas y científicos que llegaron de todas partes del mundo no han desembarcado en el islote. Mr. Thomas Bridge habla frente a una cámara con su pelo largo y su barba rubia. Se ve preocupado. Dice que hubiera preferido jamás encontrarlos, porque si intervenimos en su forma de vida pondremos en peligro la existencia de los últimos alacalufes de la tierra.

Suena el teléfono. Es Alma. “¿Qué haces?”, me pregunta. “De todo un poco”. “Te compré el pollo chino con castañas de cajú que te gusta”. “Qué bien”. “Estaré de vuelta en casa en un ratito”. “Por mí no te preocupes”. “Suenas como en la películas”. “Esa es la idea”, digo, y ambos nos largamos a reír. “Entonces, hasta pronto”. “Goodbye, darling”, se despide ella y cortamos.

Traspaso a mi computador las conversaciones que grabé en el matrimonio de Miguel y luego bajo al escritorio de papá. Recuerdo la fotografía de mamá que encontré hace un tiempo en sus cajones. Es lo único que guarda de ella. A veces, cuando papá y Alma han salido fuera de casa, y Yerfa está ocupada en sus asuntos, la saco del cajón y la miro. Como ahora. Mamá aparece sentada en el banco de un parque, frente a un árbol muy grande, con una hoja de papel en las manos. Lleva un vestido suelto, similar a un delantal, el cabello corto y desordenado. Esta vez no la devuelvo a su lugar, sino que prefiero subir a mi pieza y la guardo en La Caja De Reletodo junto a la otra.

Después de ver las acrobacias de Los Halcones, hacer un dibujo de un castillo y esperar a Kájef, me siento en el sillón de la sala. Echo en falta a Alma, a papá, a Yerfa, incluso a Lola. Creo que papá tiene razón. Debería hacerme de algún amigo. Saco el papelito donde Alma anotó el número de teléfono de mi vecino, B.H.M. Tras memorizarlo, cierro los ojos y espero a que Kájef venga a buscarme.

9.

De vuelta en la clínica encuentro a Emma sentada al fondo del pasillo. Su marido debió ir a la cafetería en busca de algo para desayunar. Ambos pasaron la noche aquí. Tiene las manos cogidas sobre el regazo y las piernas levemente abiertas, como abandonadas.

—Ya te di las gracias, ¿verdad? —dice sin mirarme. En la madrugada, al terminar la operación, encontré al padre de Cristóbal estrellando el puño contra su rodilla. Al verme se detuvo, pero no alcanzó a ocultar su impotencia. Emma, en cambio, tenía esta misma expresión reconcentrada, congregando acaso todas sus energías para sustentar la vida de su hijo.

—Deberías irte a casa a descansar —le sugiero, sabiendo que ella no lo hará, que permanecerá aquí, observando el ir y venir de las enfermeras, hasta ver a su hijo despierto. Tomo su mano y le explico que Cristóbal estará las próximas horas conectado al respirador, en estado semiinconsciente—. Has sido muy fuerte, ¿sabes? —agrego.

Veo el súbito brillo de sus ojos. Hace un gesto con la mano para que me vaya y voltea el rostro hacia la ventana. Me levanto, oprimo su hombro y entro a la sala de recuperaciones donde se encuentra su hijo.



Después de asegurarme que el estado postoperatorio de Cristóbal sigue su curso normal, conduzco hasta el aeródromo y me subo a mi avioneta. Al poco rato estoy volando por sobre los techos de la ciudad. Volar es un espacio de libertad, camuflado bajo la honorable apariencia de un piloto. Mi idea es dar una vuelta corta. Quiero estar en la clínica cuando Cristóbal despierte. Apenas lo vea abrir los ojos volveré a casa.

Recuerdo con nitidez el momento en que Tommy despertó después de su última operación. Tenía tres años. El aspecto de su rostro había cambiado. Parecía que en su largo viaje hubiese visto cosas que nosotros, esperándolo en la orilla, jamás podríamos concebir. Soledad también percibió su transformación, y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, imagino que ante la imposibilidad de acompañar a su hijo a ese sitio donde había estado. Recuerdo que pegó su rostro al de Tommy y cerró los ojos. La tomé de los hombros. Esa impresión que entonces tuve, de ser incapaz de aliviar su dolor, se fue haciendo más y más patente con el tiempo. Por eso nunca pretendo consolar a los

familiares con un abrazo o alguna expresión física. Fue inusual que en la mañana tomara la mano de Emma. Me conmovió su actitud —su torso erguido, su cabeza vuelta hacia la ventana—, donde la tragedia y la dignidad se conjugaban.

Mientras me aproximo al aeródromo observo la cancha de fútbol del barrio, donde niños y adultos corren tras una pelota. La placidez de las calles aledañas me devuelve a la normalidad. Me preparo para el aterrizaje.

Aquí va otro domingo por la tarde. Una chica de dieciocho años murió en un accidente y un niño tiene un nuevo corazón. Antes de sentirme demasiado satisfecho por la responsabilidad que me cabe en la mejor parte del asunto, busco en mi memoria algún proverbio de tenor budista sobre la falta de permanencia de la vida y de lo inútiles que resultan nuestros esfuerzos por sujetarla.

10.

♒

En el camino a casa de Maná me detuve en un restaurante chino de comida para llevar. Ahora avanzo por las calles solitarias del barrio donde ella ha vivido los últimos dos años. Un barrio tranquilo, de viviendas de un piso y plazoletas cuyos árboles altos y frondosos luchan contra la desidia que los rodea. Mi madre nos abre la puerta con una falda que deja entrever sus pies descalzos, curtidos por sus caminatas a lo largo del mundo.

—Alma, Lola, ¡qué sorpresa! —exclama, agitando las manos y haciendo sonar sus pulseras.

Su cabello cano y liso, recortado por ella misma, está pegado a su cabeza. Nunca ha hecho mayores esfuerzos por conquistar a su nieta, pero de todas formas Lola se precipita a abrazarla. Aun cuando Maná olvida sus cumpleaños y escasamente llega a tiempo para la cena de Navidad, aun cuando jamás ha compartido su mundo de niña, y en las raras ocasiones que sale con ella la lleva a una sesión contemplativa, el cariño de Lola por su abuela es incondicional. No muy diferente a mi propia infancia. Me veo persiguiéndola por el pasillo de un templo, o tal vez es un sueño, ese eterno correr tras mi madre mientras ella camina a zancadas rumbo a su salvación.

—Traje comida china, vegetariana, por supuesto.

—¡Magnífico! —exclama, entrecerrando sus ojos rasgados.

Entramos a la casa. Maná sirve dos vasos de té verde y uno de jugo para Lola. Nos sentamos a la mesa de madera de la cocina. Maná nos observa con una sonrisa que se despliega en su cara, donde se dibujan algunas arrugas. Enciende un cigarrillo y su gata Malinche se monta en su regazo. Yo, en tanto, distribuyo la comida en vasijas que voy encontrando al azar en medio del caos de su cocina.

Las casas de Maná suelen estar atestadas de objetos inútiles, como fósiles, bastones de puños tallados o tenazas para una chimenea que no tiene. Siempre lamenta no haber atesorado nada a lo largo de su vida gitana. Por eso adquiere objetos en ventas y remates, que tienen la apariencia de haber sido valiosos para alguien y que en su mudez cuentan alguna historia.

Maná fuma más de lo acostumbrado. Se lo hago notar.

—De algo me tengo que morir —precisa.

No creo haberla oído mencionar la muerte con anterioridad. Siempre se comporta como si tuviera ante ella las mismas oportunidades que a sus veinte años. Su lema: “Todo es posible”. Y así vive su vida: siempre lista para emprender una nueva aventura, sobre todo si está relacionada con el espíritu o el sexo. No quiero preguntarle por su último novio, un escritor barrigón y de profusa cabellera que observa el mundo con la suficiencia que le otorgan un par de novelas publicadas hace veinticinco años. No sé qué hace con mi madre. A pesar de ser una buena lectora, Maná está lejos del tipo “nada me sorprende” al cual pertenece su novio. Por el contrario, su capacidad de admirarse por todo puede ser interpretada por alguien que no la conoce como una señal de estupidez. Supongo que estará con ella por el sexo. De eso Maná sabe bastante.

Lola descubre un canasto con cinco gatitos bajo la alacena. Tienen los ojos cerrados.

—¿Puedo tomar uno? —indaga entusiasmada.

La gata Malinche brinca y le muestra sus garras. Maná ríe. Salimos al jardín. Llevamos un par de bandejas con nuestro banquete y nos sentamos a una mesa despintada bajo un nogal. Maná ha traído a uno de los gatos en una manta de colores para que Lola pueda tomarlo. Si no fuera por la historia, por los recuerdos que se interponen, todo sería perfecto.

De niña solía buscar amigas que tuvieran una vida como la que hoy llevo. No era tarea fácil, porque la mayor parte del tiempo vivíamos en comunidades apartadas de los centros urbanos. Fue en una de éstas que tuve el primer atisbo de la naturaleza de mi madre.

Cada fin de año los niños preparábamos una obra de teatro. Discutíamos el argumento y luego lo presentábamos ante los adultos. Ni los reyes ni las reinas eran admitidos; ninguna autoridad que a lo largo de la historia hubiese subyugado a su pueblo. Valiéndonos de los escasos enseres con que contábamos en nuestro aislamiento, planeábamos cada detalle: el vestuario, la escenografía, la música, las luces. Fue al final de una de estas obras que vi impotencia en los ojos de mi padre, también sometimiento, incluso fatalidad. Con el tiempo esto se haría tan evidente, que ya no podría mirarlo de otra forma. Papá estaba sentado en el suelo, en primera fila, junto a Maná. Lo miré a lo largo de la obra, desde mi papel de árbol, en el fondo del improvisado escenario. Se estableció así un diálogo mudo entre nosotros. Guiños, sonrisas, muecas e inclinaciones de cabeza. Un niño tuvo que empujarme fuera del escenario cuando terminó la obra, tan ensimismada estaba en la comunicación que había establecido con mi padre. Por la noche, a la hora de la cena, papá y yo comentamos la obra con entusiasmo. Me dijo que era una excelente actriz y que cuando nos mudáramos a la ciudad podría asistir a un colegio donde enseñaran teatro. Maná no despegó los ojos del plato.

—Quieres que nos vayamos de aquí —habló ella. Tenía una expresión abatida y, al igual que la luz de la lámpara, parecía a punto de desfallecer.

—Depende de ti —señaló mi padre.

—Es más fuerte que yo —afirmó Maná, mientras permanecía cabizbaja, en una actitud que parecía haber ensayado con anterioridad.

La piel de papá se coloreó grotescamente. Con ojos desmesurados permaneció inmóvil, esperando acaso que Maná se desdijera, que cambiara el rumbo de lo que ambos sabían implicaban sus palabras. De pronto, con violencia y desesperación, gritó:

—¿De qué mierda estás hablando? Eso es pura basura. Eres una mujer adulta, dueña de tus acciones, no una pendeja con el coño caliente.

—No hables así, está Alma —advirtió Maná con la voz entrecortada.

—Tú decides —zanjó mi padre. Se levantó con la morosidad de un hombre viejo y salió de la casa.

El siguiente recuerdo es el de mi madre sentada en el suelo de la terraza de la cabaña, las piernas extendidas y abiertas, los brazos laxos, los ojos cerrados y un sollozo emergiendo de su garganta. Recuerdo mi propia imagen de niña, observándola, sabiendo que en su lamento yo no estaba incluida, que su pena tenía que ver con un hombre que no era mi padre. A la semana siguiente vivíamos de allegados en casa de unos amigos de papá.

Maná le enseña a Lola a tomar los palillos chinos. Entre las dos han derramado una buena parte de la comida sobre la mesa. Ríen. Esa misma risa irresponsable que recuerdo de niña y que en ocasiones gozaba, pero que en otras sabía era el anticipo de una noche en vela escuchando las risotadas de mis padres, mientras cambiaban una y otra vez los vinilos en el tocadiscos, sin nunca llegar a un acuerdo, pero deleitándose ante esa discrepancia en sus gustos musicales que terminaba en jadeos, y que yo escuchaba desde el lugar que estuviera. Me gustaría creer que estos recuerdos, no siempre placenteros, le otorgan una textura más profunda al presente. Aunque en ocasiones duelan.

Maná invita a Lola a la cocina a preparar el café. Me recuesto sobre una manta en el sitio menos ralo del césped. La brisa toca las hojas del nogal, produciendo un refrescante rumor sobre mi cabeza. Una música de blues proveniente de la casa vecina irrumpe en la placidez de la tarde. Cuando Maná retorna con el café, estoy semidormida. Lola se monta sobre mi estómago. Maná ha traído un libro. En eso al menos siempre nos hemos encontrado: en el placer que nos produce una historia bien contada. Es una hermosa edición de Emma.

—Me lo regaló un amigo. Llévatelo. Tú lo vas a gozar más que yo. ¿Y Juan? —pregunta al fin.

—Tuvo que hacer un trasplante de urgencia a un niño. Tiene la edad de Tommy —contesto sin mirarla. Quisiera conocer los detalles para darle más peso a su ausencia.

—Llegó anoche, cuando dormíamos, y salió antes de que nos despertáramos —interviene Lola.

Mi madre levanta las cejas, interrogándome.

—Es normal. Es su trabajo, Maná.

Me dan ganas de llamarla “mamá”, para arrebatarle ese estado de beatitud con que colorea su insatisfacción, pero me contengo. Detesta que la llame así. “Maná” la sitúa en un lugar sin lazos, sin tiempo. Miro los hierbajos crecidos anárquicamente a lo largo de la empalizada.

—En el refrigerador hay un platillo con leche, ¿por qué no se lo das a la gata? Debe tener hambre —señala, dirigiéndose a Lola.

—Quieren deshacerse de mí. No soy ninguna tonta. Sólo lo hago porque me gustan los gatitos —nos advierte Lola con uno de sus mohínes de niña grande.

Una vez que ambas hemos perdido de vista la silueta aún redondeada de Lola, Maná me pregunta:

—¿Pasa algo?

—¿Qué te hace pensar eso? Y si tuviera algún problema, ¿por qué habría de compartirlo contigo?

—Porque no tienes a nadie más a quien hablarle —aduce con suavidad, sin acusar recibo de mi modo desafiante. Es lo que hace siempre: evitar cualquier forma de enfrentamiento.

—¿Qué sabes tú?

—Lo sé, Alma, eres mi hija, aunque a ambas nos cueste —observa en su mismo tono, con una sonrisa coqueta.

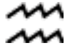
A pesar de la edad, mi madre conserva los gestos seductores de antaño, un fulgor casi infantil que emerge en la porción de pupila que dejan sus párpados caídos y que todavía provoca en mí un sentimiento nada filial. La misma pesadumbre que hace quince años me llevó a huir de ella.

—Es muy tarde para comenzar a contarte mis problemas. —Procuro que mi voz no tenga visos de reprimenda—. Podemos comentar nuestras

lecturas, pasar una tarde de domingo, ver crecer a Lola. Es mucho más de lo que un montón de madres e hijas comparten.

—Mucho más —conviene Maná.

Los rayos del sol poniente centellean tras las ramas del nogal. Podría contarle que ayer vi a Leo. Sería la ocasión —después de todos estos años— de desatar el vendaval. De hablar. Pero es una oportunidad que no voy a darle.

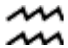


La tercera vez que vi a Leo fue cuando vislumbré su rostro dormido sobre la almohada de la cama de mi madre. Fue después de una de sus juergas. Desde mi cuarto oí gente llegando, gente saliendo, hasta altas horas de la noche. Me quedé dormida con sus voces y el tum tum de la música. A la mañana siguiente me levanté temprano para ir al colegio. Antes de partir me asomé a la puerta de la habitación de mi madre. Como siempre, estaba a medio cerrar. Lo primero que vi fue el pelo oscuro y revuelto de Leo. Luego su rostro. El gesto de desdén en su boca había desaparecido y un vello oscuro apuntaba en su labio superior. Tenía el torso desnudo y los brazos recogidos bajo su cabeza. Mi madre abrió los ojos. Respiró hondo, como suele hacer en sus meditaciones, pensando acaso cuál sería la primera palabra que me diría, porque yo, frente a ellos, permanecía muda, sin abandonar mi mirada fría. Leo siguió durmiendo. Mi madre se levantó desnuda de la cama, cerró la puerta tras de sí y me abrazó. Me juró, llorando, que nunca más volvería a suceder.

Maná nunca supo que yo conocía a Leo. Y durante los siguientes años no dejé de preguntarme si él estaba al tanto o si alguna vez se enteró de lo ocurrido.

Ese día comprendí que no podía seguir viviendo con Maná. Le pedí a mi padre en una carta que me enviara la mísera herencia que me había dejado mi abuelo. Quería partir, donde fuera. Tenía que hacerlo. Papá me respondió que con ese dinero había comprado la parcela donde muy pronto viviríamos. Me encerré en mi cuarto y apenas volví a salir. Pasé el verano durmiendo. Las fiestas de Maná en nuestro departamento se acabaron. Su vida comenzó a transcurrir afuera. Cuando aparecía por casa, tocaba mi puerta e intentaba hablarme, pero las más de las veces yo simulaba dormir. A fines del verano nos mudamos con Maná a la cabaña de papá, en las cercanías de un pueblito costero del sur. Las riñas entre ellos continuaron, también sus bulliciosas reconciliaciones. Todo se había detenido en mi vida, a excepción del crecimiento implacable y soterrado de mi casa de agua. Ese invierno recibimos la visita de una hermana de mi padre. Yo había perdido ocho kilos. Debió deducir que la única escapatoria para mí era salir de allí. Me compró un pasaje y en agosto de ese año me fui a Barcelona.

El día de mi partida, mi padre y mi madre fueron a despedirme al aeropuerto. Puedo verlos con nitidez, ella moviéndose a un lado y a otro, haciendo sonar sus pulseras, dejando escapar unos lagrimones que le daban la apariencia de una actriz trágica; papá, en tanto, acarreando mi maleta con la espalda curva, la mirada esquiva y su chaleco chilote demasiado grande para su cuerpo cada vez más enjuto. Esa imagen quedó congelada en mi memoria como uno de esos daguerrotipos que suelen mostrar la esencia de las familias. Puedo verlos uno junto al otro, sus manos alzadas, ambos mirándome partir, sabiendo que era el fin de nuestro grupo. Había sido yo, la eterna ausente, quien había tenido las agallas para cortar un vínculo que nos estaba pudriendo. Esta noción me acompañó durante el viaje y me llenó de esperanzas. Me alejaba de mis padres y me constituía como un individuo diferente a ellos. Estaba claro que no carecía de carácter como papá, y había tomado la resolución de no ser jamás como mi madre.



Y mientras miro a Maná, con sus bellos cincuenta y tantos años, sonriendo a Lola que se ha asomado a la ventana con un gatito en sus brazos, pienso que lo logré. No soy como ella. Aun así, vuelvo a sentir la misma rabia que me invadió esa mañana al encontrarla junto a Leo, pues haga lo que haga, Maná —con sus pulseras tintineantes, con sus trastos recogidos de los remates más infectos— siempre me gana la partida.

11.



Abro los ojos. Papá, de pie frente a mí, me mira con una expresión que no sé cómo descifrar. Sus pupilas despiden rayos grises y se come el labio. El cartel en su frente está escrito en un lenguaje incomprensible:

❑♎♌♑er◆♓□♌♍♎er●

Estornudo. Quisiera ser igual a los chicos de las películas que siempre dicen algo inteligente en el minuto apropiado. “Me quedé viendo a Los Halcones”, señalo, y me siento el NMEDM (el Niño Más Estúpido Del Mundo). Si le hablo de la familia de alacalufes pensará que me refiero a Kájef y que confundo la realidad con la fantasía. Yo sé que Kájef no existe. Lo inventé para no sentir remordimiento de alejarlo del mundo, como dan ganas de hacer cuando quieres mucho a otra persona.

—Ya veo —responde sin dejar de mirarme.

El cartel ahora parece decir: “Sé que tengo que reprenderte, pero no puedo, por una razón que me es difícil explicar”. Mi padre no suele regañarme. Tan sólo frunce la boca y luego mueve la cabeza a uno y otro lado, indicándome sin palabras que no va a malgastar saliva ni tiempo tratando de que yo sea lo que a él le gustaría que fuera, es decir, lo que debiera ser. Pero esta vez no ha hecho nada de eso.

—¿Y Cristóbal? —indago.

—Está bien.

Escuchamos las voces de Alma y Lola en el vestíbulo. Cuando entran a la sala veo que papá y Alma se miran sin sonreírse.

—¿No quieren saber cómo nos fue? —pregunta Alma, mientras se saca la pañoleta que lleva al cuello.

—¿Cómo les fue? —las interrogo.

—¡Increíble! —exclama Lola—. Maná tiene cinco gatitos recién nacidos y me dejó tomarlos; bueno, no a todos, a uno, pero era exquisiiiiiito —dice y mece los brazos como si lo tuviera entre ellos mientras hace sus muecas de niña mimada.

Al poco rato estamos en la cocina, como todos los domingos por la noche; papá cortando las salchichas para la pizza, Lola enseñándonos sus últimas piruetas y yo odiándola mientras hablo de algún asunto que vi en la tele o que encontré en la web. Esta vez tengo el privilegio de poder contarle a papá de Los Halcones y sus acrobacias: los ochos cubanos, los deslizamientos de cola, los cuartos de vuelta vertical. Muevo las manos para mostrar las figuras, pero yo sé que papá está pensando en otra cosa. Mis párpados empiezan a abrirse y a cerrarse sin que yo pueda evitarlo. Alma le pregunta si quiere más pizza y él no responde. Cuando papá no dice palabra es como si de pronto alguien apagara la luz y cada uno permaneciera a oscuras, perdido en su rincón. Por eso los silencios de papá son negros. Los silencios blancos, en cambio, están llenos de luz. En una servilleta de papel dibujo un círculo y un cuadrado. No voy a escribir sus nombres, porque entonces ellos sabrían que he dibujado un silencio blanco y uno negro.

—Si estás enojado con mamá, con quien deberías enojarte es con Tommy. Él la obligó a dejarlo en casa —declara Lola, y luego nos examina con su estúpida sonrisa, como si hubiera hecho otro de sus saltitos y mereciera una ovación.

Alma y papá continúan sin hablarse. Y yo odio a mi hermanastra. Con ese sexto sentido que tiene para las oportunidades, enciende la televisión. Los adultos no reclaman, y comemos nuestra pizza frente a un capítulo de Avatar.

Cuando terminamos de comer, Alma nos acompaña para asegurarse de que nos pongamos los pijamas y nos lavemos los dientes. Una vez que estoy en mi cama me da un beso y con el lenguaje de las manos me dice:

—BUENAS NOCHES.

—Buenas noches —respondo.

Después de oírla bajar las escaleras, me asomo al rellano. Alma dejó las puertas entreabiertas y aguzando el oído alcanzo a escuchar sus voces en el interior de la sala.

—¿Me vas a hablar ahora? —pregunta Alma.

—¿Para qué? Si sabes lo que pienso.

—Lo necesitaba, Juan. Tommy necesitaba quedarse solo por una vez.

—De verdad me cuesta creer lo que hiciste. Sabes que Tommy no puede estar solo, jamás. En cualquier minuto su corazón puede fallar. Por supuesto que lo sabes, pero tú...

—Juan, por favor, escúchame.

—Tú no tienes idea.

—Para él es importante sentirse independiente. Hay cientos de cosas que no puede hacer. Pero quedarse solo unas pocas horas sí puede. Nada va a ocurrirle; de hecho, nada le ocurrió. Con tus aprensiones le impides que crezca. Además, transgredir juntos las reglas es una forma de quererlo, de estar cerca.

—Ahora me estás criticando. ¿No te estarás pasando de la raya? Mira, Alma, yo he criado a Tommy como he podido. Seguramente podría haberlo hecho mejor, pero nadie, ni siquiera tú, va a decirme cómo hacerlo. Transgredir las reglas, como dices con tanta soltura, puede costarle la vida. Esto no es un juego.

—Lo sé.

—Da la impresión que no lo supieras. A veces te pareces a tu madre, imaginando que si hacemos lo que nos dicta nuestro infalible corazoncito, todo estará bien.

—Si lo que quieres es agredirme, es mejor que me vaya.

Papá no responde, lo imagino haciendo uno de sus gestos de cansancio y ofuscamiento con la cabeza.

—Y el niño, ¿cómo está? —pregunta Alma antes de atravesar el umbral de la puerta.

—Ahora preguntas.

—Lo siento.

Escucho la puerta de la sala cerrarse. Corro antes de que Alma vuelva a subir. No alcanzo a escuchar sus pasos, pero sí cuando entra al cuarto de Lola. Nunca debí pedirle que me dejara en casa. Ella sólo quería hacerme sentir bien. Cuando lo cierto es que Los Halcones no me gustan tanto.

12.

⌛

Enciendo la luz de mi velador. Hubiera preferido no reñir con Alma, pero el cansancio y la tensión suelen alterar mi capacidad de control. Sobre todo si se trata de Tommy. Cuando Alma llegó a vivir con nosotros, mi única exigencia fue que yo me encargaría de él. De la forma en que sería educado, de sus restricciones. Es muy difícil que ella logre entender la dimensión de su enfermedad, menos aún lo que yace velado en el trasfondo de su memoria. De todos modos, no era necesario que llegásemos a reñir. La imagino cogida al cuerpo de Lola y me dan ganas de abrazarla. Nunca me he preguntado cuál es la intensidad del amor que siento por ella, doy por hecho que es lo suficientemente fuerte como para seguir juntos e imagino que Alma siente lo mismo. De lo que sí estoy seguro es que sin un cierto grado de reclusión, la presencia del otro puede volverse insoportable.

—¿Cuánto me quieres, Juan Montes? —me preguntó hace unos meses, con una sonrisa desafiante.

Caminábamos por el parque de Los Peumos, observando las últimas innovaciones de mi padre. Alma había cortado una flor y la había deshojado con rapidez, como si los pétalos estuvieran incandescentes, mientras murmuraba la escala de amores que todos aprendemos de niños. Pensé que era una de esas preguntas que no tiene sentido contestar, sobre todo después de tantos años, cuando el día a día resulta más elocuente que cualquier palabra. Sin responder, la miré desde la distancia de mis pensamientos. Transcurrieron un par de segundos y luego escuchamos la voz de papá llamándonos desde la pajarera. Ya era muy tarde para responderle. ¿Habrá abierto mi reserva una hendidura en su mente, por donde se coló la duda? Sentí deseos de estrecharla, como ahora, pero ella echó a andar en dirección a la pajarera.

No logro conciliar el sueño. Pienso en Tommy. Siempre me impresiona su mirada a la vez directa y lejana, como si nos observara por una rendija. Cuando lo veo ensimismado siento temor de sus pensamientos. De ese mundo que transcurre en su interior y que yo no puedo conocer ni tocar. En ocasiones me gustaría que hiciera las travesuras de los demás niños, para así reñirlo por cosas concretas y avistar los límites donde transita su ser.

Oigo la voz de Soledad en mi oído: “Ahora que Tommy se pondrá a crecer, le compraremos una cama de verdad”. Era su última operación. A sus tres años tenía la estatura de un niño de uno, y aún dormía en la cama-cuna que había heredado de Soledad. Veo la luz del mediodía adentrándose por la ventana de la habitación de Tommy, sus juguetes intactos sobre las repisas. Un mundo detenido, aguardando el minuto de

recobrar la vida. Recuerdo la mirada de Soledad buscando en mí una confirmación, un callado “¡vamos!” que pusiera por fin todo en marcha. No he olvidado tampoco la forma en que la esquivé, incapaz de otorgarle la certeza que me pedía. Tommy jamás sería un niño normal. Ésa era la verdad que Soledad quería que refutara.

Después de la operación, Soledad consagró todas sus energías a Tommy. Absorbida por sus más ínfimas necesidades, nunca le quitaba los ojos de encima. A pesar de mi insistencia para que comenzara a hacer su vida —había estudiado historia del arte—, para que buscara una actividad fuera de casa, ella insistía que el único sitio donde quería estar era junto a su hijo. Ya habría tiempo para lo demás. En rigor, su conducta me parecía razonable, y aun cuando no hubiera estado de acuerdo, la conocía lo suficiente como para saber que no cambiaría de opinión. No digo esto para justificarme, para redimir la culpa que pueda caberme en los acontecimientos que se desataron más tarde. A pesar de su aparente fragilidad, ella fue siempre una mujer de carácter. Era, en alguna medida, responsable de gran parte de las cosas importantes que nos habían sucedido: que estuviéramos casados, que viviésemos en este barrio, que yo trabajara en la clínica más prestigiosa del país, y tantas otras que definían nuestra vida y de las cuales nunca me he quejado.

La recuperación de Tommy era lenta pero continua. Ese año me nombraron jefe de la Unidad de Cardiocirugía. Esto significó tener que trabajar con más ahínco y que nuestro tiempo juntos se hiciera escaso. Por eso, cuando Soledad sugirió la idea de abrir una galería de arte, me pareció espléndido; tenía los estudios y un gusto refinado. Encontró un local no lejos de nuestra casa, lo arrendó, y con la ayuda de un amigo arquitecto empezó a transformarlo. Realizaba todas estas actividades con Tommy. Lo subía en su silla y, según me contaba, salía a comprar materiales, a batallar con el arquitecto o el constructor, a visitar artistas y a discutir de estética con sus antiguos compañeros de estudio. Tommy, con su carácter tranquilo, la acompañaba sin protestar.

La palabra felicidad siempre me pareció falsa, demasiado rotunda y vehemente, pero también, trivial y poco precisa. No obstante, mirado en retrospectiva, se podría decir que éramos felices. Por lo menos hasta que empezaron a aparecer las señales de alarma.

La primera fue casi imperceptible. Soledad llegó a casa pasadas las once de la noche, con Tommy dormido en sus brazos. Yo la esperaba en la sala, a punto de explotar de ansiedad. Subió presurosa las escaleras y se encerró en el cuarto de Tommy. Cuando un rato después toqué la puerta para hablarle, no hubo respuesta. Imaginé que se había quedado dormida y me fui a acostar. Tarde por la noche escuché ruidos provenientes de la sala. Me asomé a la escalera y le pregunté qué hacía. Me dijo que todo estaba bien, que pronto subiría. Al día siguiente necesitaba estar en pleno dominio de mis facultades para una de mis primeras operaciones a corazón abierto, por lo cual, sin darle más vueltas al asunto, retorné a la cama.

Por la mañana, Soledad dormía a mi lado. Me levanté sin despertarla, y cuando bajé al primer piso descubrí que había reubicado todos los muebles de la sala. El espacio había cambiado de apariencia y la nueva distribución carecía de sentido; sin embargo, no le di importancia. En algún lugar de mi ser sabía que formular las preguntas necesarias me llevaría a ver lo que se ocultaba tras nuestro frágil decorado.

Me levanto de la cama y salgo al pasillo. Desde que conocí a Cristóbal y a su familia no he podido evitar los recuerdos. Esperan a que me encuentre solo para asaltarme. Abro la puerta del cuarto de Lola. En la penumbra veo el rostro dormido de Alma, su pelo ondulado sobre la almohada, y junto a ella el perfil de Lola. Me quedo unos instantes observándolas y luego vuelvo a mi pieza.

13.

♒

Cuando pegué los planetas fosforescentes en el techo del cuarto de Lola pensé que al apagar la luz, ella tendría siempre un camino por donde entrar en los sueños. Nunca imaginé que sería yo quien buscaría perderme en su destello. Estrecho el cuerpo de Lola y acerco mi rostro a su pelo para sentir su olor ácido de niña dormida. Un murmullo emerge de su garganta. Se da vuelta, estira un brazo y lo cruza sobre mi pecho. Por un momento la angustia cede. Cierro los ojos y me doy cuenta de que no podré dormir.

Un muro se alza entre Juan y yo, a través del cual podemos vernos, pero que ningún contacto puede atravesar. Aún ahora, en la oscuridad, veo su rostro contraído, sus gestos enérgicos e irritados. El silencio tiene tantos matices como el habla y presiento que los de Juan son el fragmento de una rabia cuya profundidad y origen no estoy segura de conocer. Tal vez, como yo, está cansado de tanta repetición, de mirar hacia delante y vislumbrar un camino trazado de antemano; tal vez, como yo, echa de menos los tiempos en que todo podía ocurrir, en que el futuro era aún impredecible. Quizá lo que en un principio Juan apreció de mí, hoy le resulta irritante. La forma que tengo de moverme, de expresarme, de acariciar a mis hijos, de beber, de comerme las uñas. Y esto se asoma en mi conciencia cada vez con más tenacidad porque es lo que yo he empezado a sentir por él. La apatía, las palabras poco amables, los gestos desapasionados, se han vuelto parte de nuestros días, al punto que una noche, después de una de nuestras riñas, sentí repulsión por su cuerpo.

Desprovista de nuestra comunión, mi vida, el resto de las personas, me parecen distantes, como si los observara a través de una bruma. Lo que antes tenía significado se vuelve banal. No es un sentimiento dramático, de hundimiento o de desesperanza. Por el contrario, es tan leve que se asemeja al vacío. Esa mirada de indiferencia ante las cosas está siempre latente, lista para arremeter, y es el afecto y el deseo —o la ilusión de ellos— los que la desbaratan. A veces llego incluso a pensar que todo es producto de mi mente: la afinidad, las certezas… Quizá veo lo que necesito ver, con el fin de darle consistencia y sentido a una vida que de otro modo sería vana; y ha ocurrido de una forma tan paulatina, que he acabado creyendo el cuento que me he contado.

Lola se da una vuelta en la cama, abre los ojos y sonríe.

—Sabía que estabas aquí —dice con el aliento que dejan los sueños.

Se arrima a mí, y a los pocos minutos se duerme nuevamente. Apoyo mi cabeza en su espalda.

Lo único que podría devolvernos nuestra plácida existencia sería dejar que la trama siga su curso, sin entorpecerla, sin plantear dudas ni desafiarla. Levantarse por la mañana y no pedir más que este universo que compartimos con Lola y Tommy. Tendría que desechar —como imagino hace el resto de las parejas cuando la pasión languidece— mi añoranza por ese deseo perentorio de acariciarnos, de acercarnos porque sí, y que antes solía poner el sexo en marcha. Posiblemente bastaría con eso. Y entonces recuperaría la felicidad cauta que experimentaba no hace mucho tiempo. Sin embargo, no quiero hacerlo. Y es esto lo que más me perturba: esa mujer impávida que observa desde un lugar lejano destruirse lo que pensó sería el resto de su vida.

14.

Han transcurrido casi setenta y dos horas desde la operación de Cristóbal Waisbluth. Esta mañana, por fin, lo desconectamos del respirador y disminuimos su dosis de sedantes. Acabo de hacerle una visita de control y se ve animado. Emma estaba a los pies de su cama, leyendo en voz alta los mensajes que le han enviado sus compañeros. Me preguntó qué deberá hacer cuando llegue el momento de llevarse a Cristóbal a casa. Me miró de reojo y luego agregó:

—Sé que sacaste a tu hijo adelante. Quiero saber cómo lo hiciste.

—Sí, claro, le daré una vuelta y conversamos —señalé.

—Te estoy pidiendo más que eso. Escríbeme todo lo que hiciste para salvarlo.

Su rostro cambió de color, pero se recuperó enseguida. Inclinó la cabeza y continuó leyendo. Le prometí darle una lista de recomendaciones que no suelen aparecer en los manuales de cuidados.

—Gracias —agregó sin alzar la vista.

No es usual que alguien me hable de forma tan directa y perentoria. Los pacientes y sus familiares suelen ser afables, rindiéndome incluso una suerte de pleitesía, que no espero en absoluto, pero a la cual, supongo, me he habituado. Intuyo que antes de hablarme, Emma estuvo pensando un buen rato, y no encontró el tono justo de expresarme sus inquietudes. Algo que suele ocurrir cuando debemos plantear al otro un asunto que nos importa.

En eso estoy ahora en mi consulta. Escribiendo una lista para Emma de esos detalles que han constituido mi vida en los últimos doce años. Y mientras tecleo en mi computador, las imágenes acuden nuevamente, mofándose de mis esfuerzos por fingir que no existen, que nunca estuvieron ahí, que no soy, al fin y al cabo, un recipiente de recuerdos.



Después de esa noche de mudanzas en la sala, una vida hermética empezó a crecer en el interior de Soledad. Por eso, cuando me anunció que invitaría a almorzar a un grupo de artistas, críticos y teóricos de arte, pensé que era un buen síntoma. Durante la semana planificó hasta

el último detalle de la velada. Llegado el día, un domingo de invierno, trabajó desde temprano. Todavía puedo ver su cuerpo menudo y ágil moviéndose a un lado y a otro con un brío renovado, preparando la comida, disponiendo la mesa y los jarrones de ramas invernales.

Sus primeros invitados llegaron a la una en punto. Una mujer que fue sacándose una capa de ropa tras otra, hasta quedar casi desnuda, y su acompañante, un hombre que nunca llegó a quitarse su abrigo negro. Ella se sentó en el borde de una butaca con los codos en las rodillas y no hizo más que mirar a todos lados, mientras que él extendió las piernas, y con las manos en los bolsillos se quedó mirando por la ventana, como si meditara un asunto de suma importancia. Por fortuna, ambos comieron con avidez el abundante aperitivo. Soledad tenía una sonrisa complacida y en ningún minuto mostró ansiedad por el retraso del resto de los comensales. Yo deseaba que nuestras miradas se cruzaran para poder interrogarla con disimulo, pero ella sólo tenía ojos para la pareja de extraños. Al cabo de un rato me enteré de que la mujer esculpía pequeños animales en madera y que él era corrector de pruebas de una editorial sin nombre y, al parecer, tampoco publicaciones. Eso fue todo lo que se habló de "arte". Soledad, a pesar de la atención que les prodigaba, no permitió que Tommy se alejara de ella. Trajo sus lápices de colores y papeles, y lo instó a que jugara junto a sus pies. Tommy estaba decaído y constipado. Pasamos a la mesa y otra vez nuestros huéspedes mostraron un apetito colosal, pero no lo suficiente como para acabar ni un cuarto de la inmensa cantidad de platillos que Soledad había preparado. Ella habló todo el tiempo, como si temiera que al callar por un instante el frágil mecanismo que la sostenía pudiera romperse en pedazos. Pensé entonces que tal vez Soledad necesitaba representar un rol —el que fuera, y de la manera más fidedigna posible — para no ceder definitivamente a la sinrazón.

Cuando terminamos, la mujer volvió a ponerse sus múltiples atuendos, y ambos partieron un poco borrachos, caminando calle abajo. Pensé que por fin Soledad se derrumbaría o abriría la posibilidad de comentar lo que había sucedido. Pero en lugar de eso se volvió hacia mí con las cejas enarcadas y una sonrisa, mientras oscilaba la cabeza a un lado y otro, en una callada alegría. Luego, me dio un beso y me condujo a la cama. Como no era muy frecuente en los últimos tiempos, me sumé a su proposición sin ofrecer resistencia. Después de hacer el amor permanecimos tendidos, sin hablarnos, como dos estatuas volcadas en una revuelta. En el aire se instaló un manto de derrota.

—¿Qué pasó con el resto? —indagué con cautela. Soledad levantó la cabeza y me miró perpleja—. ¿Los invitaste?

—De verdad no sé. Por favor, no me preguntes más.

—Y se le quebró la voz.

Sus ojos vacíos me hicieron comprender que Soledad estaba en otra parte, en un lugar donde ni mi tacto podría alcanzarla. Pensé que unas

vacaciones juntos, en algún sitio soleado, nos vendrían bien; aún me aferraba a la idea de que su comportamiento era pasajero y que un cambio de aire lo revertiría.



Carola, mi secretaria, me informa que Alma llamó mientras yo hacía la ronda de visitas, quiere acompañarme a la cena de directorio. ¿Cuánto tiempo he estado deambulando por la cámara oscura de los recuerdos? Marco el móvil de Alma. Está ocupado. Mejor así. Ella —como dice Tommy— siempre ve las cosas. Temo que estos dos mundos separados entren en colisión en mi cabeza. Ayer soñé que al darme vuelta en mi cama caía por la borda de un barco en mitad de la noche. Miraba hacia arriba y descubría cientos de metros metálicos que se erguían sobre mis ojos; en la cima, Soledad y Alma reían. Yo gritaba, pero ellas no me escuchaban. El barco, engalanado de luces, se desvanecía; la música, las voces, las risas, todo se alejaba irremisiblemente.

Una noche, después de una larga operación, llegué a casa y encontré a Soledad descalza en la calle, lavando su automóvil. Hacía un frío endemoniado. Me quedé frente a ella, con mi maletín en la mano. La luna iluminaba sus facciones infantiles. “Son las once de la noche”, le dije. “Ya lo sé, pero mañana tengo una reunión importantísima con un artista español”. El agua de la manguera empapaba sus pies. “Puedes llevarlo temprano a que te lo laven”, señalé. Sin contestarme, siguió restregando el vidrio de forma impetuosa. “No llevas zapatos, te vas a resfriar”, le advertí. “Cómo se te ocurre que no voy a llevar zapatos con este frío, ¿acaso me crees loca?”. Tuve la sensación de que no éramos Soledad y yo quienes sosteníamos ese diálogo incoherente. Nosotros no éramos esa clase de personas. Le quité el paño de las manos y la cubrí con mi abrigo. Se resistió un poco, pero luego cedió. Me miró con una expresión indefensa. Había entendido de pronto lo que estaba haciendo y sentía vergüenza por ello. Entramos a la casa y su cuerpo se aflojó, cayendo pesadamente sobre una butaca.

Antes de partir a la cena anoto en una hoja un par de cosas para Emma que se me vienen a la cabeza, y luego copio de mi puño y letra la lista impresa de recomendaciones postoperatorias que damos a nuestros pacientes. La dejo sobre mi escritorio, y un sentimiento de ruindad me embarga al cerrar la puerta.

15.

♒

He pasado la tarde en la sala de edición componiendo un par de escenas, y creo haber llegado a un buen resultado. Suena el teléfono y me precipito a contestarlo. Llamé a Juan varias veces para acompañarlo a su cena anual de directorio, pero él no me ha contestado. Ayer, cuando llegó por la noche, simulé dormir. Se sacó la ropa y con la luz apagada se acostó sin tocarme. Permaneció a mi lado, respirando apenas. No sé qué pasa por su cerebro, y empieza a no importarme.

El mecánico del garaje me informa que no tendrá mi camioneta para esta tarde. Sigo sus explicaciones mientras observo en la pantalla la imagen congelada de una niña. Apenas cuelgo, el teléfono vuelve a sonar. Escucho la voz de Leo.

—Hola —digo.

—¿Cómo estás?

—Aquí, trabajando.

—¿Llegaste bien a Santiago la otra noche?

—Sí, claro, me trajo un hermano de Juan. ¿Y tú?

—Todo bien. Me gustaría verte, Alma.

—Sería genial.

—Podríamos tomarnos un café, comer juntos, no sé... Hoy mismo, si tú puedes.

Hay una sincronía infame en la manera que se están dando las cosas. Pero es Maná quien cree en esto, no yo.

—Me encantaría —señalo—, pero tengo un montón de trabajo que hacer. Me voy a quedar aquí hasta tarde.

—Tenía la esperanza que aceptaras. —Hay desilusión en su voz—. Te dejo el número de mi móvil, por si te arrepientes. —Me da el número y lo anoto en un papel—. Yo también voy a estar trabajando. Llámame cuando quieras.

—De verdad, le prometí a Matías que sacaría un par de escenas más.

—Está bien. No te preocupes. Tienes mi número.

Su voz posee un tono concluyente que me confunde. No sé si es indicio de una personalidad imperiosa o de un deseo incontenible de verme. Nos despedimos. Continúo con mi trabajo. Poco a poco la oficina va quedando desierta. La última en salir es Lorena, la secretaria de Matías. Por la estrecha ventana de mi sala de edición alcanzo a ver el cielo oscureciéndose. No tengo hambre. Preparo café en la cocina. De vuelta me detengo en el pasillo. Está oscuro y las maderas del piso rechinan con cada uno de mis pasos. En el silencio oigo un susurro, como si mi espacio interior hubiera tomado posesión del exterior. Una emoción que no me es extraña —pero que había olvidado— comprime mi garganta. Quiero ver a Leo. Es un anhelo que me deja sin aire. Mi cabeza comienza a buscar aceleradamente razones para llamarlo. Y luego al revés, razones para no hacerlo. Tomo el papel donde anoté su número y lo marco.

—¿Alma? —dice, aun sin escuchar mi voz.

—Sí —afirmo avergonzada.

—¿Te arrepentiste?

—Es que terminé antes de lo que pensaba y tengo hambre.

—¡Qué bueno! ¿Te paso a buscar o nos encontramos en algún sitio?

—Tengo unas filmaciones viejísimas que estoy segura te van a divertir mucho. Podrías venir, las vemos, y después salimos a cenar.

—Perfecto. Ya estuve en la productora el otro día con Matías.

—¿Y no pasaste a verme?

—Es que ya te habías ido. Alma, qué bueno que me hayas llamado, tengo muchas ganas de verte.

—Te espero, entonces —concluyo con cierta frialdad, contrarrestando su entusiasmo.

Mientras lo aguardo, la expectativa de ver a Leo me llena de inquietud y de euforia.

Los recuerdos se mezclan en mi cabeza, me sacuden y me hieren. Cuando por fin lo oigo llegar, me encuentro con su mirada alegre y resuelta,
que compensa el filo de sus rasgos. Cuánta liviandad —me digo—, cuán lejos de mis tribulaciones se encuentra Leo.

Toma mi hombro con cautela y me da un beso en la mejilla.

—Ven —lo invito mientras camino hacia la isla de edición.

Me siento frente al computador y busco la carpeta donde están guardadas las imágenes que quiero enseñarle. Matías aparece en la pantalla. Tiene diecinueve años y hace morisquetas en una concurrida calle de Barcelona.

—No ha cambiado nada, ¿verdad? Es el mismo corcho de siempre —comenta con una risa benévola.

—Mira esto —señalo.

Ahora soy yo quien hace morisquetas. Camino al estilo Caperucita Roja, declamando un manifiesto sobre nuestros principios estéticos. Llevo uno de mis atuendos de esa época: una mezcla heterodoxa de zapatos Doctor Martin, chaqueta de motociclista, pañuelo de seda al cuello y guantes de piel. Mi voz apenas se escucha en el barullo de la calle.

—Tenía diecisiete años.

—Me gustas más ahora —precisa, desprendiendo los ojos de la pantalla para mirarme con una expresión halagadora.

—Y tú, ¿qué hacías en ese tiempo? Estabas todavía en Chile, ¿no? —Esbozo una sonrisa mundana, para demostrarle que no cedo a las lisonjas tan fácilmente.

—Estaba de vuelta en una clínica, desintoxicándome. —Levanta un hombro y arquea una ceja sin abandonar su expresión vivaz—. ¿Sabes quién me salvó?

Yo hago un gesto negativo con la cabeza.

—Una chica que había intentado suicidarse dos veces. Quería ser actriz y leíamos juntos las obras de Ibsen. Era bastante buena. Ella interpretaba a Hedda Gabler, y yo a los personajes masculinos, el juez, su marido, Lovborg.

—¿Te enamoraste de ella?

—Cuando estás desesperado no te enamoras. A lo más usas a las personas —afirma. Su sonrisa resulta paradojal con sus palabras, pero aun así parece genuina. Me hace pensar que son parte de su credo de vida.

—Pobrecilla, seguro que estaba loca por ti.

—También ella estaba desesperada. La mayoría de las veces es eso lo que une a las personas —declara sin dejar de mirarme.

¿Traza acaso la línea por donde transitar sin herirnos, o está enunciando la naturaleza de su atracción por mí? Advierto sus labios gruesos que rozan mi cuello. En la oscuridad del cuarto, la luz que emana de la pantalla proyecta fulgores azules en las paredes, como el agua tocada por el sol. Acaricio su nuca. Su mano se abre paso entre mi ropa y desciende hasta el nacimiento de mi espalda. Al cerrar los ojos veo un pez que nada en el fondo de la casa de agua, cansino y ciego. De pronto un rayo de luz alcanza sus escamas. Avivado por el resplandor, el pez asciende veloz hasta llegar a la superficie, mientras mi espalda se curva hacia atrás al contacto hábil de Leo. Cuando vuelvo a mirarlo advierto que su malicia se ha acentuado y no puedo evitar sonreír. Me saco los zapatos y me siento sobre él a horcajadas. Toca mis pechos bajo la camisa. La victoria y la provocación se asoman a sus ojos. Recorre el contorno de mi pezón erecto con su dedo índice, y en cada vuelta su presión se acrecienta, como si pretendiera entrar en mí a través de esa protuberancia oscura. Ahora su mano lo envuelve y lo oprime mientras la otra abre mi pantalón. Una risa se escapa de su garganta. Toma mi cintura con ambas manos y me embiste.

♒

Hemos llegado a los faldeos de la cordillera donde vivo. Es Leo quien me ha traído en un taxi.

—Así que es aquí donde vive la princesa Alma —dice al observar mi casa desde la ventanilla, con su entramado de vigas al estilo Tudor, sus colgantes de hiedra, todo esto coronado por dos impasibles chimeneas.

—Gracias por traerme —afirmo.

La luz del pórtico ilumina las hojas de los árboles. El perro del vecino ladra y muestra sus dientes a través de la reja. Leo pasa su brazo por mi cintura y me apresa.

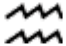
—¿Te veo otra vez? —me pregunta al oído.

Tras su sonrisa, vuelvo a encontrar ese algo un tanto incierto, resquebrajado, que me atrajo en mi adolescencia.

—No sé.

—Yo quiero verte.

Le doy un beso en la frente y desciendo del auto. Leo también se baja. Le pido que no me acompañe a la puerta. Sé que he sido imprudente permitiéndole traerme hasta aquí.



En el baño me saco la ropa y me lavo. Una luz se filtra por la cortina mal ajustada y tropieza con el rostro dormido de Juan. Entro a la cama y pego mi cuerpo al suyo. Percibo el calor de su espalda en mi vientre. Lo abrazo, él enreda sus piernas con las mías sin abrir los ojos. Después de un mes hacemos el amor. Imagino que es el cuerpo de Leo. Al terminar nos desprendemos. Juan me da un beso en la mejilla. Se queda de espaldas con la mirada clavada en el techo y yo me vuelvo hacia el muro.

16.

♐

Es mi avión rojo el que cruza el cielo, el de la Primera Guerra Mundial. Y soy YO quien va al mando. Papá y el abuelo están sentados a mis espaldas. Miro la hora en mi reloj Breitling Emergency. Si sufriéramos un accidente, su microemisor de 121,5 MHz transmitiría durante cuarenta y ocho horas una señal que cubre ciento sesenta kilómetros a la redonda. Escucho la voz de papá. Me dice que no tema. Pero yo no tengo miedo. Sé que puedo hacer piruetas, montar en línea recta hacia el límite de la atmósfera y cruzarla, seguir, seguir, avistar los planetas, los satélites, las estrellas fugaces que rozan la ventanilla. Hace rato que vengo haciéndolo. Volar. Tan sólo tengo que cerrar los ojos para encontrarme con el infinito; es como si estuviera adentro mío. Un perro ladra en el firmamento y su sonido se propaga sobre los campos, los tejados, las minúsculas carreteras, las ventanas encendidas, y mientras mi avión atraviesa la noche, los ladridos se van haciendo más nítidos. Son los ladridos de Capitán, el perro del Bebé Hipopótamo Malvado.

Me asomo a la ventana. El reflejo de las luces de la ciudad es tan intenso que en el cielo no hay estrellas. En la calle, frente a nuestra reja, Alma y un hombre se bajan de un taxi. ¿Dónde está la camioneta de Alma?

¿Por qué un hombre la trajo a casa? El tipo vuelve a subirse y el taxi arranca. Escucho a Alma subir las escaleras y entrar a su pieza. Me quedo mirando la calle vacía por la abertura que dejan las cortinas. Sigo atento, pero ahora sólo escucho el sonido de la oscuridad. A veces, sin quererlo, imagino que Alma nos deja, como nos dejó mamá. No me gusta pensar eso porque Yerfa dice que el miedo atrae la mala suerte.



La primera luz del día es azul. La reja está abierta y el farol del acceso aún encendido. No fue un sueño. Alma llegó con otro hombre. Quisiera editar todo esto, como lo hace ella con sus películas. Borrarlo de mi memoria. Pero cuando un asunto nuevo e importante entra en mi cabeza, ya no hay forma de sacarlo de ahí. Por más que intento olvidarlo, unos monstruillos me recuerdan su presencia. Hace un tiempo se lo expliqué a Alma, y ella me dijo que los monstruillos se llaman “conciencia”. Yo le pregunté si se iban alguna vez, y me respondió que no, pero que aprendemos a vivir pretendiendo no verlos. Quise saber entonces por qué yo era incapaz de hacer lo mismo, y Alma me dijo que tal vez yo era una de esas pocas personas que en lugar de cerrar los ojos enfrentan a los monstruos y luchan contra ellos hasta vencerlos.

Por eso he pensado que si hago diez descubrimientos sobre mamá, todo se volverá más claro. ¿Por qué diez? Porque Dios definió nuestro proceder con los diez mandamientos, porque tenemos diez dedos, porque diez billones de kilómetros son un año luz, porque Yerfa dice que cuente hasta diez antes de decir o hacer algo de lo que después pueda arrepentirme.

En el fondo de mi cama, una lluvia de hielo cae sobre la canoa de Kájef. Está dormido.

—Tommy, ven a tomar desayuno —escucho a Yerfa al otro lado de la puerta.

Yerfa es casi tan baja como yo, tiene un gran torso y el pelo liso, muy negro. Ríe escasamente, pero estamos juntos desde siempre y yo la quiero. Abro la puerta.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te encierres con llave? ¿Y si hay un terremoto?

Yerfa se da cuenta que he estado llorando. Pasa sus dedos por mis ojos y luego los agita en el aire. “A las penas hay que sacudirlas”, me dice siempre.

—Tu papá ya pidió el desayuno. Si quieres, vas a saludarlo y después bajas.

Yerfa lee mis pensamientos.

—Papá, soy Tommy —anuncio mientras toco la puerta de su pieza.

Nadie responde. Entro. Encuentro a papá en medio de su cuarto con una toalla amarrada a la cintura. Me gustaría contarle que Kájef descansa dentro de su canoa, pero no puedo hablarle de él. Alma duerme con la cabeza vuelta hacia la muralla. Por la ventana semiabierta se cuela el aire cargado de polen. No quiero estornudar.

—Otra vez no tocaste la puerta —me dice en un susurro, para no despertar a Alma.

—Sí, lo hice, pero tú no respondiste. Pensé que podía pasarte algo.

—¿Y qué puede pasarme dentro de mi pieza, Tommy?

—Nada.

—Exacto. —Papá tiene los ojos hundidos y las arrugas que suelen rondarlos se ven más profundas—. ¿Y qué has hecho?

Me acomodo en el borde de la cama con cuidado. La cama es tan alta que mis pies no alcanzan el suelo. O podría ponerlo de otra forma: soy

tan bajo —tengo la altura de un niño de ocho años— que mis pies no llegan al suelo. Papá saca del clóset un pantalón gris y una camisa celeste.

—No me has contado qué hiciste ayer.

—Estuve leyendo.

—Como siempre.

Quisiera decirle que ya nada es como siempre. Yo sé que mamá se quitó la vida y que Alma llegó a casa con un hombre. Todo esto me gustaría contarle, pero las palabras están atrapadas dentro de mí, como los pájaros en la jaula del abuelo. Papá se viste y entra al baño. Después de un rato sale con el pelo peinado hacia atrás. Frente al espejo se arregla la corbata. Respira hondo, entrecierra los ojos y levanta el cuello.

—¿No tienes colegio hoy día?

—Los profesores van a una jornada de educación.

—¿Por qué no llamas al nuevo vecino y lo invitas a jugar? Por favor, no te quedes otro día encerrado en tu pieza.

Cuando sale lo persigo escaleras abajo. Lola dejó su foca de peluche en el suelo. Papá la recoge.

—Papá… —señalo.

Temo que Alma nos deje, pero sé que si le digo a papá lo que vi anoche, todo resultará peor. Comienzo a parpadear muy rápido. Papá me mira.

—Nada —digo.

Seguimos bajando. En el pasillo se detiene. Estamos frente a uno de mis dibujos: El laberinto del Minotauro. Alma dice que es el mejor dibujo que he hecho. Me gusta poner nombres en mis dibujos. Frente al Minotauro escribo “Minotauro”, frente a los rayos escribo “rayos”, frente al sol escribo “sol”, y así. A veces los cambio, y a la hormiga le pongo “casa”, y a la casa le pongo “bosque”, y al árbol, “torre”, y a la torre, “pájaro”. Y cuando miro alguno de mis dibujos con los nombres cambiados, las cosas se transforman. La torre comienza a ser un poco pájaro; la casa, un poco bosque.

—Tommy, ¿por qué diablos me sigues?

—Para estar contigo.

Me revuelve la cabeza como suele hacer cuando no sabe qué decirme. Me entrega la foca de peluche. Se queda mirándome con sus ojos de doctor y luego me da un abrazo.

—¿No puedes quedarte?

—Imposible. ¿Qué dirían mis pacientes si no llego a verlos?

Cuando era más pequeño pensaba que si detenía el tiempo, papá ya no volvería a salir. Un domingo por la mañana llevé a cabo mi misión. Rompí la cuerda de su reloj para evitar que siguiera avanzando. Es obvio que el tiempo siguió su curso y yo me gané una buena reprimenda.

—Sabes que eres mi campeón, ¿verdad? Yo respondo que sí.

17.

Juan se anuda la corbata frente al espejo del armario. Tommy está con él. Simulo dormir. Me duele la cabeza. Cuando ambos desaparecen, me invade un sueño al cual no puedo ofrecer resistencia.

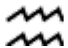
Unos golpes suaves en la puerta me despiertan. Por la ventana se asoma la luminosidad del mediodía. Tras las paredes de mi pieza fermenta la primavera. A duras penas logro abrir los ojos, la luz me hiere.

—Señora Alma, ¿está bien? Como no ha pedido el desayuno, y me dijo que saldría temprano... —señala Yerfa desde la puerta a medio abrir.

—No me siento bien, Yerfa.

—Voy a hacerle una agüita de matico. Quédese aquí, tranquilita.

Recuerdo a Leo. Sé que no voy a evitarlo y esa noción me ahoga. Así es el deseo. Posee una fuerza a la cual no queremos resistirnos. El recuerdo de su rostro dormido sobre la almohada de mi madre se mete en mi memoria, como el polvo en los ojos, con su dolorosa pequeñez. Detesto la ironía, llegar, después de tantos esfuerzos por evitarlo, al mismo lugar donde dejé a Maná. La detesto a ella —ahora más que nunca— por haber hecho este camino antes que yo, por haberlo viciado con sus excesos y con el sentimiento de abandono que dejó en mí. Cierro los ojos y vuelvo a dormirme. El dolor desaparece. Al despertar, la habitación se halla sumergida en las sombras. Son las ocho de la tarde. Juan no ha llegado a casa. Siempre he creído que de no ser por él, aún estaría en el sitio desesperanzado donde vivía cuando nos encontramos.



Si alguno de mis coterráneos aparecía en el restaurante donde trabajaba, yo hacía lo posible por evitarlo. No es que tuviera una aversión por mi país. No quería verme obligada a iniciar una charla y contestar sus preguntas sobre mi vida en Barcelona. Tenía veintitrés años, ejercía como maître por las noches, intentaba recibirme en la escuela de cine, estudiaba literatura por correo, vivía con un músico en un departamento lleno de trastos, y la única persona en quien confiaba era Edith, la dueña del restaurante. En suma, llevaba una vida afanosa, como tantos otros, pero que ante los ojos de los chilenos que solían recalar en el restaurante parecía miserable.

Juan no fue una excepción. Era un tipo de hombre que conocía poco, pero que de todas formas no me interesaba mayormente. Un hombre de apariencia correcta, provisto de esos modales prudentes y a la vez solemnes que son transmitidos de una generación a otra. Él, por su parte, según me contó después, apenas entró al restaurante notó mi presencia. A pesar de mi impecable terno negro de maître —que procuraba llevar con la mayor dignidad posible—, le hice pensar en un cervatillo de piernas largas que por falta de aptitud podía desplomarse en cualquier minuto.

Recibía a una pareja de italianos cuando escuché los alaridos. Mis compañeros y yo dejamos nuestras labores y corrimos en dirección a la cocina. Las manos, el cuello y parte del pecho de Edith ardían en llamas. Tenía la boca abierta y de su garganta no emergía sonido alguno. Roberto, el ayudante de cocinero, con un grito de horror, comprimía su delantal de cocina contra el cuerpo de Edith. El resto del personal corría de un lado a otro descontrolado. De pronto, Juan se asomó por la puerta batiente de la cocina.

—Échese al suelo —gritó, y con rapidez se abrió paso hasta Edith—. Ahora ruede de un lado a otro —comandó mientras se sacaba la chaqueta y la echaba sobre el torso y los brazos en llamas de ella—. Necesito una alfombra o un abrigo, y agua.

Alguien le lanzó una frazada. Enseguida, Juan la cubrió y le arrojó agua.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Edith —dije.

—Edith —repitió con voz suave—, estarás bien, ¿me oyes?, soy doctor y estoy cuidando de ti.

Echó a un lado la trenza cana de Edith y acercó el oído a su nariz para asegurarse que aún respiraba.

—¿Ya llamaron a urgencias? Voy a necesitar unos cuantos cojines, o algo para levantarla, también tela limpia, puede ser un par de manteles. Con uno de ellos hazme unas cuantas tiras —me pidió. Eran las primeras palabras que me dirigía.

Con los cojines elevó el área quemada del tórax a unos treinta centímetros del suelo.

—Así te sentirás mejor, Edith, ¿me escuchas? —dijo mientras le tomaba el pulso.

Sacó la frazada chamuscada de su cuerpo y lo cubrió con uno de los manteles blancos. Con las tiras hizo compresas para separar los dedos de sus manos.

Todos le observamos mientras seguíamos sus órdenes. A pesar de estar a cargo, Juan se comunicaba de un modo discreto, casi silencioso. Cuando llegó la ambulancia, Edith soportaba con estoicismo el dolor, los ojos fijos en el rostro de Juan, como si su semblante fuera la cuerda que la atase al mundo real. La acompañamos hasta la calle en su camilla. Antes de que la introdujeran en la ambulancia cayó inconsciente. Juan y Roberto se subieron a un taxi y la siguieron.

Después que los clientes abandonaron el restaurante conmocionados, junto a un par de compañeras cerramos el negocio y partimos al hospital.

Encontramos a Roberto en la sala de espera del servicio de urgencias. En uno de los bancos, una mujer con el rostro magullado y los ojos fijos en la pared aguardaba su turno. A su lado, un niño en pijama intentaba hacerse un ovillo en su regazo.

—Volvió en sí, parece que está fuera de peligro. El chileno entró con ella —nos informó Roberto.

—Estaba bebida, ¿verdad? —le interrogué en un susurro.

Roberto asintió. Con frecuencia, Edith comenzaba temprano con sus gin tonics y continuaba a lo largo de la noche, hasta terminar borracha. Era vertiginoso verla freír los pescados en las grandes sartenes, picar las cebollas y los ajos, trozar las patatas con el cuerpo tambaleante y la mirada nublada, mientras sus manos se movían con precisión, como si pertenecieran a otro cuerpo. A veces, cuando el último comensal pedía la cuenta, terminaba echada en una silla, como si un reloj interno le hubiese indicado el momento justo en que podía sucumbir al sopor del alcohol.

Apenas entré a trabajar en su restaurante, Edith se volvió importante para mí. Necesitaba no sólo un trabajo, sino también amparo, y eso fue lo que ella me dio. Ignacio, el músico con quien yo vivía hacía dos años, era un buen amante, en ocasiones un buen amigo, pero estaba demasiado sumergido en sus propias tribulaciones para compartir las mías.

Mientras Roberto y las dos chicas iban por un café, me senté en un rincón. Pensé en Maná, y las imágenes de las dos mujeres se superpusieron en mi memoria. Ambas poseían un afán tan inmenso de abarcar la vida, que en el intento salían maltrechas.

Al cabo de un par de horas, Juan se unió a nosotros. Se presentó por su nombre de pila y nos explicó el estado de Edith. El fuego había alcanzado los cartílagos de sus dedos y era probable que tardara varios meses en recuperar la movilidad de las manos. Afortunadamente, su rostro había salido indemne. Por ahora, no había nada que pudiéramos hacer. Eran las tres de la mañana. Su voz calma, su forma pausada y

definitiva de hacer y decir las cosas, me producían —a pesar de los acontecimientos— una sensación de tranquilidad.

Después de lo sucedido me era difícil volver a casa, necesitaba beber algo. Eso les dije. Tomamos un taxi hasta el centro y luego caminamos unas cuadras. Pronto, Roberto y las dos chicas se despidieron de nosotros. Era una noche calurosa de comienzos de verano. Debido a las altas temperaturas, las calles despedían un aire húmedo y se alcanzaba a percibir el olor del mar. Juan caminaba a pasos largos pero sin premura, mirando hacia adelante. De tanto en tanto, yo lo observaba de reojo, buscando descubrir si su mutismo e indiferencia eran producto de una timidez enfermiza —lo cual parecía poco probable— o simplemente falta de motivación. El hecho de ser ambos chilenos y de que hubiésemos compartido el accidente, no significaba que debíamos relacionarnos. Era indudable que se trataba de un hombre formal, casado, sin deseos de entablar una conversación, por superficial que fuese, con una extraña. Sentí vergüenza de haberle propuesto tomarnos una copa. Cuando pasamos frente al tercer bar sin detenernos, le dije que estaba cansada y que nos despidiéramos allí.

—Es difícil que pases inadvertida. Por mucho que lo intentes —señaló entonces. Tenía los ojos radiantes, llenos de buen humor.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La mía fue la única mesa a la cual no te acercaste para preguntar cómo iba todo.

—Te diste cuenta.

No iba a mencionarle que al verlo en el restaurante había notado su impronta, tan propia de los hombres que se han pasado la vida practicando deportes y que —por principio— yo detestaba.

—Soy doctor, me doy cuenta de todo. ¿Es sólo con tus compatriotas, o con los tipos aburridos como yo?

—Las dos cosas. —Ambos reímos.

—Te llamas Alma, ¿verdad?

—¿Cómo sabes mi nombre?

Se llevó un dedo a los labios, cavilando, y luego replicó:

—Junto con el pasaje que me dieron en la agencia de viajes en Santiago, venía una nota con el nombre del restaurante y también el tuyo.

—¿En serio? ¿Y sabes quién fue?

—No tengo la menor idea. Ah, también venía la fotocopia de una crítica culinaria del diario El País que me pareció estupenda. Por eso llegué.

—Entonces no fue por mí.

—En realidad me llamó la atención tu nombre, pero para serte franco fui por la crítica.

—Y mira con la catástrofe que te topaste; mejor no hubieras venido.

—No me arrepiento —afirmó mirándome. Después de algunos segundos agregó—: Me alegro de haber podido ayudar a Edith.

Es increíble cómo esa capacidad que tenemos de interpretar los gestos ajenos, a la hora de la conquista se reduce a tan sólo dos lecturas: una que nos impulsa a avanzar y otra a retroceder. Y las señales de Juan eran equívocas. Además, hacía rato que Ignacio debía estar de vuelta en el apartamento donde vivíamos.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse. Yo desvié la mía, procurando resguardar mis pensamientos. El aire nocturno era denso y envolvente. Los faroles en la acera parpadeaban, haciendo que por fracciones de segundo la calle desapareciera en la oscuridad. Le pregunté qué lo traía por Barcelona y él me contó que estaba en un simposio de médicos.

—Pero no quiero hablar de mí. Mi vida es aburridísima. La verdad es que estoy en esa edad en que la mayoría de las cosas interesantes ya han pasado. Háblame de ti —me exhortó.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo treinta y nueve años, soy viudo y tengo un hijo de cinco.

—Yo creo que eres lo suficientemente joven como para que te pasen cosas imprevisibles.

—Y también lo suficientemente viejo como para, en lo posible, evitarlas. ¿Y tú? —me interrogó entonces, esgrimiendo una sonrisa colmada de interés—. Tu nombre tiene una historia, ¿verdad?

Me agradó que no hiciera las preguntas de rigor.

—¿Conoces la plaza del Alma?

—París. La torre Eiffel. Al otro lado del río —reseñó con rapidez, como si se tratara de un concurso de adivinanzas.

—Bueno, mi nombre no tiene nada que ver con esa plaza. —Se largó a reír.

—¿Y entonces?

—El alma era una de las preocupaciones fundamentales de mis padres. Todo estaba relacionado con el alma. Sobre todo los asuntos más terrenales.

Estimulada por su interés, me encontré hablando de Barcelona, de los lugares que me gustaban, de mis estudios, de cómo corría de un lado a otro barajando mis múltiples actividades. Juan, con paciencia y sin cejar, me hacía preguntas cuando yo me detenía o dudaba. A la antigua usanza, no permitía que yo, en mi caminar desgarbado y zigzagueante, ocupara el sitio en la acera más cercano a la calle.

Las personas que vuelven una y otra vez a sus experiencias, convencidas de que para los otros resultan tan asombrosas como para sí mismos, siempre me han parecido patéticas. Pero hablar era la forma —pueril, sin duda— de extender esos momentos que pasábamos juntos.

Pronto me encontré parloteando a ese ritmo algo exaltado de quien teme perder la atención de su oyente. Habíamos atravesado el casco viejo y casi toda Las Ramblas, cuando nos detuvimos en un bar. Nos sentamos a una mesa y pedimos café. Juan susurró unas palabras al oído del mesero.

—¿Y ahora con quién vives? —me preguntó en un lapso de silencio. Su mirada, aunque directa, era tímida.

Liberé mi pelo, que tenía atado con una banda elástica, y volví a sujetarlo. Un acto en apariencia inútil, pero que me da el segundo de pausa que necesito cuando me siento acorralada.

—Sola —mentí—. ¿Y tú?

—Con Tomás, mi hijo, y Yerfa, la mujer que lo cuida. —Su voz sonó cortante. Era obvio que hablar de sí mismo no le complacía.

Tomamos nuestro café y el mesero nos informó que el taxi estaba ya en la puerta. Salimos a la calle. Era una madrugada luminosa.

—Es para ti. Mi hotel está a un par de cuadras —me explicó mientras abría la puerta del taxi.

Evitando dejar en evidencia mi desconcierto ante un final tan abrupto, me senté en el taxi con las manos en las rodillas. Juan, sosteniendo la puerta abierta, me observaba.

—Alma —dijo, e hizo una pausa—, que duermas bien. Pedí al chofer que condujera hasta la playa. Quería ver los colores del alba descollando en el mar y en el cielo.

Ignacio dormía cuando llegué a nuestro departamento, sumido en ese sueño febril de un cuerpo intoxicado. Como la mayoría de las noches después de mi trabajo en el restaurante, me encontré con las huellas de una juerga. Colillas, botellas vacías, restos de comida china, la guitarra de Ignacio y otros instrumentos en el suelo. Sin desvestirme me metí a la cama. Su respirar entrecortado, sus ronquidos, sus suspiros ebrios, que semejaban lamentos, me produjeron aversión y tuve que levantarme. Entré a la sala y al mirar a mi alrededor me di cuenta de que, aun cuando yo misma había reunido los pocos enseres que lo habitaban, ese lugar me era extraño. Salí a la escalera y subí a la azotea. Me senté en el cemento, que todavía guardaba la tibieza del sol. Unos pantalones colgados que se mecían con la brisa me hicieron pensar en un hombre borracho bailando. ¿Cómo había llegado hasta esa azotea baldía? Arrancando de Maná, de la flaqueza de papá, de las riñas, del aislamiento. Sin embargo, aún seguía ahí, agazapada en un rincón de oscuridad. Mi mejor amiga yacía en una cama de hospital, y mi novio era uno de esos tipos que hacen de su inmadurez e indefensión una forma de vida.

Cuando bajé al departamento, Ignacio seguía durmiendo. Abrí mi maleta, la misma con que había llegado a Barcelona, y guardé dentro de ella lo que pude. Metí el resto —que no era mucho— en una bolsa de basura, y partí al hospital.

Encontré a Edith en una sala común, con los brazos, las manos y el pecho vendados.

—Tenía que ocurrir, ¿verdad? —Su hablar era entrecortado y lento.

—Tenía que ocurrir —repetí. Pasé mis dedos por sus mechones canos. Permanecimos calladas.

—Lo dejé —confesé de pronto.

—Ya era hora —convino Edith con voz apenas audible—. Coge la llave de mi apartamento... está en mi bolso... quédate ahí. Ya veremos qué hacemos... Tú con tu vida y yo con la mía.

Tras decir esto cerró los ojos. Su respiración era irregular. Pensé en Ignacio, en sus noches de embriaguez buscando atrapar una melodía, esa oportunidad que por fin haría justicia a su talento y que siempre terminaba por escapársele. Sentí tristeza.

Esa noche, Roberto y el resto del personal trabajamos con mayor dedicación que nunca. La noticia había llegado a oídos de nuestros comensales más frecuentes, y en las mesas, todas ocupadas, se respiraba un aire sombrío, pero a la vez solidario.

A la segunda noche apareció Juan y pidió una copa de vino blanco. Me senté a su mesa cuando el trabajo me dio un respiro.

—Hoy pasé por el hospital —indicó—. Los doctores me informaron que Edith es una paciente muy rebelde.

—No me extraña que digan eso —advertí.

—Mañana parto. Si quieres y tienes ganas, pensé que podríamos comer en algún sitio cuando termines tu turno.

Noté que no le resultaba fácil plantear lo que me estaba proponiendo. Era un parlamento que estaba fuera de su bien trazado guión de doctor.

—Creo que eso tiene arreglo —sonreí. Me levanté de un salto y volví a sentarme frente a él.

—Estoy lista.

—¿Y quién recibirá a los próximos comensales?

—Es un trabajo que puede hacer cualquiera de mis compañeras. Nadie me echará de menos.

—No te creas. Estoy seguro de que más de algún cliente viene aquí para ser recibido por ti —dijo, haciéndome sentir bien por primera vez en varios días.

Juan me llevó a un restaurante de moda que había visitado con sus colegas. Apenas nos sentamos a la mesa, nos sumergimos en la carta. Al levantar por fin la vista descubrí que su expresión llana había desaparecido. Tenía al frente a un extraño, por cuya mirada cruzaban pensamientos que yo desconocía. Nuestros diálogos eran parcos y los dos permanecíamos largo rato mirando hacia otras mesas. De repente tomó mis dedos y los aprisionó por un segundo. Luego, levantó ambas manos frente a mí y sonrió.

Excepto por ese minúsculo gesto, nuestra cena careció de toda connotación erótica. Por eso me sorprendió que al salir a la calle me tomara de la cintura. Mantuvo su brazo allí un segundo, mirándome con un semblante abatido. Su naturaleza parecía impedirle avanzar de esa posición reglamentaria.

—¿Me tienes miedo? —me aventuré.

—A todas las mujeres —confesó, empequeñeciendo los ojos con aire travieso.

—Tienes razón en temernos, somos unas pérfidas. Me besó y yo no me resistí.

Caminamos un par de cuadras. Cuando llegamos a las puertas del hotel donde se hospedaba, entramos sin decir palabra. Una vez que estuvimos

en su cuarto me preguntó si me apetecía un vaso de vino. Me senté en la cama con las piernas cruzadas y él lo hizo en el sillón, observando cada uno de mis movimientos. Temí que mi zozobra, ante la posibilidad de actuar de forma inapropiada frente a sus ojos, se hiciese evidente. A diferencia de la mayoría de los hombres que había conocido antes, él no llenaba de gestos y palabras esos momentos de preámbulo que conducen siempre al mismo sitio. Tan sólo el hecho de estar ahí, sobre su cama, era una forma de apresurarme que tal vez le incomodara. No sabía por qué me importaba tanto lo que él pensara de mí. Juan era un hombre que había conocido hacía un par de noches, y que a la mañana siguiente desaparecería de mi vida. Un hombre por el cual me sentía atraída y a quien deseaba como había deseado a tantos otros.

Había estado muchas veces en ese mismo instante, usando las mismas expresiones, creyendo, en algún lugar de mi ser, que esa vez sería diferente. Por fortuna, siempre lograba desprenderme de esa penosa ilusión y me entregaba a gozar de la promesa erótica del instante. Pero Juan —sentado frente a mí sin decir palabra— entorpecía el devenir natural de las cosas. Conteniendo el aliento, me saqué la ropa con rapidez, sin hacer del proceso un juego de seducción, y me levanté de la cama. Por un segundo me sentí una imbécil, pero luego me pareció que saltaba a un sitio desconocido y el salto tenía una levedad liberadora.

—Estás embarazada —advirtió—. ¿Diez, once semanas? El semblante de Juan contenía ternura, admiración, deseo. Me había desnudado movida por un impulso ciego, pero ahora su mirada me hacía ver la energía que emanaba de mi cuerpo. Mis pechos suculentos y el pequeño bulto en mi estómago rebosaban vida.

—Doce —afirmé.

Él me abrazó. Estuvimos largo rato de pie, yo asida a las solapas de su chaqueta, la cabeza sobre su hombro, unidos en ese abrazo. El silencio que nos ceñía estaba urdido de sentimientos que para Juan debían ser tan extraños como para mí. Era la primera persona que conocía mi secreto. Había logrado incluso, evitando exponer mi cuerpo desnudo, ocultárselo a Ignacio.

Cuando desperté por la mañana, Juan, ya vestido, me observaba.

—Tengo que reunirme con un colega antes de partir. Mi vuelo sale a las doce. Puedes quedarte aquí. No alcanzo a volver.

Recién entonces me di cuenta de que en la puerta lo aguardaba su maleta y una gran caja con un modelo de avión para armar. Me reincorporé en la cama algo aturdida.

—En el velador te dejé mi tarjeta. —Me dio un beso. Con nuestros rostros muy juntos agregó—: No me gustaría perderte de vista.

—A mí tampoco.

—En la tarjeta está mi e-mail. Tu bebé es para abril, ¿verdad? ¿Qué piensas hacer?

Era la primera pregunta que Juan me hacía sobre el bebé y su futuro.

—Seguir en lo que estoy hasta que nazca. Quiero terminar mis estudios y después pienso volver a Chile.

—¿Tienes a alguien que te ayude con todo esto? Debió deducir que si pasaba la noche con él, era porque no había nadie esperándome en casa.

—Edith —señalé.

—¿Y alguien más? Edith va a estar un buen tiempo convaleciente.

—Es que tú no me conoces. Yo siempre me las he arreglado. —Lo dije sin sorna, porque era la verdad.

—Quiero que me prometas algo, ¿OK? Yo hice un gesto de asentimiento.

—Quiero que me mantengas al tanto de todo. Conozco a varios doctores en Barcelona que pueden ayudarte. En lo que sea, ¿oíste?

Su preocupación parecía genuina y me conmovía. Me dio otro beso, tomó su maleta, la caja con el avión para armar, y salió.

Me levanté de la cama y tomé desayuno con la televisión encendida. Cuando hube acabado todo pedí más café, tostadas, fruta y cereales.

Al mediodía visité a Edith. Tenía la cabeza levantada por almohadones, y los brazos vendados sobre el cubrecama blanco. Solía compartir los avatares de mi vida con ella, pero esta vez no mencioné a Juan. No deseaba que nuestras risas llenas de ironía se derramaran sobre lo sucedido. ¿Pero qué había sucedido? Recordé nuestro abrazo, yo desnuda frente a él en la pieza. La impresión de estar con un amante cauteloso y torpe que no olvidó por un segundo que bajo mi piel se gestaba una vida. Entonces, ¿qué me perturbaba? Quizás eso justamente. Juan parecía entender la dimensión de ese ser que cargaba en mi vientre mejor que yo. Llevaba tantas semanas ocultándolo que, a pesar de su constante crecimiento, en vez de hacerse más concreto se iba desdibujando en mi conciencia. Al considerar el espacio que ocupaba entre nosotros, él lo hizo real. Pronto había comprendido que no era un hombre de palabras agudas y locuaces, pero ostentaba en cambio una serenidad y una convicción imperturbables. Añoré su mirada, exenta de toda voracidad.

Me despedí de Edith y caminé por las calles de una Barcelona invadida por turistas. A pesar de los años que llevaba ahí, esa ciudad no había llegado jamás a ser mía, y ahora lo era menos que nunca. Los cientos de

turistas sentados a las mesas de los cafés de Las Ramblas, las bicicletas, los idiomas, todo se entretejía en una malla que me separaba aún más del mundo. ¿Pero no estaban todos tan solos como yo? Tenía la impresión de que los encuentros entre las personas no eran más que convergencias casuales. Tarde o temprano, cada uno seguiría su rumbo. Aun cuando estos encuentros durasen toda una vida, al final, el tramo más difícil, lo harías solo. Y ese principio, asomado en mi conciencia minuto a minuto, hacía imposible el verdadero contacto. Era lo que subyacía en las relaciones que había tenido hasta entonces y que terminaba ahogándolas. Y esa vida que llevaba en la panza, ¿traería también su reloj de tiempo? ¿Llegaría el momento inevitable del distanciamiento? Estaba lejos de sentir esa bienaventuranza, ese instantáneo encuentro con el Sentido de la Vida que supuestamente trae el embarazo y la maternidad. Mientras caminaba puse la mano en mi vientre.

Llegué temprano a La Goleta. Roberto ya estaba ahí. Sacamos un par de sillas a la acera y un canasto de mandarinas. Nuestra conversación, en el aire protector de la tarde, me ayudó a mitigar mis inquietudes. Mientras comíamos mandarinas, él me contó de su vida en las Islas Canarias, historias de mar y de arena que me hicieron olvidar por un rato mis preocupaciones. La noche adquiría un tono violáceo por encima de los faroles encendidos. Entramos. Cuando empezaron a llegar los primeros comensales, me di cuenta de que era incapaz de desplegar la sonrisa con que solía recibirlos. Me sentía débil. Por eso, cuando vi a Juan en las puertas del restaurante, mirando a lado y lado, tuve la impresión de que caía.

—Hola —me saludó con naturalidad cuando estuvimos frente a frente.

—¿Y tu vuelo?

—Encontré otro que parte mañana.

Una vez más salimos a la calle. Él cruzó su brazo por sobre mis hombros y caminamos. De pronto se detuvo en medio de la acera y se desprendió de mí.

—Quisiera saber si aceptarías un regalo.

Me entregó un pasaje abierto para Chile. Podía usarlo cuando quisiera. No me resistí, pero tampoco me lancé a su cuello ni lo besé. En su rostro vislumbré inquietud. Bajó la vista.

—También quería que supieras que desde que murió mi esposa, hace dos años, no he salido con ninguna mujer —dijo despacio, sin levantar la cabeza.

—¿Soy la primera que...?

—Sí.

Me miró con su expresión controlada, tras la cual intuí se escondía un hombre que, como yo, había naufragado alguna vez.

—Tú no me conoces. No sabes quién soy —musité.

—Y tú no tienes ninguna responsabilidad. Ahí hay un pasaje. Cuando quieras partir a Chile, lo haces y punto. Si te da la gana, cuando llegues, me puedes llamar. A mí me gustaría mucho —adujo con vehemencia.

—¿Por qué haces esto?

—No tiene nada de malo que alguien te ayude un poco, ¿no?

Esa segunda noche que pasamos juntos, Juan me contó que su mujer había muerto de un aneurisma cerebral. Me habló de las dudas que acudieron a objetar todo lo que él daba por verdadero, al punto de cuestionarse la existencia de Dios. Un estado de vacío, de desconcierto, en el cual nunca imaginó podría caer.

La decisión de volver a Chile no fue intempestiva. Con su regalo, Juan me había llenado de una nueva energía. Una confianza en mí y en el resto del mundo que hacía tiempo no experimentaba. Las primeras semanas, Ignacio volvió a La Goleta con frecuencia, pero luego desapareció definitivamente. Nunca advirtió mi embarazo, que hasta los cuatro meses fue casi invisible. Terminé mi cortometraje y di mis últimos exámenes de literatura. En siete meses conseguí lo que no había logrado en los últimos años. Lola nació en Barcelona. Edith, a pesar de su lenta recuperación, me ayudó el primer tiempo. En tanto, con Juan fuimos conociéndonos a través de nuestros e-mails. Solía contarme las vicisitudes de sus días de una forma sencilla y divertida. En escasas ocasiones indagó sobre mi retorno. Cuando Lola cumplió tres meses y recibí por fin mis diplomas, decidí que había llegado la hora de volver.

Recuerdo que Edith me llevó al aeropuerto. Al despedirnos me dijo:

—Ahora que eres madre vas a comenzar a entender a la tuya, ya verás.

Me llamó la atención que mencionara a mi madre. Nunca le había hablado de ella y fue seguramente esta omisión que la llevó a intuir lo tortuoso de nuestro vínculo.

Mi viejo amigo Matías, con quien había compartido los primeros años en Barcelona, me recibió con los brazos abiertos. Había formado una compañía de producciones cinematográficas y comenzaba su primer largometraje. A los días de llegar, ya estaba instalada en un departamento y trabajaba en su productora.

El reencuentro con Juan fue paulatino. El temor al fracaso me impedía tomar decisiones precipitadas. Sin embargo, un día me encontré aceptando su proposición reiterada de vivir juntos y me mudé con él. Un par de meses después tomé el teléfono y llamé a mi madre.

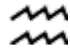
—Maná, estoy en Chile y tengo una hija. Se llama Lola —fueron mis primeras palabras.

Durante aquellos años habíamos mantenido una esporádica correspondencia; mis cartas eran escuetas e informaban sobre asuntos que me eran indiferentes. Mi madre no dijo palabra y luego la oí llorar al otro lado de la línea.

—Nunca me vas a perdonar, ¿verdad? —preguntó. Miré a mi alrededor. Lola dormía sobre la cubierta de mi cama. Me di cuenta de que la rabia permanecía intacta, pero que ahora tenía donde ocultarla.

—Si quieres, puedes venir a conocer a tu nieta —le dije.

Poco a poco, el tiempo empezó a perder las aristas de la impaciencia; ya no necesitaba que me condujera a otro sitio, a otro logro, porque cada día, con sus mil detalles, me sacaba de mí misma, ahuyentaba la soledad. Estaba decidida a aferrarme a lo visible, lo incuestionablemente real, y huir de todo lo que arrastrara incertidumbre y pérdida; no iba a quedarme atrapada en un torbellino de instintos, como mi madre. No me importaba que la calma de mi nueva vida estuviera lejos de las pasiones de antaño, de esos arrebatos vertiginosos que al cabo de un rato explotaban en mi cara. Y cuando por la noche Juan me abrazaba, tenía la certeza de que él, en su reserva, sentía lo mismo.



Mi pijama está mojado. Me reincorporo. La cabeza duele menos. En la calle pasa un auto veloz. No tengo fuerzas para levantarme y dar las buenas noches a los niños. Saco el móvil de mi cartera. Tengo seis llamadas perdidas de Leo.

18.

⌛

Mientras desciendo por la escalera mecánica, la luz matutina se cuela por los ventanales. La nueva remodelación, con sus gigantes láminas de cristal cilindrado y tubos de acero, da a la clínica la curiosa apariencia de un mall de lujo.

Como todos los días a esta hora, Karina limpia el muro transparente de la cafetería. Verla, con su sonrisa y sus hoyuelos en las mejillas, me devuelve una sensación de bienaventuranza. Suele hablarme de las nuevas técnicas que aprende en sus estudios vespertinos de enfermería. Pero esta vez, después de saludarme, saca del bolsillo de su delantal un regalo y me lo entrega.

—Es para usted. No lo abra ahora.

—¿Y por qué me das un regalo?

—¡Ya verá! —profiere mientras se aleja por el pasillo con sus utensilios de limpieza.

Cuando Alma viene a la clínica, siempre pasa a saludarla. Dice que a Karina le costaría creer la buena influencia que tiene sobre las personas; y está en lo cierto, como en tantas otras cosas. Recuerdo el sueño de hace un par de noches: Soledad y Alma alejándose juntas en un barco.

Al abrirse las puertas del ascensor en el tercer piso me encuentro de bruces con Emma. Lleva un pantalón negro, una camisa celeste de hombre y el cabello tomado en una cola de caballo, combinación que le otorga una apariencia juvenil. Su rostro, sin embargo, está tenso.

—Cristóbal tiene fiebre. ¿Qué significa eso? —señala con ejercitado control.

—Déjame ponerme al tanto. Pero quédate tranquila. Mientras avanzamos me advierte que nota a Cristóbal más decaído y que tiene una sudoración fría. En la sala de espera diviso a su madre y a su hermana. Dos mujeres enjutas y en extremo compuestas que sólo interrumpen su eterna charla para arrojar una mirada de desaprobación a lo que esté por delante de su campo visual. La enfermera de turno me aguarda en el pasillo.

—Espera unos minutos afuera —indico a Emma, y entro con la enfermera a la habitación de su hijo.

Cristóbal está con los brazos caídos a ambos lados y los ojos a medio abrir. La enfermera me informa que tiene 37,2 grados. Aunque no es una temperatura clínicamente significativa, cualquier desvío en su evolución debe despertar sospechas.

—Una chica me acaba de hacer un regalo. No sé qué pensar —comento a Cristóbal.

—A mí también una vez una compañera de curso me hizo un regalo. ¿Y sabe lo que era? Cacas de conejo —declara y tose.

Es evidente que el esfuerzo le produce molestia. Cierra los párpados con fuerza y luego los abre, como buscando cambiar de escenario. Cristóbal conoce el dolor, ha vivido parte de su vida con él, como la mayoría de los niños con una enfermedad congénita no resuelta. Aún me produce estupor la forma estoica que tienen de sobrellevarlo, como si fuera parte intrínseca de la vida.

—Está claro que tu compañera no es muy simpática. Yo no he abierto el mío. ¿Quieres que lo veamos juntos?

—Sí. Aunque por su tamaño, no creo que sea algo muy interesante.

Observo que tiene una leve disnea. Debe respirar con más frecuencia entre palabra y palabra.

—Primero muéstrame tus manos.

Sus dedos han comenzado a adquirir un color azulado. Levanto las cubiertas para revisar sus pies. Se observa la misma tendencia. No es normal, pero está dentro de las posibilidades. La intubación postoperatoria y la ventilación asistida favorecen las complicaciones infecciosas.

—Te voy a pedir que respires hondo. ¿Te duele?

—Un poco.

A diferencia de los adultos que bombardean con preguntas, los niños, cuando intuyen algún peligro, prefieren pensar en otros asuntos. Ignorando la realidad, la hacen desaparecer.

La primera vez que Cristóbal llegó a mi consulta, apenas despegó los ojos de su aparatito electrónico. Cuando en un momento me miró vi en su expresión el más profundo de los desprecios. Parecía haber pasado mil veces por esa misma circunstancia —alguien prometiéndole que se pondría mejor— y en el camino haber perdido las esperanzas. Pero su gesto no denotaba derrota, por el contrario, era desafiante y maduro; se hubiera dicho incluso que sus padres vivían en una adormecida credulidad, mientras él ya había descubierto la naturaleza brutal de la

vida. En nuestros siguientes encuentros orienté todos mis esfuerzos a traspasar su coraza. Fue un proceso lento. Lo que Cristóbal medía con su resistencia no eran los peligros de la operación, sino mi compromiso con él.

—Te vamos a tomar la temperatura otra vez, ¿OK? Cristóbal levanta el brazo sin inmovilizar y señala:

—Quiero ver su regalo.

Lo noto inquieto. Su dificultad para respirar debe producirle angustia. Mientras la enfermera toma su temperatura, miro el informe con los procedimientos de la noche. Cuando me muestra el termómetro constato que ha alcanzado los 38,1 grados. Entrego a Cristóbal la cajita envuelta en papel de regalo que me dio Karina.

—Ábrelo tú. Ya estás acostumbrado a estos regalos sorpresa.

Se reincorpora con dificultad. Le duele el pecho más de lo que está dispuesto a admitir. Abre el paquete con sus dedos largos. Tiene el cabello ordenado. Sin duda fue Emma quien por la mañana se preocupó de este detalle.

—Es genial —conviene, mientras sujeta entre sus manos una pequeña botella con un barco de madera en su interior.

—No puedo regalártelo, porque sería un desaire a la chica que me lo dio, pero podemos dejarlo en tu velador mientras estás en la clínica.

—De acuerdo —afirma, y cierra los ojos.

Pido a la enfermera que le tome una muestra de sangre. Permanezco un minuto junto a Cristóbal después de que ella ha salido. Sé que Emma me aguarda al otro lado de la puerta. Quiero estar seguro de las palabras que emplearé para expresarle —sin alarmarla— mis sospechas. En esto no hay gestos vanos. Cuando señalas a una madre que su hijo estará bien, sabes que en ese minuto le has cambiado la perspectiva de la vida. Por eso las palabras deben ser verdaderas y a la vez cautelosas.

Desde temprana edad he pensado que una forma de evitar la debacle personal es mantener la mente ocupada en un asunto finito y viable. Algo en lo cual, llegado el momento, puedas realizar una labor concreta que tenga significado. Ésta fue una de mis primeras certezas, y la que tuvo mayor influencia en mi decisión de estudiar medicina. Lo que nunca calculé es que esos gestos concretos, que debían resolver mis dilemas existenciales, acarrearían un infinito caudal de incertidumbre y de tristeza. Lo cierto es que una infección respiratoria no es un cuadro alentador. No cuando tienes un cuerpo frágil y un corazón nuevo, para cuya aceptación debes tomar inmunosupresores.

Cuando salgo de la pieza, Emma interroga a la enfermera. La invito a caminar por el pasillo.

—Es probable que Cristóbal haya desarrollado una infección pulmonar. Tendremos que hacerle un par de exámenes para estar seguros —le señalo.

—¿Y eso qué significa? —Unas manchas rojas resaltan en la palidez de su rostro; se diría que la ha asaltado una súbita alergia.

—Emma, no te alarmes, no está confirmado. Y en el caso de que la tuviera, lo que haremos es detectar el origen de la infección y luego medicarlo.

Emma se cubre la boca, como si intentara contener un gemido.

—Una vez que comencemos el tratamiento puede evolucionar muy bien, es lo más probable.

—¿Lo más probable? —me interroga con ironía.

—Sí, claro. Pero no puedo ocultarte el hecho de que en estos procedimientos siempre hay un factor de riesgo. Le haremos un estudio radiológico torácico. Si detectamos alguna anormalidad se le hará una broncoscopía.

Le explico de qué se trata. Emma me mira atenta sin decir palabra. Ella continúa mirándome mientras saca el móvil de su bolsillo.

—Isaac, Cristóbal no está bien —señala—. Será mejor que vengas.

La dejo en el pasillo. La enfermera de turno hace los preparativos para los exámenes. Emma, con sus palabras, ha detonado la alarma.

Por la tarde el diagnóstico es claro. La radiografía de tórax mostró una condensación basal izquierda, signo de una posible infección pulmonar bacteriana. La broncoscopía y el estudio bacteriológico confirmaron la presencia de klebsiella. Le suministramos antibióticos y, al parecer, la disnea ha cedido. Ahora duerme por el efecto de los sedantes. Hemos resuelto no conectarlo al respirador, a menos que se vuelva imprescindible. Conectarlo implicaría una sedación continua.

Se supone que el saber aumenta con los años, al tiempo que el espacio de incertidumbre se va estrechando. Sin embargo, mientras más conocimientos adquiero, más se amplía el horizonte de los dilemas, más numerosas se hacen las interrogantes, al punto de que en ocasiones me quedo inmovilizado. Cuánto desearía poder decir a Emma que su hijo estará bien. Pero lo único que logro ver son los cientos de variables impredecibles que sostienen en estos instantes la vida de Cristóbal, y que en cualquier minuto pueden alterarse irremediablemente.

19.

♐

Papá y Alma siguen enfadados y yo soy el culpable. Por eso, cuando el bus me dejó en el colegio esta mañana, no pude entrar. Di media vuelta y caminé hacia esta plaza donde suelo venir cuando me encuentro así. Aquí he pasado el día. Saco mi merienda y la ordeno sobre la banqueta más alejada de la calle. La plaza está desierta, a excepción de un gato negro que se pasea lamiéndose los bigotes como una pantera en miniatura. Unos chicos atraviesan la calle corriendo. Seguramente han faltado a clases, igual que yo. Ríen, saltan y se dan palmadas en la espalda. No me gusta estar solo, pero para tener un amigo tendría que hacer un gran esfuerzo, y lo más probable es que no conseguiría nada. Por eso prefiero pensar en mis próximos nueve descubrimientos.

Mamá se quitó la vida. Éste es el primero. ¿Pero cómo llego al siguiente? Tal vez uniendo asuntos que ya conozco y que antes no me parecían importantes. Por ejemplo, que papá jamás hable de ella; por ejemplo, que de todas las pertenencias de mamá, papá tan sólo guardara la foto que saqué de su cajón; por ejemplo, que el abuelo, las pocas veces que alguien nombra a mamá, trague saliva como si se hubiera zampado un sapo; por ejemplo, que nunca hayamos visitado a mi abuela materna en Buenos Aires, ni siquiera cuando murió el abuelo. Una vez le pregunté a papá por ellos y me contó que después de la muerte de mamá decidieron volver a Argentina, donde la abuela había nacido.

Por la tarde espero el bus escolar frente a las puertas del colegio. Nadie me pregunta dónde he estado. Soy invisible y me parece bien. Cuando llego a casa enciendo mi computador.

Oie weon de mierda conxa su made andat cn tu mamita q te quiere tanto pobre penoso jejee.....ya q no teny na q hacer andat a tus cuaerno q son tus unikos amigos........!!!!.. jajaja ja pobre penosooo valy ongoo-...

He visto sus mensajes mil veces, pero a pesar de eso me hacen sentir un poco mal, como si estuviera perdido. Hago lo que suelo hacer: imaginar situaciones horribles. Esta vez pienso que un ladrón entra a sus casas por la noche y les saca los ojos de cuajo.

Bajo a la cocina en busca de un vaso de leche. El móvil de Yerfa suena pii pii y vibra, como si llevara un pajarito vivo en el bolsillo. Ella atiende y yo vuelvo a mi cuarto. Tecleo el nombre de mi abuelo en el Google. Adolfo García Izquierdo. No hay entradas para Adolfo García Izquierdo. Mi abuelo nunca hizo algo digno de ser destacado en el Google. Papá tiene 648 entradas. Tecleo el apellido de mi abuela: Bulygin. Aparecen

591 entradas, muchas de ellas mencionando a un señor Arnold Bulygin. Abro la primera:

Arnold Bulygin, 1903-1986. Fundador del colegio Santa Ana, uno de los primeros y más importantes colegios para señoritas de Buenos Aires. Educador incansable. Formador de cientos de nuestras mujeres más destacadas. Los seguidores de su gran legado celebramos los veinte años de su deceso con una misa en la capilla del colegio el día 4 de noviembre a las 19.00 horas.

La convocatoria está firmada por muchas personas, una de ellas es mi abuela: Perla Bulygin. Es muy probable que Arnold Bulygin sea mi bisabuelo. Leo unas cuantas entradas más. Datos biográficos, algunos de sus escritos sobre educación, y luego entradas que se refieren al colegio que él fundó. Grabo:

Segundo descubrimiento: El abuelo de mamá fue el fundador de un colegio para señoritas en Buenos Aires de nombre Santa Ana.

Entro en el blog de Mr. Thomas Bridge. Está hablando frente a su cámara. Dice que no se moverá de ahí hasta asegurarse de que la prensa invasora desaparezca. Como único atuendo lleva un minúsculo traje de baño. Se ve ridículo. Dice que si él permaneciera en ese lugar extremo del mundo, vestido así, en cuarenta y ocho horas estaría muerto. De la misma forma, cualquier intervención que se haga a la vida de los alacalufes causaría su muerte. Mr. Thomas Bridge sigue hablando. Hay en su blog una dirección para ponerse en contacto con él. Escribo:



Me llamo Tomás Montes. Mi mejor amigo proviene de la Isla Lennox y los dos estamos preocupados por la familia que usted encontró. Nos gustaría mucho ayudarlo en su misión, pero antes debemos resolver algunos problemas. Nueve, para ser exactos. De todas formas, no dude en ponerse en contacto conmigo si piensa que podemos ayudarlo.

PD: Si usted me envía una dirección, yo estaría muy contento de mandarle un dibujo.

Solidariamente, Tomás Montes.

Me gusta eso de “solidariamente”. Aprieto “send”. Cuando me asomo a mi ventana veo al Bebé Hipopótamo Malvado frente a la puerta de su casa. Cada dos minutos arroja una piedra. Al cabo de doce minutos me mira y me muestra un caracol que tiene en la mano. Abro la ventana y lo saludo.

—Si quieres, mañana te muestro el resto, tengo muchísimos —me grita.

—¡A mí también me gustan los caracoles!

—¿Mañana, entonces?

Hago un gesto de OK con la mano y él entra a su casa con paso de hipopótamo.

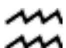
En lo alto, una bandada de pájaros desaparece tras la densa capa de nubes. Las aves migratorias me dan un poco de envidia, sin compromisos, y siempre partiendo hacia un lugar donde brilla el sol.

20.

Mientras conduzco hacia la productora recibo un mensaje de texto en mi móvil. Espero una luz roja para leerlo. Es Leo:

“Aprendí a usar este aparato por ti. ¿Qué hago con estas ganas que tengo de verte?”.

Recuerdo que es escritor y que conoce al dedillo el efecto de las palabras; sabe escogerlas y combinarlas a su antojo para lograr los resultados que desea. En él los vocablos poseen menos verdad que en el resto de los mortales. Pero eso no importa. Yo no le he pedido pruebas de su amor y espero nunca tener que reclamárselas. Cuando me dispongo a partir, entre la ráfaga de automóviles, me sorprende ver al novio de mi madre charlando con una voluptuosa joven al otro lado de la calle.



Me quedo editando hasta avanzada la tarde las escenas que hubiese debido terminar ayer. Por la mañana, Matías quiso saber qué me ocurría. Notó que estaba más delgada. Desde el matrimonio de Miguel que apenas pruebo bocado. También me preguntó si había visto a Leo desde entonces, y le respondí que no. Sentí una punzada en el estómago cuando me di cuenta de que había empezado a mentir.

Echo a andar las tomas que ya he editado. Con la mirada fija en la pantalla, las imágenes empiezan a moverse ante mis ojos; rostros y lugares actúan de fondo para mis pensamientos. Imagino a Lola, a Tommy, a Juan. Una ínfima parte de ese vasto mundo de allá afuera que me pertenece, y alrededor de la cual todo lo demás solía ordenarse y adquirir sentido. Una existencia que añoré, la revancha con mi historia, con mi madre. Entonces, ¿qué es este impulso que me hace desdeñar lo que tengo para salir en busca de algo incierto? ¿Por qué no quiero aplacar los sentimientos que me produce Leo?

Hurgo en mis recuerdos junto a Juan e intento encontrar una emoción semejante. Sin duda, algún día estuvo ahí, escondida tras los cientos de instancias prácticas que tuvimos que resolver cuando llegué a Chile: conocer a Tommy, empezar a confiar el uno en el otro, acomodarme a una familia cuyos códigos me eran desconocidos, iniciar la meticulosa reconciliación con mi madre. Oculta en algún sitio debía estar esa energía que te sacude de los pies a la cabeza. Pero no la eché de menos.

Me bastaba con el amor plácido que nos unía. No era tanto el matrimonio lo que me entusiasmaba, como cumplir la idea de mí misma que había urdido desde niña.

De pronto, mi noción de quién soy y cuál es mi sitio en el mundo se vuelve ingrávida, como las siluetas cambiantes del monitor. Imagino que todo es aún posible, que mis cuentas pendientes con el futuro no están saldadas, que Lola y Tommy no existen. Me asusta ser capaz de pensar eso, y en algún lugar de mi ser desearlo.

Al salir de la productora me siento cansada. En el camino suena mi móvil. Me estremezco. Sin desprender los ojos de la calle lo contesto. Si me hubiera tomado la molestia de mirar la pantalla lo habría dejado sonando.

—Alma, querida, ¿estás ahí?

—Sí, Maná —respondo con un acento de fatiga.

—Hice un pescado a la florentina. ¿No quieres venir a comerlo conmigo? Conseguí incluso tomates secos.

—Maná, ¿te pasa algo? —Su invitación me sorprende.

—Nada. Sólo que cociné para Bruno y me acaba de llamar que no podrá venir.

Es la historia de siempre. Mi madre pretendiendo usarme para paliar sus frustraciones.

—Ah. No puedo, los niños y Juan me esperan en casa. Pero llama a alguno de tus amigos, seguramente cualquiera de ellos estaría encantado de compartir contigo una cena a la luz de tus velas.

No suelo ser tan dura, pero los sentimientos afloran con una facilidad sorprendente. Mi madre no responde. Recuerdo que vi a Bruno junto a una chica con la mitad de sus años y siento compasión por ella.

—Discúlpame. Pero de verdad me es imposible. Te llamo mañana, ¿está bien?

—Hoy me llegó una postal de Edith.

—¿Y tú qué sabes de Edith? —pregunto en un tono demasiado alto.

—Alguna vez me hablaste de ella.

—¿Pero por qué tiene tu dirección? —inquiero con sequedad.

—Debiste dársela alguna vez.

Lo que me ha contado es un desliz del cual rápidamente se ha arrepentido. Su voz la delata. Estoy segura de nunca haberle mencionado a Edith. Pertenecen a mundos separados. Edith es parte de la vida que yo construí para mí misma. A pesar de la cólera que me produce, no puedo dejar de sonreír para mis adentros, por estar hablando con la única persona que daría lo que fuese por verme en los brazos de un hombre diferente a mi marido. Sería la última nota en su perorata sobre la farsa de la fidelidad; un invento, según ella, de los seres humanos para reprimir el más poderoso de sus pathos y, por ende, el más amenazante: el deseo de poseer lo ajeno.

—No, Maná, yo jamás le he dado tu dirección a Edith.

—Entonces tendrías que preguntarle a ella.

—Me estás ocultando algo.

—Ay, Alma, contigo todo se vuelve un embrollo. Tengo que cortarte, se me va a quemar todo. Llámame.

Al llegar a casa, Juan y los niños comen una pizza en la cocina. Había olvidado que esta noche Yerfa no duerme aquí.

—Hola a todo el mundo. —Juan me echa una mirada reprobatoria.

—Mamá, por favor, nunca más llegues temprano cuando Yerfa no está. Adoro la pizza que llega por teléfono —comenta Lola.

Ese “adoro” es propio de mi madre y en boca de Lola suena todavía peor que en la suya.

—Lo siento —declaro, y apoyo los codos en la mesa de la cocina—. Tuve un día espantoso.

Tommy me da un beso en la mejilla. Lo abrazo.

—¿Me perdonan?

Aunque hable en plural, es a Juan a quien me dirijo. Sé cuán importante es para él que la casa marche con la precisión de una clínica. Y es lo que procuro.

—¿Le creemos? —pregunta Juan, mirando a lado y lado a ambos niños.

—¿Cómo estás? —inquiero mientras me acomodo junto a él.

Pongo mi mano sobre su muslo. “Toma mi mano”, le pido callada. “Por favor. Me estoy alejando hacia un lugar donde ni tú ni los niños pueden acompañarme, ¿no lo percibes?”. Pero nada sucede. Ni yo pronuncio estas palabras ni él toma mi mano.

—Bien —afirma, y se echa un trozo descomunal de pizza a la boca. Los niños lo imitan. Ríen.

—Veo que no me necesitan.

Me quedo mirándolos con la esperanza de que alguien me rebata. Pero en el estruendo de sus risas, ni siquiera me han escuchado. No puedo ofenderme porque mi marido y mis hijos lo estén pasando estupendamente sin mí. Por el contrario, debiera hacerme sentir bien. Y es lo que intento. Juan detiene por un segundo sus ojos en los míos.

—A fin de mes es el cumpleaños del abuelo y quiero que cada uno de ustedes le haga un regalo —le oigo decir.

Lola señala que hará las flores de papel que aprendió en clases de artes plásticas. Toma una servilleta y nos muestra los dobleces que la transforman en flor. Tommy me hace un guiño, un gesto imperceptible que devuelvo y que me llega como un bálsamo. Me observa todo el tiempo con su rostro pálido y voluble.

Atrincherado en su flanco de la cama, Juan lee una revista de ciencias. No hay nada excepcional en esta escena. Un hombre de edad mediana con los anteojos sobre la nariz y una luz amarillenta cayendo sobre su rostro, mientras su mujer observa el techo y espera que él le dirija la palabra. Ella no sabe si pedir disculpas por sus faltas, acercarse, o darse la vuelta y esperar a que la noche diluya el rencor.

—Cada día te pareces más a tu madre —oigo que me dice Juan con una expresión adusta.

—No voy a responderte. Si quieres pelear, no cuentes conmigo.

—Descuida, no cuento contigo para asuntos mucho más importantes —me encara en un tono de insuperable ironía.

—Entonces, ¿cuál es el sentido de decirme una pesadez como ésa? —lo cuestiono con toda la frialdad que me es posible.

—Sólo digo la verdad.

Me reincorporo. No sé si está en lo cierto. He hecho lo que he podido. De lo que sí estoy segura es que sus palabras me cansan.

—Si quieres, mañana hablamos. —Lo miro de reojo. Nunca antes había tenido este sentimiento de repulsión—. Voy a dormir con Lola —concluyo.

—Como quieras.

Necesito aire. Bajo las escaleras y alcanzo el pasillo donde están los dibujos de Tommy. Me detengo en su laberinto. Un Teseo etéreo posa su lanza sobre el cuerpo del Minotauro. Es una lucha que no conlleva dolor, como si ambos, al terminar la representación de la conquista y la muerte, fueran a darse la mano y partir caminando hacia la salida del laberinto. Una línea recorre el dibujo, es el hilo de Ariadna, al cual Tommy llamó el hilo que saca el amor.

—El hilo que saca el amor —digo en un susurro y salgo al jardín. La noche está un poco fría y los regadores encendidos mitigan el silencio y mi ansiedad.

21.



Me gusta estar bajo las sábanas de mi cama porque aquí dentro todo vuelve al lugar que le corresponde. Junto a Kájef olvido que mañana es otro día de colegio.

Escucho a alguien bajar las escaleras. Espero atento. Oigo un ruido en la terraza. Salgo al pasillo y miro por la ventana hacia el jardín. Alma habla por su móvil entre los árboles. Vuelvo a mi cuarto. Me echo en la cama y muevo mi avión rojo sobre mi cabeza. Yo no puedo volar en una avioneta de verdad. Papá solía decirme: “Cuando tengas nueve años te llevaré a volar”. Y cuando llegó ese momento, papá cumplió su palabra. Me dijo que el interior del avión era como el de un automóvil, y que no sentiría miedo. Cuando estoy en un espacio estrecho y cerrado, mi cabeza se pone a marchar muy rápido y veo imágenes espantosas. El doctor dice que es una “fobia”.

La noche anterior a mi cumpleaños aguardé el sueño con impaciencia, pensando que así amanecería antes. Después, todo se echó a perder. Apenas los motores retumbaron bajo mi asiento, sentí un dolor en el estómago y me puse a temblar. Cerré los ojos tarareando una canción. A través de mi casco escuché a papá; desde muy lejos me decía que ya estábamos volando. Un sonido punzante entró en mis oídos y me causó un dolor muy fuerte. Quise gritar. Me enterré las uñas en el dorso de la mano. La boca de papá se abría y cerraba, pero yo no escuchaba su voz. Miré hacia abajo. Pensé que ver la tierra me calmaría. Los autos se movían como bacterias y estábamos lejos de todo lo conocido. No pude resistirme, comencé a gritar. Masas de vapor pasaban lentas frente a mis ojos. Todo era azul y gris. Seguí gritando, pero no era yo quien lo hacía. Ni siquiera podía oírme. Senderos retorcidos con escarabajos, extensiones oscuras de tierra, reflejos del sol. Sentí un líquido caliente correr entre mis piernas. Sin mirarme, papá tomó una bolsa plástica y me la pasó. A los pocos segundos estaba vomitando. Papá dio varias vueltas antes de descender. Escuchaba su voz: “Aquí víctor alpha, charlie romeo, plan de vuelo Tobalaba, solicito SS para Tobalaba, techo 17.500 pies”.

—Supongo que tendré que hacerte otro regalo de cumpleaños —dijo cuando llegamos a tierra, y luego me pasó la mano por la cabeza.



Tengo frío, como si alguien hubiera puesto un hielo gigante dentro de mis arterias para impedir que funcionen. Alma sigue en el jardín. Estoy

seguro de que habla con el hombre que la trajo a casa. Hago volar otra vez mi avión rojo. Brrrr brrrr. En un impulso lo lanzo contra el muro. El avión cae al suelo con un ala rota. Un par de tornillos ruedan por el piso. ¿Cómo pude hacer esto?

¿Cómo no recordé contar hasta diez? ¿Es de esta forma como suceden las desgracias? ¿Estarán escritas en algún sitio que no conozco? Si es así, bastaría encontrarlo, y con una goma gigante borrar los instantes que destruyen las cosas que más quiero.

Yo creo que mamá en un momento debió sentir tristeza, o rabia, como yo ahora, y antes de poder arrepentirse, ya estaba muerta. ¿Pero qué pudo hacerla tan infeliz para que olvidara contar hasta diez?

22.

♒

Desde la terraza distingo la piscina iluminada y luego la extensión de pasto, hasta un punto donde se pierde en la oscuridad. Busco el número de Leo que ha quedado registrado en mi móvil y le envío un mensaje de texto: “un gato negro cruzó mi jardín”. A los pocos segundos recibo su respuesta: “puedes hablar?”. “sí”, escribo. Escucho su voz:

—Alma, ¿dónde te habías metido?

No puedo transmitirle mis tribulaciones. Si Juan me hubiera tomado la mano, lo más probable es que no estaríamos hablando. Eso quiero creer, al menos.

—Estoy en el jardín. ¿Qué haces?

—Leo.

—Leo lee. —Ambos reímos—. Hoy, Matías me preguntó si te había visto y le dije que no.

—¿Por qué?

—No sé. Me dio vergüenza.

—¿Por lo que pasó? —Lo noto nervioso, como yo.

—Sí.

—Pero fue fantástico. No he dejado de pensar en eso.

—¿En “eso” o en mí?

—En todo, Alma. En ti haciéndolo, en tus ojos mirándome, en tus manos tocándome; vaya, en todo.

Permanezco callada.

—Quiero verte. Si no te veo, es posible que me muera. Y lo digo en serio.

—¿Será que estás leyendo literatura rosa?

—No todavía, pero en algo tienes razón, los escritores aprendemos a reconocer el resplandor de las cosas, que es algo así como una aparición súbita de la verdad que contienen.

Siempre las palabras de Leo. Si sus sentimientos fueran verdaderos, el pudor y el miedo le impedirían expresarlos de esta forma.

—Y en este caso, ¿vendría siendo qué? —trato de averiguar con sarcasmo.

—Tú.

—Me impresionan tus certezas.

—¿Me harás un espacio, aunque sea chiquito?

—Lo intentaré.

—No es suficiente.

—Es lo que puedo ofrecerte.

—Entonces lo acepto. Por ahora.

23.

⌛

Mientras procuro explicar a Emma los últimos procedimientos, la luz de la ventana cae sobre su atractivo perfil. Me siento desnudo ante su mirada. Sé que sopesa en mis gestos y expresiones la veracidad de mis palabras.

Pienso en Alma. Hace un tiempo, no muy lejano, veía en sus ojos una imagen de mí mismo que me complacía, una imagen luminosa que ya no existe.

Emma me pregunta si su hijo siente dolor. Le digo que no. Está sedado. Se aproxima a él. Con una toalla blanca le seca la frente. Conectado al respirador, Cristóbal inhala con dificultad. Sus rasgos de niño se contraen. Observarlo en ese estado de inconsciencia oprime el corazón de su madre, y también el mío. Emma me cuenta que Isaac pasó la noche en la clínica. Quiere hacerme saber, supongo, que no está sola en esto. Al llegar vi a su madre y a su hermana susurrando como de costumbre en la sala de espera. Cristóbal tose. Emma lo mira. En su rostro se trasluce el torbellino de emociones por las cuales atraviesa.

—¿Dormiste? —la interrogo, por romper el silencio. Niega con la cabeza. La fatiga hace que sus ojos se vuelvan mansos. En la palidez de su rostro resaltan su frente y sus labios rojizos.

—Descansa. Cristóbal te va a necesitar cuando lo saquemos del respirador.

—Tú no crees lo que estás diciendo, ¿verdad? Tiene razón, no lo creo.

—En las próximas horas sabremos cómo reacciona, pero por ahora te conviene descansar, de veras...

Pongo mi mano sobre su hombro. Ella la toma.

—Gracias por preocuparte de mí —señala, y luego me abraza con fuerza.

Su cuerpo se une al mío, escucho su respiración en mi oído, siento sus brazos que me estrechan. Al cabo de unos segundos se desprende, se cubre el rostro con ambas manos y se vuelve hacia la ventana.

—No ha pasado nada, Emma —declaro.

Ella continúa de espaldas, encogida, cubriéndose la cara. Por un segundo no sé qué hacer. Puedo irme, como si nada hubiera sucedido, correr un velo sobre un instante que, al fin y al cabo, no tiene la más mínima importancia en relación con el resto de los sucesos. Pero no lo hago. Me acerco a ella, la doy vuelta hasta que estamos de frente y la abrazo con toda la delicadeza que soy capaz de reunir. Y mientras advierto su cuerpo estremecerse, mi pecho se descomprime; se ha abierto una válvula y siento alivio, no sé de qué exactamente. Quizá yo necesitaba ese abrazo tanto como ella. Cuando nos apartamos, Emma sonríe. Es una sonrisa tímida, donde no se ha borrado la tristeza, pero sí la vergüenza. Mi gesto ha redimido el suyo, y el de ambos ha pacificado a Cristóbal. Al mirarlo constatamos que su respiración es ahora más pausada.



Por la tarde hago la ronda de visitas a mis pacientes de la UCI. Cristóbal, dormido bajo el efecto de los sedantes, inhala y exhala en el respirador. Sus signos vitales están estables. Emma, sentada frente a su cama, tiene los ojos cerrados; es probable que esté dormida. Me retiro sin averiguarlo. Ella reaviva en mí el sentimiento de angustia que creía olvidado. Es un retorno fugaz, como una lluvia intempestiva de granizos que hiere el cuerpo y luego desaparece.

Una vez en mi consulta termino de responder el último de una serie de e-mails. La tarde avanza. Me he esforzado por cumplir con mis obligaciones, procurando mantener esa distancia saludable y forzosa de mi profesión. Sin embargo, no puedo sacarme de la cabeza la imagen de Emma escondiendo el rostro entre sus manos. Su intuición no la engaña, la klebsiella le ha dado a Cristóbal un arañazo certero y brutal. Es probable que su cuerpo no responda al tratamiento. Mientras acudo a todos los recursos que están a mi alcance para salvarlo, una parte de mí observa impotente cómo su vida se desvanece. La misma impotencia que sentía cuando estrechaba el cuerpo de Soledad para impedir que continuara hundiéndose en sus días sombríos, que su mente huyera del mundo real.

Falta poco para la puesta de sol, el poniente se tiñe de rojo, los recuerdos se abren paso hasta asentarse en una de esas tardes veraniegas, cuando recién empezaba a atisbar la desgracia. Atrincherado en mi escritorio oía a Soledad ir y venir en el jardín. La recuerdo descalza, de pantalones y camiseta blanca, con las tijeras de podar en las manos. Veo su cuerpo menudo moverse con gracia. La veo alzar la mano, saludarme sonriente, y luego ponerse las tijeras abiertas sobre la cabeza, como dos orejas. Quería creer que no importaba lo que pasara por la mente de Soledad si ella era capaz de sonreírme con esa frescura y entrega. Recuerdo haber pensado que mientras las

apariencias permanecieran intactas, nuestra vida seguiría su curso de normalidad.

Esa noche desperté sobresaltado. Soledad no estaba en la cama. La imagen de lo que sucedió a continuación aún me duele. Bajé al primer piso y descubrí los postigos de la sala abiertos. Salí al jardín y la llamé, despacio al principio, con más fuerza después de un momento. Caminé por el sendero sinuoso que llevaba a la piscina y seguí avanzando hacia el fondo del jardín. La noche era nítida. Junto a un seto vi una mancha espesa. Era Soledad, acurrucada sobre las ramas que había cortado por la tarde. Me aproximé a ella y vi que su piel estaba cubierta de gotas de agua, una humedad propia de los rincones sombríos. Despejé su rostro. Al despertar, sus ojos se hundieron en mí. Tenía los labios torcidos, la mirada perpleja y a la vez desorientada. Empezó a temblar. Entonces, el reconocimiento de lo que yo sabía de antemano se clavó en mi mente. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, me miró con ojos apagados y me pidió perdón. Sus palabras me lastimaron más que si se hubiera levantado y, sin hablarme, hubiese entrado a la casa; más que si me hubiera reñido por despertarla de tan dulce sueño. Los árboles se agitaron con movimientos lánguidos. Acostumbrada la vista a la oscuridad, el jardín adquirió una imperturbable belleza que en ese minuto me pareció difícil de soportar.

24.

♐

Cuando vuelvo del colegio entro al blog de Mr. Thomas Bridge. Hasta ahora ha logrado impedir que los invasores desembarquen en la isla. En su blog se encuentran los recortes de prensa aparecidos en diarios y revistas del mundo. Los expertos analizan el caso: un místico canadiense reclama que la familia alacalufe es patrimonio de la humanidad y que el estudio de su forma de vida nos hará aprender más sobre nosotros mismos. Mr. Bridge está junto a una etnóloga inglesa. Ambos sostienen que cualquiera sea el fin, una intervención destruiría para siempre una forma de vida que tiene seis mil años. Envían un mensaje a las autoridades chilenas y a la ONU para que evacuen las embarcaciones y helicópteros que rodean el área. Muestra las imágenes que filmó esta mañana de la familia. Los dos niños y los adultos están sentados en la playa mirando hacia el mar. Mr. Thomas Bridge dice que llevan tres días sin salir a pescar. La presencia de los barcos los atemoriza y desconcierta. De seguir así morirán de hambre, recalca. Cuando vuelva escribiré nuevamente a Mr. Bridge. Pero ahora tengo que preparar la mochila para mi excursión.

Hoy iré a casa de tío Rodrigo y tía Corina. Ella fue la mejor amiga de mamá. “Nunca tendré una amiga como Soledad”, suele decir con una expresión de tragedia mundial.

Recuerdo que Alma me dio el número de teléfono del Bebé Hipopótamo Malvado. Sólo tengo que marcarlo. Lo difícil es armarme de valor. Me doy varias vueltas. Yerfa me pregunta si entreno para alguna maratón.

—Hola, soy Tomás, tu vecino.

—Hola. ¿Quieres venir a ver mis caracoles?

—No. Te quería pedir algo. Si alguien te pregunta por mí, ¿le puedes decir que estoy contigo?

—¿Por qué?

—Es un secreto.

—Bueno, si te llaman puedo decir que estás en el baño —afirma.

—Gracias.

—Para eso están los amigos —concluye.

Hice un descubrimiento que no tiene relación con mamá, pero que me parece importante. Grabo:

Descubrimiento apéndice. Con los amigos se comparten mentiras.

Explico a Yerfa que pasaré la tarde con mi vecino. Ella se sorprende, pero a la vez se alegra, porque también le preocupa que yo esté siempre solo.

La casa de tía Corina no está lejos. Una vez fuimos con Yerfa. Tomamos un bus y nos bajamos en un paradero frente a un centro comercial. Recuerdo bien el recorrido y repito exactamente lo que hicimos en esa ocasión.

Cuando por fin estoy frente a la verja de tía Corina, me cuesta creer que lo he logrado. Es una pena que Lola no pueda verme, ni mis compañeros del colegio, ni papá. Toco el timbre, pero nadie sale a la puerta. Espero un momento antes de insistir. Tía Corina no sale de su casa, es lo que dice Yerfa. También dice que no hace nada y que por eso está siempre de mal humor. Toco una vez más. Me siento en la vereda a esperar. Un niño pasa en bicicleta, me mira y sigue de largo. Hubiera sido emocionante que chocara con un poste. Al cabo de un rato oigo unos cuchicheos. Me levanto y camino bordeando la verja de la casa. De repente tropiezo con alguien. Escondidos entre las plantas, dos chicos en cuclillas me miran con una expresión poco amable.

—¿Qué haces aquí, pendejo? —me regaña uno de ellos.

Su rostro está sudado y mientras habla se sube los pantalones. A través de un agujero del cerco se ve la piscina y una colchoneta de goma donde flota tía Corina. Lleva un bikini que deja al descubierto una buena porción de sus tetas, que por lo demás, según Yerfa, no son suyas. No imagino a quién pudo habérselas robado.

—Sé qué están haciendo. —Imagino que estoy dentro de una película y no siento miedo.

—¿Ah, sí, y qué chucha crees que estamos haciendo?

—Se están masturbando.

—¿Y qué?

—Y nada. Ahora voy a entrar a ver a tía Corina porque tengo que hablar con ella.

Una bola de buen sabor sube por mi garganta mientras digo esto. El agujero en la cerca es lo suficientemente estrecho para que ellos no puedan atravesarlo, pero lo bastante grande para que yo sí lo haga. Me abro paso y entro al inmenso y soleado jardín de tía Corina.

Cuando aparezco al otro lado, la tía levanta el cuello, como hacen los gansos cuando van en busca de comida. Me doy vuelta y descubro que uno de los chicos asoma su cabeza por el boquete. Tía Corina sonríe y me saluda, como si llegar solo a su jardín, por una abertura de la reja, fuera el asunto más natural del mundo.

—Hola, tía Corina. —Me acomodo en el borde de la piscina y enciendo en mi bolsillo el Mp3.

—Hola, mi amor.

—Entré por ahí porque nadie me abría la puerta.

—No te preocupes. La Anita jamás escucha nada. Está un poco sorda. —Tía Corina cierra los ojos y estira los brazos.

—Le traje un regalo.

Saco de mi mochila un dibujo que le hice. Es un hombre con cuerpo de estrellas.

Se lo muestro desde la orilla. Lo mira, me da las gracias y dice que es muy bonito. Por su sonrisa parece que de verdad le ha gustado. Le explico que los seres vivos estamos hechos de estrellas. Ella piensa que bromeo.

—Es verdad. Casi todos los elementos pesados que componen nuestro cuerpo, como el hierro, el calcio y el carbono, se crearon en medio del calor que produjo la explosión de alguna estrella —le explico.

Tía Corina me dice que no tenía idea y que le parece magnífico que así sea. Cuando hemos terminado con el tema de las estrellas, digo:

—Quisiera que me hablara de mamá.

—Ayyy, Soledad. Nunca tendré una amiga como ella. —Es lo que dice siempre.

—Eso ya lo sé, tía. Pero quisiera saber más.

—Tomás, querido, ¿me lo llenarías? —me pide, extendiéndome un vaso —. La botella está bajo mi toalla, sé buenito.

Es una botella pequeña de tapa plateada. Huele muy fuerte.

—Llénalo hasta la mitad.

Hago lo que me dice y le entrego el vaso. Cuando acerca su colchoneta a la orilla veo uno de sus pezones oscuros y puntiagudos. La tía Corina da un largo sorbo y luego dice: “Ahhhhh”.

—Tía, quisiera que me contara de mamá —repito.

Tarda un buen rato en hablar. Primero sonríe, luego se pone seria, después toma otro trago de su vaso y a continuación tose. Mientras aguardo, el jardín emite un curioso rumor. Yo diría que el silencio, cuando ha esperado mucho tiempo a que alguien lo rompa, se pone a crujir.

—Yo no sé lo que veía tu madre en mí. Ella era muchísimo más inteligente que yo. Me pasaba a buscar en su auto y salíamos por ahí. No a los lugares que iban las otras mujeres como nosotras. Íbamos al barrio universitario, en Macul, porque ella estudió historia del arte. Soledad era muy culta. Nos sentábamos en un boliche que se llamaba Las Terrazas y tomábamos café y fumábamos, y tomábamos más café y fumábamos más. Eso era todo. Pero nos hacía tan felices.

Cierra los ojos y vuelve a tomar un sorbo de su vaso.

El cartel en su cara está vacío. Probablemente lo que dice es lo que siente. La veo secarse los ojos. Me saco las zapatillas y meto los pies en el agua.

—Los muy cabrones... —dice de pronto.

—¿Quiénes, tía?

Espero. Muevo los pies en el agua. Miro hacia el fondo de la piscina e imagino que es la boca del planeta y que en cualquier segundo se tragará a tía Corina.

—¿Quiénes? —repito después de un rato. Pero ella no me responde.

Pienso en los cabrones del colegio y sus mensajes. El sol empieza a ponerse. Los seres que habitan el jardín aguardan en sus escondites a que yo me marche. No quisiera dejar a tía Corina a su merced. Yo creo que ella se quedó dormida, como suele ocurrirle al abuelo.

—Debería salirse de la piscina, se puede resfriar. ¿Quiere que llame a la Anita?

—No, no, estoy bien aquí. Adiós, amor —se despide sin abrir los ojos mientras levanta una mano en el aire, como las actrices de cine.

—Adiós, tía —digo, y me marcho por donde entré.

Ya sentado en el bus saco la fotografía de mamá de la mochila. Al mirarla con más detención descubro que tiene una mancha en el lado izquierdo de su cara. Trato de encontrar a mi mamá en la imagen de esta mujer y no la encuentro. Así como inventé el episodio de su muerte, es probable que también la inventara a ella. Porque un niño no puede vivir sin una mamá, y si no la tiene se la inventa. La que yo inventé detesta los deportes, subirse a los ascensores y a los aviones. Le gusta espiar a las personas por las ventanas, aprender sobre la vida de las avestruces, calcular con un reloj de alta precisión el tiempo que tarda una mota de polvo en caer al suelo; cosas así.

Me arrimo a la ventana y respiro hondo. Unas estúpidas lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. Apenas me enjugo una cuando viene la siguiente. Y mientras miro hacia la calle, todo me parece triste. Los hombres que esperan en los paraderos con sus bolsos de trabajo, tía Corina flotando en la boca de la tierra, Alma hablando por su móvil con un hombre, la familia alacalufe sola en el universo, Mr. Thomas Bridge... La mancha que mamá tiene en la cara alcanzó mi cuerpo y luego cubrió la calle y el mundo entero. Cuando llego a mi destino, el microbús está casi vacío.



Lola y yo cenamos con Yerfa en la cocina viendo una teleserie. Papá y Alma volverán tarde a casa. Dentro del bolsillo de Yerfa suena su móvil. Contesta y entra a su pieza. Lola me dice que vio a B.H.M. jugando con unos caracoles en la calle y que yo no estaba con él.

—¿Dónde estabas, carajote? —pregunta.

—Y tú, ¿de dónde sacaste esa palabra tan fea?

—No cambies de tema.

Lola me mira esperando mi respuesta, pero yo permanezco callado, con los ojos fijos en la pantalla de la televisión.

—¿Y?

Me gustaría contarle que fui solo a casa de tía Corina, que ella me habló como a un adulto y que la vi llorar.

—Le voy a decir a papá que saliste sin permiso.

—Dile lo que quieras, carajota. Me da lo mismo —contraataco sin mirarla.

Frente a mi indiferencia, Lola se pone a jugar con el puré de papas. La miro de reojo. Ensarta en el tenedor los pedacitos de carne y uno por uno los arroja al tarro de basura. Me observa desafiante.

—Estamos empatados.

—Yo no tengo nada que ocultar. —Me impresiona mi sangre fría.

—Tengo otras pruebas, carajote, así que más vale que te quedes bien calladito.

Prefiero no averiguar cuáles son sus evidencias y aprovecho de botar mi comida al tarro de basura. No tengo hambre. Cuando Yerfa vuelve a la cocina, ambos miramos con expresión angelical la televisión. Yerfa está apurada por acostarnos, su móvil no ha dejado de hacer piiiiii en su bolsillo.

Ya en mi cuarto y en pijama entro en mi correo. Espero la respuesta de Mr. Thomas Bridge. Encuentro lo de siempre:

Weon de ierda andt a la xuxa weon inbesil xupa pico ni eso pq es muxo pa ti... jajaa a de mas nadie dejaria q se lo xupi jajaaa...

Imagino que una tormenta huracanada de Marte pasa frente a la cancha de fútbol del colegio. Sus piernas y brazos desmembrados vuelan por el aire, luego mueren calcinados por un fragmento de materia solar que cae sobre lo que resta de sus cuerpos.

Entro al blog de Mr. Bridge. Habla frente a su cámara. Dice que la familia se internó en el bosque del islote y no ha vuelto a aparecer. Huyen de los helicópteros que los han sobrevolado. Mr. Bridge afirma que en el bosque no sobrevivirán. Cuenta que los alacalufes fueron exterminados por los misioneros ingleses. Ellos no sólo trajeron enfermedades para las cuales los indígenas no tenían defensas, también trataron de adaptarlos a sus costumbres. Les dieron ropa e instrumentos, como cuchillos y arpones, destruyendo así su forma de vida. Ya no necesitaban navegar horas en el mar buscando su alimento, con hundir el arpón podían obtener suficiente carne de pescado para varias jornadas. Poco a poco fueron abandonando las actividades que le daban sentido a sus días, se hicieron sedentarios y comenzaron a morirse. La existencia de esta familia es inexplicable.

Apago el computador y me meto a la cama. La oscuridad se desploma sobre mi cabeza y aparecen las estrellas fosforescentes que Alma pegó en mi techo. Cada vez que pienso en Alma, que son muchas, la recuerdo llegando a casa con ese hombre. Por eso trato de recordarla lo menos posible. Es hora de partir hasta el fondo de mi cama, donde me aguarda Kájef. Su embarcación es arrastrada a un lado y a otro por las aguas. En el centro, sobre un lecho de arena húmeda, hay un fuego en brasas. Lleva los remos empuñados. La tormenta se acrecienta, la barcaza remonta olas gigantes, para luego caer sobre otras que vuelven a

levantarla. Pero Kájef no ceja. Oigo su voz a la distancia. Me dice que va en busca de los alacalufes al interior del bosque y que los guiará a otra isla, donde no puedan encontrarlos.

—Tommy —escucho la voz de Lola al otro lado de la puerta—. Ábreme.

—¿Para qué?

—Por favor.

—¿Y qué me das a cambio?

—Lo que quieras. Yerfa no está. Fui a su pieza, la busqué en todas partes.

Abro la puerta. Su pijama de osos y la foca de peluche que trae en sus brazos revelan lo que realmente es: una niña insignificante. Llegó por fin el momento perfecto para la revancha.

—Entra.

Aquí estoy, echando por la borda la mejor oportunidad que he tenido en mucho tiempo de vengarme de Lola. Soy un verdadero idiota. Ella se sienta en el borde de mi cama con su foca. Vuelvo a acostarme y apago mi lámpara. Lola se balancea hacia delante y hacia atrás.

—¿Quién es la mujer de la foto? —pregunta en la oscuridad.

¡Mierda! Olvidé esconder la foto de mamá. Lola debió verla antes de que yo apagara la luz. No le respondo.

—Es linda —señala—. Tiene una herida en la cara.

¿Qué le pasó?

¡Cómo pude ser tan estúpido! Lo que yo consideré una mancha es en realidad una herida.

—Es tu mamá, ¿verdad? —Yo no respondo—. Tengo frío.

—Puedes meterte en mi cama, si quieres —señalo.

—¿Estás seguro de que no te importa?

—Me importa, pero igual puedes hacerlo. Permanece en su sitio sin moverse.

—¿Por qué Yerfa nos habrá dejado solos? ¿Tú crees que es por su novio?

—Seguro.

—Echo de menos a mamá.

—Yo también —confieso.

Cuando pienso que Alma quizás está con ese hombre, me dan ganas de gritar.

—Salen mucho, ¿verdad?

—Mucho.

Nunca habíamos estado de acuerdo en tantos temas en una sola conversación. Ella también parece notarlo, porque decide meterse a mi cama. Se acurruca con su foca en el otro extremo. Por suerte, mi cama es bastante ancha.

—Sí, es mi mamá. Se suicidó.

Al decir esa palabra en voz alta me doy cuenta de que resulta difícil pronunciarla, como si no estuviera hecha para ser nombrada.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa que ella misma se mató. Que decidió dejarme solo, que no le importó lo que pasara conmigo. Eso significa.

Permanecemos mudos, cada uno hecho un ovillo en su rincón de la cama. De pronto noto algo entre mis brazos. Es la foca de Lola, y es ella quien la acomodó allí. Me fastidia pensar que por la mañana mi opinión sobre Lola necesitará algunos ajustes.

25.

♒

Después de nuestro encuentro en la productora no hemos vuelto a reunirnos en otro lugar que no sea éste: el departamento que Leo alquiló frente a una plaza. Vengo aquí por las tardes, al terminar mi trabajo. Cuando abre su puerta, él abre su mundo y lo detiene para mí.

—Hola, mi amor —dice, y me rodea con sus brazos.

“Mi amor”. Palabras manoseadas hasta el infinito y que sin embargo empiezan a gustarme, por la sensación de irrealidad que provocan. No importa que al otro lado de la puerta no sean ciertas.

—Me dan ganas de saber cocinar para un día esperarte con una gran cena. Pero soy un inútil —me confiesa sin soltarme. Noto su aliento sobre mi sien.

Tomo su mano y lo guío hasta el único sillón de la sala. Es un espacio amplio y despejado. Frente a nosotros un ventanal se abre a una plaza de castaños. Desde la altura se divisan sus copas. Introduzco mi mano bajo su camisa, noto su respiración como un movimiento de torso.

—También yo lo he pensado, llegar un día llena de bolsas con los ingredientes para cocinarte, pero me imagino en una de esas películas románticas norteamericanas y se me quitan las ganas. —Leo ríe en mi oído. Por el ventanal entreabierto se cuela el frescor de la tarde—. Prefiero la comida que llega por el teléfono. Así la llama Lola.

Su nombre trae un vendaval de realidad que me entumece. Ocurre así. Al sonido de ciertas palabras el dique se triza y por las fisuras se filtra la pesadumbre. Leo cruza su dedo índice sobre mi boca y me abraza. Es un contacto donde no hay nada extraño ni desconocido, pero que es al mismo tiempo excitante. La angustia se desvanece.

Después de hacer el amor nos quedamos mirando el cielo pasar del rojo al acero. Nos cubrimos con una manta. La ciudad se despliega ante nuestros ojos y bulle con un sonido persistente. Es la hora en que todos retornan a sus casas, la hora en que suelo levantarme y partir.

—Avisé en casa que no llegaría esta noche —declaro precipitadamente, antes de arrepentirme.

No le explico más. No comparto con Leo las mentiras que han empezado a ser parte de mis días.

—Este departamento es como una casa de cristal —señalo.

—Es cierto —conviene—. Cuando me lo mostraron fue lo que más me gustó, esta vista espectacular y la impresión de estar suspendido.

Anochece. Las ventanas brillantes de los edificios flotan en el azul oscuro de la tarde; Leo me hace notar que en los rectángulos dorados, las sombras de sus habitantes se mueven como llamas.

—Mírame —le pido.

Quiero hallar en sus ojos ese resplandor propio de quien no repara más que en el ser amado. Pero no es lo que encuentro. El diminuto caracol negro de sus pupilas está escondido en su caparazón. Río.

—¿De qué te ríes? —me pregunta al tiempo que estira los brazos hacia arriba.

—Una vez escuché decir a un amigo que el sexo para los hombres se reduce a un hoyo y a un tronco.

—Yo diría que tu amigo es un poco limitado. El sexo para un hombre son infinitas cavidades y un tronco. Dos buenas piernas también ayudan.

—¡Leo! —exclamo, y poso la planta de mi pie sobre su sexo. Presiono y la deslizo suavemente arriba y abajo. Lo siento reanimarse.

♒

Despierto gritando. Al otro lado de la gran ventana las luces de las oficinas resplandecen intactas, tan nítidas como el sueño del cual ansío escapar.

—¿Qué te pasa? —me interroga Leo, alarmado. Las lágrimas se agolpan en mis ojos.

—Ven. —Me atrae hacia él.

—Tuve un sueño terrible.

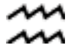
—Cuéntame. ¿Quieres que encienda la luz?

—No. Así está bien. —Pongo mi cabeza en su hombro—. ¿Estás seguro de que quieres que te cuente?

—Por supuesto.

—Estoy en un colegio en construcción, muy grande y vacío. Busco a Lola. Recorro pasillos solitarios gritando su nombre. El suelo está lleno de cajas metálicas. Escucho susurros, abro una de las cajas y encuentro a una minúscula mujer desnuda durmiendo dentro de ella. Habla en sueños. Su cuerpo está cubierto de harina. En el corredor aparece una mujer de traje azul que lleva una bolsa de plástico en la mano. "¿Conoce a Lola Montes?", le pregunto. "Pues claro, se fue con su madre", responde. "¡Pero si yo soy su madre!". —Mi voz sale entrecortada, me detengo.

—Pobrecita —dice Leo, y me da besos en el rostro, como a una niña.



Por la mañana, cuando abro los ojos, Leo habla por teléfono mientras se pasea por la terraza que recorre el departamento. Lleva pantalones negros y una camisa blanca. El verdor de la plaza es intenso bajo la luz. Gesticula, sonríe —como me sonríe a mí—, levanta la voz. No dirige la mirada hacia la cama desde donde yo lo observo. Me siento una intrusa. La soledad me embarga. Es este muro que erijo día a día, tras el cual sólo existimos Leo y yo. Él está ahora en la otra orilla, en el sitio donde se habla animado por teléfono, donde se discute y se transa, donde se establecen relaciones nuevas que arrebatan. Se detiene, se rasca la cabeza y lanza una carcajada. Se supone que la experiencia del placer va unida a la noción de su finitud; sin embargo, no tolero que Leo exista fuera de estas cuatro paredes, que su vida, después de nuestros encuentros, continúe su curso sin mí. Celos de amante. Historia mil veces vivida y contada. Leo entra a la pieza.

—Buenos días, mi amor. —Se sienta en un costado de la cama e inclina la cabeza hacia mí—. Qué rico verte aquí por la mañana con tu pelo desordenado.

Presiona con delicadeza uno de mis pechos. Me gusta la forma que tiene de apropiarse de mi cuerpo; me hace sentir que está aquí para ser tocado, y que él no puede evitar su contacto.

—Te tengo una sorpresa —me anuncia.

Después de un rato trae una bandeja con el desayuno.

—Como en las películas norteamericanas —conviene. Café, jugo de naranja, tostadas y fruta, mirando a lo lejos la ciudad desperezándose. Como en las películas.

26.

♐

No puedo dormir. En lugar de darme vueltas en la cama, traspaso al computador mis últimas grabaciones y las edito como me enseñó Alma. Al escuchar las del matrimonio descubro que mamá estuvo internada en una clínica que se llama Aguas Claras. Creo un archivo que se llama DIEZ DESCUBRIMIENTOS SOBRE MAMÁ. Luego, como sigo insomne, entro al blog de Mr. Bridge. La familia continúa escondida en el bosque. Unos periodistas desembarcaron en la isla. Las probabilidades de que la familia retorne a la playa son escasas. Mr. Bridge dice que hace seis días que no salen a pescar y que teme por sus vidas. Le envío otro e-mail:



Estimado Mr. Thomas Bridge:

Por favor, haga algo. Usted es la única persona que puede ayudarlos.

Tomás.

Cuando vuelvo del colegio busco la dirección de Aguas Claras en la guía de teléfonos y luego la calle en Mapcity. No está lejos, estoy seguro que puedo llegar hasta allí en mi bicicleta. La he usado muy poco. Tan sólo salgo con papá y siempre me quedo con ganas de más. Llamo nuevamente a B.H.M. Esta vez, él se adelanta:

—¿Tienes otro asunto que resolver? —pregunta con voz de espionaje.

—Exacto, B.H.M. —digo sin darme cuenta. Me he metido en problemas.

—¿Por qué me llamas B.H.M.?

No puedo explicarle lo del Bebé Hipopótamo Malvado. Recuerdo un libro que papá tiene en su biblioteca. Habla de los Hollow Man.

—Por Best Hollow Man.

—¿Pero qué es eso?

—¿No lo sabes? Es un hombre que tiene un agujero a la altura del corazón, y que lo hace invencible.

—¿Y yo soy uno de ellos?

—¡Claro!

—Está bien. Te cubro. No hay problema. Avísame cuando llegues.

—De acuerdo.

En mi mochila guardo el mapa que imprimí para llegar hasta Aguas Claras, un suéter para la tarde, una botella de jugo de naranja, mi Mp3 y la foto de mamá. Mientras hago estas cosas observo mis movimientos desde la distancia. Ese niño que está pronto a partir a una aventura no me parece en absoluto detestable. Kájef dice que en una aventura no es necesario que combatas contra terroristas o extraterrestres, o lo que sea, basta partir en busca de algo, aunque no entiendas muy bien por qué.

Antes de salir reviso por última vez mi correo. Espero la respuesta de Mr. Thomas Bridge. ¡No puedo creerlo! Aquí está:

Dear Colleague:

Thank you so much for your support. I am sure that things are going to be alright in the end. As soon as I get home, I will send you my address as I would love to see that picture you promised me.

Yours sincerely,

Thomas.

PS: We have the same name I am sure it’s a good sign.

Sin duda es una buena señal que al momento de emprender mi aventura me encuentre con su respuesta. Paso por la cocina y le digo a Yerfa que estaré en casa del vecino. Ella habla por su móvil y me hace un gesto de asentimiento. Levanto la mano a modo de despedida y salgo. Son las 4.32 p.m.



Mientras avanzo en mi bicicleta, el viento pasa por mi cara y mis brazos como millones de plumas. “No corras, no saltes, no te agites, no te muevas”. Recorro una avenida desierta. La superficie lisa de la calle no ofrece resistencia, al igual que el agua. “Lleva tu reloj, controla tu corazón, no te alejes”. Desciendo a toda velocidad. “¡Tú no puedes, ten cuidado!”. “Soy libre”, me digo. Aunque he escuchado muchas veces la

palabra LIBERTAD, no sé exactamente qué significa. Yo sé que los niños se creen invencibles, ¿pero será esto lo que ellos sienten?

Alejado ya de mi barrio, las casas se vuelven más pequeñas, los antejardines más descuidados, los árboles en las aceras más escasos. Mi corazón se pone a latir muy rápido. Respiro hondo e imagino que estoy dentro del agua, eso siempre apacigua mi corazón de viejo. Cuando vuelve a su ritmo normal me subo a la bicicleta. Al cabo de un rato tengo que detenerme otra vez. Ya no puedo pedalear. Camino.

A las 6.18 p.m. llego por fin a la clínica Aguas Claras. En el fondo de un estacionamiento vacío se yergue una casa de tres pisos con las persianas cerradas. Me asomo por una rendija de la puerta. Un fuerte olor a quemado se mete por mis narices. Todo está oscuro, nada vive en su interior. Doy la vuelta a la casa y descubro un parque. Los árboles parecen cansados. También los senderos llenos de marañas y malezas por donde camino sin rumbo. Me siento en una banqueta bajo un gran árbol y saco la foto de mamá de mi mochila. Al mirarla nuevamente descubro algo increíble: ¡ella está sentada aquí, bajo este mismo fresno! El fresno no es cualquier árbol, es nada menos que “El árbol del mundo”. Maná me contó que crece en el centro del cosmos y que produce un rocío tan dulce que las abejas lo transforman en miel. El problema es que debajo de su tierra vive un dragón que se alimenta de cadáveres y muerde sus raíces para derribarlo. Dejo la foto sobre la banqueta, con el rostro de mamá mirando hacia el follaje y grabo:

Tercer descubrimiento: Como el fresno, mamá tenía un dragón en sus raíces y por más que luchó para vencerlo, el dragón terminó por ganarle la batalla.

No sé dónde me lleva todo esto. No creo haber avanzado mucho. De pronto las cosas me parecen muy difíciles. Frente a la casa hay una piscina en ruinas y un árbol de flores azules. De vez en cuando los pájaros se le acercan y chillan. El parque se ha llenado de sombras. Son las 7.15 p.m. y hace rato debería estar en casa.

Cuando salgo a la calle tropiezo con una animita. Me extraña no haberla visto antes. Es una casita blanca, bien cuidada, tiene una cruz de madera y dos recipientes de plástico con flores amarillas. Me acerco a mirarla.

¡No puedo creerlo! Éste sí que es un descubrimiento de verdad. La casita tiene el nombre de mamá: SOLEDAD BASTIDAS BULYGIN.

Arrojo la bicicleta y me arrodillo en el pavimento para observarla por dentro. Una animita rememora el sitio donde alguien murió de forma violenta. La gente cree que su alma sigue aquí, por eso le deja flores. Cierro los ojos para respirar con calma, y luego vuelvo a mirar la animita. SOLEDAD BASTIDAS BULYGIN. Me asomo al interior. Hay una Virgen de traje celeste y cabello rubio, como las barbies de Lola. En la

mano tiene un cometa. Tras la Virgen, colgada del techo, hay una gran estrella de seis puntas de un metal opaco.

—Buenas tardes —dice alguien a mis espaldas. Levanto la cabeza y me encuentro con un viejo que tiene ojos de mosquito.

Me reincorporo. El viejo deja en el suelo un libro que trae bajo el brazo, se limpia una mano en el pantalón y estrecha la mía.

—Buenas tardes, soy Tomás Montes, y Soledad Bastidas es mi madre —declaro con emoción.

—Buenas tardes. Yo soy Roberto Milowsky, vivo al frente —y señala una casa de dos pisos al otro lado de la calle—. Soy además quien le pone flores a tu madre.

—¿Usted la conoció?

—Muy poco, pero mi mujer sí. Trabajaba como voluntaria en Aguas Claras. Elena la quería mucho y por eso siempre le dejamos flores. Así que tú eres su hijo, te pareces mucho a ella —observa sin dejar de mirarme atentamente, como si yo fuera alguien especial.

—¿Sabe por qué hay una estrella dentro de la casita?

—Es una estrella de David, porque tu madre era judía, como nosotros.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque así es. Cuando eres judío no hay nada que puedas hacer para remediarlo —sonríe el señor Milowsky.

—¿Yo también soy judío?

—Claro.

El sol se pone con rapidez. Le pregunto si puedo volver algún día a conversar con su mujer. El señor Milowsky me responde que eso sería un poco difícil porque ella está muerta.

—¿Por qué ha dicho entonces “le dejamos flores”?

—Porque ella vive en mí y hay ciertas cosas que hacemos juntos, como por ejemplo ponerle flores a tu madre.

—¿Fue usted quien colgó la estrella de David?

—Personalmente.

—Señor Milowsky, ¿le gustaría que le rascara la espalda?

—Sería muy amable de tu parte. Me subo a una piedra y lo rasco.

—Señor Milowsky, ¿puedo hacerle una última pregunta?

—Anda, pregúntame.

—¿Mamá murió aquí?

El señor Milowsky asiente con un gesto de la cabeza.

—¿Cómo murió, usted sabe?

El señor Milowsky me mira sin decir nada.

—No va a decirme cómo, ¿verdad?

Él hace un gesto negativo con la cabeza.

—Es hora de que me vaya —afirmo.

—¿Has venido solo?

—Mi casa no está muy lejos.

—Bueno, cuando quieras puedes venir a ayudarme con las flores de tu mamá, ya sabes donde vivo.

Me despido, me subo a mi bicicleta y pedaleo calle abajo.

Cuando descubrí que mi pene era diferente al de mis primos, le pregunté a papá: ¿qué es esto? “Se llama glande”, me respondió. “Parece un champiñón y soy el único de mis primos que lo tiene”, señalé. Recuerdo que papá dejó el libro que leía e hizo un gesto de fastidio. En ese entonces yo no había descubierto aún los carteles que los adultos llevan en la frente, y pensé que me reprendería por bajarme los pantalones en su escritorio. Pero lo que me dijo fue lo siguiente: “Tu madre y yo decidimos circuncidarte por razones de higiene. Para que tú sepas, en Estados Unidos muchos niños al nacer son circuncidados”. Luego, por supuesto, tuvo que explicarme lo que significaba la palabra circuncidar. En el colegio mis compañeros se encargaron de hacerme saber que sólo a los judíos les hacían esto. Se burlaron de mí. Yo les expliqué lo de los niños en Estados Unidos, pero no me creyeron. Insistieron que yo era judío y por un buen tiempo, en vez de llamarme por mi nombre, me dijeron “quiridi”. Me detengo en una esquina y grabo:

Cuarto descubrimiento: Según dice el señor Milowsky, mamá era judía y yo también.

Quinto descubrimiento: Mamá murió en la calle, frente a Aguas Claras.

Yo suponía que las animitas debían ser muy tristes, siempre recordando la muerte de alguien —como el abuelo—, pero la animita de mamá, con su barbie, su cometa y su estrella de David, parece decir: “Vengan a mirarme, no estoy nada mal aquí dentro”.

El camino de vuelta es más largo. El mapa no funciona de la misma forma que antes. Trato de identificar los puntos de referencia que memoricé, pero mi cabeza está llena de ideas que me desconcentran. Pronto llegará la noche. Sé que debo pedalear en dirección a la cordillera. Yo vivo en una de sus laderas. El ascenso es más duro cuando estás cansado, pero no tengo tiempo para medir los latidos de mi corazón. Llegado un punto debo detenerme, ya no puedo respirar. Tiro la bicicleta al suelo, arqueo el tronco y afirmo las manos en las rodillas, mirando el cemento sin verlo. Mi corazón se recoge dolorosamente, me dan ganas de tomarlo en mi mano y ayudarlo a latir como debiera. Tomo un sorbo de jugo de naranja. Está tibio y amargo. Son las 9.05 p.m. Continúo caminando. No hay descensos, todo remonta, y las calles me son extrañas. Es tanto el esfuerzo que me dan ganas de dejarlo todo aquí, sentarme en la vereda y esperar a que ocurra lo que sea. Las luces de los edificios de vidrio y acero ya están prendidas. Todo está muy lejos, mi pieza, mi Caja De Reletodo, Kájef. Me duelen las costillas. Me paso la mano por los ojos con fuerza, una y otra vez, hasta hacerme daño. Son las 10.03 p.m. cuando reconozco la esquina fosforescente de la bencinera. Una luna blanca, como una horrible pelota de fútbol, sale de la montaña. Lo que me espera en casa es peor que la calle. Mi única salvación es que papá y Alma no estén. Una probabilidad que, si lo pienso, no es remota.

Cuando Yerfa me abre la puerta se arroja sobre mí y me abraza.

—¡Tommy, Tommy! —Me desprendo de ella. No me gusta que me toquen así. Tampoco que lloren en mi cuello. Ni siquiera Yerfa.

—¿Tiene usted idea el susto que me hizo pasar? ¿Ah?

—Perdón. No quise hacerlo.

Lola, en pijama, se asoma a la puerta del pasillo con su foca. Me sonríe. Yerfa sigue gritando. Yo también le sonrío.

—¿Y papá?

—Por suerte no ha llegado. Ni la señora Alma. Si estuvieran aquí, usted estaría en problemas y yo también. De patitas a la calle me habrían echado por su culpa.

—Entonces, no les diremos nada —declaro.

—Nada de nada —dice ella, y gesticula con las manos como si limpiara un espejo.

27.

⌛

Evadir: evitar un daño o peligro inminente. Eludir con arte y astucia una dificultad prevista. Fugarse. Escaparse.

Es lo que hago al encender los motores, oprimir el acelerador y al cabo de unos minutos elevar la nariz de mi avioneta. El arte de volar enmascara el aún más complejo y delicado arte de la fuga. En justo rigor, podría decir que tenía todo organizado de antemano y no estaría mintiendo. Antes de salir rumbo a la clínica esta mañana eché en el maletero de mi automóvil la chaqueta de vuelo y otros enseres que llevo conmigo en estos cortos paseos. Y aquí estoy, volando a lo largo de la costa, buscando la palabra precisa que describe el color de la franja de arena, o la distancia exacta entre un barco carguero y la orilla. Sutilezas de la evasión. A unos cincuenta kilómetros, una miríada de nubes se aproxima desde el mar. Podría también decir que sigo aturdido, que ésta es una forma de ordenar mis pensamientos, de mirar los últimos sucesos con perspectiva. Y tampoco estaría mintiendo.

Cristóbal está muerto. Recuerdo a Emma con las manos sujetas a la baranda metálica de su cama, la mirada fija en el monitor, aguardando mis palabras. Vi la escena desde fuera de mí mismo, como tantos otros momentos a lo largo de mi vida, siempre convencido de que la razón es la única salida posible.

—Murió, ¿verdad? —me preguntó sin despegar los ojos del monitor.

La desgracia está dentro de lo posible cuando trabajas en el límite afilado que separa la vida de la muerte. Por eso comienzas a construir un engranaje de defensas el mismísimo día que decides meterte al quirófano y echas a andar la sierra sobre el tórax de un ser humano. Un trabajo minucioso el de ponerse fuera del alcance de la culpa, del sufrimiento y, de paso, de los afectos.

¿Dónde está Dios? Desde niño creí que si cumplía su voluntad todo iría bien. He procurado actuar con mesura, con bondad, con rigor. Aun así, Cristóbal está muerto. Soledad está muerta. Y yo estoy lejos de todo. Procuro rezar, pero toda esa monserga y la espesa oscuridad que de ella brota me producen rechazo. Es imposible que Dios sea omnisciente y que disponga la muerte de seres como ellos. Es una contradicción que destruye los cimientos de mi fe.

Protegido por mis armaduras, me parece haber caminado largo tiempo por una superficie congelada, y aquellas grietas que de tanto en tanto aparecían y que yo sorteaba con destreza, eran nada menos que la vida.

De ese fondo emergen las imágenes y me sacuden. De repente sucedía. Soledad se paralizaba. Si buscaba un teléfono en su agenda, o ponía en orden su escritorio, o mudaba de ropa a Tommy, interrumpía su quehacer, y su mirada vidriosa se perdía en un lugar de la pared, como si de pronto se hubiese dejado vencer por una fuerza que la avasallaba desde su interior. Recuerdo el vacío apostado en sus ojos, su expresión sombría e impenetrable.

Episodios que fueron haciéndose más y más frecuentes hasta detonar un lunes por la mañana, cuando recibí la llamada de la dueña del local que Soledad había rentado para su galería de arte. Hacía tres meses que ella no pagaba la renta. Por la tarde fui al local para ver los adelantos. Había estado ahí con Soledad en los inicios de su proyecto. El acceso estaba obstruido, y a través de las ventanas se divisaba el mismo espacio amplio y vacío que vi esa vez. Todas esas reuniones a las cuales Soledad partía por las mañanas con el arquitecto, con el constructor, con sus múltiples asesores, no habían llegado a nada. O quizá —me planteé recién entonces— nunca habían existido.

Decidí seguirla. Tenía que saber dónde iba Soledad cada día con nuestro hijo, con quién se encontraba, qué tramaba. A la mañana siguiente estacioné el auto en una esquina y la esperé. Alrededor de las diez la vi pasar en su automóvil. Al cabo de un rato estábamos en el barrio donde había vivido con sus padres. Se detuvo frente a la plaza donde solía corretear de niña y bajó a Tommy en sus brazos. Sentada en una banqueta permaneció largo rato mirando hacia al frente, sin moverse, las rodillas juntas y ambas manos ocultas entre ellas. Tommy, en tanto, jugaba a sus pies en la tierra. En un momento se arrimó a su madre y no volvió a moverse. Era una mañana helada y desde mi automóvil podía ver el aliento de ambos flotar en el aire. Temí que Tommy padeciera de hipotermia. No comprendía cómo, conociendo su fragilidad, ella lo exponía al frío. Quise tomar a mi hijo y alejarlo de esa mujer que ya no me parecía la misma de quien me había enamorado. Pero tenía que llegar hasta el final. Necesitaba ver cómo Soledad me había engañado los últimos tres meses. Tal era mi rabia que no medí la verdadera dimensión de lo que estaba ocurriendo. Después de al menos una hora, Soledad entró a su automóvil y enfiló hacia el oriente. Conducía de forma temeraria. Parecía que todo ese tiempo de desidia de pronto hubiese explotado en su cabeza. Estacionó frente al local, sacó a Tommy de su silla y llenándolo de besos lo despertó. Esa expresión de afecto, tan usual en ella, me trajo de vuelta a la Soledad que yo conocía. Cuando estuvo frente a la entrada levantó un par de tablas que debían estar desprendidas, se agachó y entró con Tommy. Una vez dentro volvió a ponerlas en su sitio. Dejé pasar un rato antes de bajarme del auto y espiarla por uno de los ventanales. La imagen que divisé a través del vidrio sucio y empañado desbarató todo lo que hasta entonces yo daba por cierto. Soledad estaba echada en el piso con el cuerpo encogido; Tommy, acurrucado en su regazo. Golpeé el vidrio con violencia hasta casi romperlo, pero Soledad siguió quieta, oprimiendo los ojos, como si rehuyera el estruendo de un bombardeo. Entré por el orificio. La llamé por su nombre. Tommy se largó a llorar. Soledad lo oprimió contra sí

para impedir que se escabullera. Arranqué a mi hijo de sus brazos. Tommy chillaba. Soledad empezó a gritar, propinándome patadas y golpes con los puños. La tomé de ambas muñecas. La expresión que vi en ella me demudó. Continuaba gritando con la boca abierta y los ojos en blanco, en otro mundo.

Los llevé a casa. Sentada en el automóvil a mi lado, con la cabeza gacha, Soledad tenía la apariencia de una marioneta. De pronto se puso a temblar. Un mal había sitiado a mi mujer, y una nueva versión de la realidad se había instalado en nuestras vidas. Desde ese momento en adelante —pensé— tal vez nunca más sabría qué decirle.

Tommy vivió las siguientes semanas en casa de mi padre. Tanto para protegerlo como para ayudar a Soledad a romper la simbiosis que había generado con él. La presión de los últimos años se había acumulado, al punto de romper los cimientos de su ego, de su ser. Esa fue la explicación que nos dio el psiquiatra. Al principio, Soledad se pasaba el día frente a la televisión, en un estado de penosa inexpresividad. Poco a poco —con la ayuda de los medicamentos— fue recobrando su semblante familiar, hasta volver a nuestro mundo, a su propia vida. Por eso bajamos la guardia, y cuando una tarde subió a Tommy a su auto para “dar un paseo”, Yerfa, que tenía estrictas órdenes de no permitirle salir con Tommy, la dejó partir.

Se estrelló contra el muro de un paso bajo nivel. Eran las tres de la tarde y la autopista estaba casi desierta. No había otra manera de colisionar con el muro que no fuera con la firme intención de hacerlo. Tommy no iba sentado en su asiento de seguridad. En el suelo encontramos sus lápices de colores. Debió inclinarse para recogerlos en el instante en que Soledad impactó su auto contra el murallón. Ese movimiento le salvó la vida. Ella terminó en el hospital con varios huesos quebrados y lesiones en su rostro. Cuando se recuperó de sus heridas la internamos en una clínica psiquiátrica. Nunca le perdoné que quisiera llevarse a Tommy.



Mi avioneta se sacude. Tengo la impresión de navegar sobre la superficie erizada del océano. He traído la botella de vidrio con el barco en su interior. La miro al trasluz. Tiene detalles que no había advertido, como un ancla colgando de la proa. El zumbido del motor resuena en mis oídos. La empuño con tanta fuerza que acabo por quebrarla. Estoy sangrando. Levanto la mano y las gotas caen sobre mi pantalón. Advierto la ráfaga de ese sentimiento que conozco: el de haber roto algo irreparable. Recuerdo las palabras de Alma el día del matrimonio de Miguel: “Lo que más gozas es abrir las puertas del quirófano y encontrarte con esas caras que te miran como a un dios”. Y tiene razón. Lo que ella no sabe es que esas miradas agradecidas me ayudan a

olvidar al hombre colmado de rabia, de culpa y pequeñez que llevo dentro. Una pequeñez que temo se derrame en los demás.

Cuando Emma me preguntó si su hijo estaba muerto, la atraje hacia mí. "Puedes llorar. Yo nunca pude", le dije.

Mientras Soledad nos abandonaba lentamente en la clínica, yo construí una coraza, bajo la cual un solo deseo me alimentaba: no dejarme avasallar por la tristeza. Había que transmutarlo todo en fuerza, en rabia. Era la única forma de sobrevivencia que conocía, y la última convicción que me quedaba.

Emma no lloró. Se quedó con el rostro sepultado en mi pecho. Así nos encontró el padre de Cristóbal unos minutos después. Comenzó a gritar. Emma se desprendió de mí y le tomó de los hombros. Yo cogí el barco del velador de Cristóbal y salí de la pieza.

De repente tengo una visión que jamás había tenido. Mientras el sol se apronta a ponerse en el mar, la luna se asoma entre las laderas del frente, nívea, inmensa. Una figura que en otros tiempos me hubiese hecho pensar en la grandeza de Dios. Pero no ahora. Me he preparado la vida entera para experimentar la gracia y la revelación, pero nada sucede. Él permanece ausente, una y otra vez.

28.

♒

En lugar de estar escondida en un sitio oscuro y solitario, la casa de agua de mi infancia se ha vuelto transparente y flota en la ciudad. Otra noche robada. Observo a Leo mientras duerme. Sus rasgos en descanso le dan una apariencia más pueril, más cándida. Los surcos de su frente desaparecen, también los ojos perspicaces, los gestos enérgicos y el escepticismo. A pesar de su mirada desconfiada sobre el mundo, a pesar de su pasado de adicciones, Leo desprende un aire de saciedad, como si hubiera pasado la vida recolectando placeres. A veces pienso que es eso lo que me atrae de él con más fuerza. Abre los ojos, parpadea varias veces antes de lograr enfocarme. Sonríe. La luz destaca su espléndido rostro anguloso. Bajo las sábanas me atrae más hacia él.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquiero.

—Depende.

—Cuando te conocí venías saliendo de una cura y dos semanas después estabas jalando. ¿Por qué?

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas cuándo nos conocimos?

Apoyo mi cabeza en su hombro. Leo asiente.

—En esa fiesta tomabas Coca-Cola, partiste temprano a tu casa, estabas decidido a curarte. Cuando fuimos al cerro llevabas coca. ¿Qué pasó entretanto?

—¿Por qué quieres saber eso ahora? —Sus músculos se tensan—. Sucedió hace tanto tiempo, Alma. No era la primera vez que me caía, ni la última.

—Cuéntame, por favor. —Leo se acomoda y yo me adapto a su nueva posición.

—Mis recuerdos de esa época son tan confusos. Fue un milagro que me pillaras limpio en esa fiesta.

—En el cerro me dijiste que estabas con otra mujer y que por eso no querías involucrarte conmigo —comento y me llevo su mano a mi mejilla.

—Es increíble cómo recuerdas los detalles. Una mujer... Debió tratarse de una profesora de yoga o de meditación, con quien estuve un tiempo. Sí, era ella. Tenía un pelo increíble, así como el tuyo, y un cascabeleo de pulseras cuando se movía.

—Era bonita, entonces.

—Tú eres infinitamente mejor.

—No estoy buscando halagos.

—Te lo digo por si acaso. Tenía varios años más que yo. Creo que la invité a salir el mismo día que la conocí. Era un desvergonzado.

—Lo sigues siendo —asevero.

La luna destella entre los perfiles oscuros de los edificios del fondo. El cielo vibra y un polvillo blanco se desliza por las copas de los árboles.

—¿Ella sabía que venías saliendo de una cura?

—¿Por qué te interesa tanto todo esto?

—Curiosidad.

—No tenía idea, yo nunca se lo mencioné. Creo que fue con ella que empecé otra vez a tomar y a fumar porros. No duró mucho. Un día me echó de su casa y no la vi más.

—Esa mujer era mi madre.

—¡¿Qué?! —Leo se reincorpora y me mira a los ojos. Mientras hablo con la tranquilidad de quien cuenta un sueño remoto, observo la luna, insomne, flotar ante nuestra ventana.

—Yo te vi esa mañana, dormías, estabas desnudo. Me quedé mirándolos un buen rato. A mi madre y a ti.

—No puedo creerlo... —Me oprime con fuerza entre sus brazos—. No puedo creerlo.

—Su piel y la tuya tenían el mismo color oliva, tan sólo que la tuya era más recia, más joven.

—Esa mujer era tu madre —comenta para sí.

—¿Te importó que te echara de su casa, te dolió que te borrara de su vida así como así?

Sé cuán morbosa resulta mi pregunta, y por eso la formulo. Porque todo esto es morboso pero imprescindible. Leo calla un instante y luego dice:

—Lo siento, Alma, de veras.

—Pero si tú no tenías idea. De hecho, ella tampoco sabía que nos conocíamos. Hasta el día de hoy no lo sabe.

—Alma... de todas formas es terrible y yo quiero que tú me perdones. —Me abraza, ahora con más intensidad.

—¿De qué?

—Por no haberte visto, por ser entonces un pendejo borracho y drogadicto y no haberte visto.

—¿Por haberte tirado a mi madre?

—Por haberme tirado a tu madre —repite con seriedad, y yo me largo a reír.

—¿De qué te ríes?

—Logré que hablaras en serio, logré sacarte tu máscara de sarcasmo, logré que me sintieras.

—Pero si yo te siento todo el tiempo...

—Nunca tanto como ahora —declaro.

—Nunca tanto como ahora —reconoce.

29.

♐

Una luna gigante se apoya sobre la casa del Bebé Hipopótamo Malvado y me observa amenazadora. El techo de mi pieza es un agujero por donde se deslizan las sombras como ratones. Prendo la luz. Pienso en el 6,5 que me saqué hoy en inglés, en el 6,2 en lenguaje y el 7 en dibujo de la semana pasada. Lamentablemente, también recuerdo el 3 en matemáticas. Imagino que me nombraron rey de un país llamado Tommylandia, pero el MDLN —el Miedo De La Noche— es más grande que mis invenciones. Más grande que yo. Me levanto y salgo al pasillo. La travesía en bicicleta me dejó el cuerpo maltrecho. No saco nada con entrar a la pieza de papá. Alma no está, se quedará trabajando hasta la madrugada, y papá dice que ya estoy mayor para el MDLN. Bajo al primer piso y toco la puerta del cuarto de Yerfa. Ella aparece con una camisa de dormir blanca que sólo deja al descubierto sus pies oscuros. Sin decir palabra nos metemos en su cama. Yerfa tiene la panza blanda y caliente, también los pechos. A través de su ventana miro hacia afuera. Ahí está otra vez la luna.

—La luna me siguió hasta aquí —le informo a Yerfa—. De hecho, nos sigue a todos a todas partes.

Ella me responde con un gruñido. La oigo respirar. Su panza se mueve arriba y abajo. Arriba y abajo. Al fin y al cabo, la luna llena no está tan mal. Las noches sin luna ni estrellas son aún peores porque la oscuridad baja desde las alturas con sus demonios. Pensando esto me quedo dormido.

En un giro, Yerfa me echa fuera de su cama. Estoy en el suelo con un zapato suyo entre las costillas. Amanece. Los primeros reflejos azules de la madrugada han derrotado a la luna. Regreso a mi cuarto y enciendo mi computador. No entiendo cómo nunca se cansan.

JAAAAAAAAAAAA ERES UN POBRE REXA Y EXTRA JAJAJAA... Y TE VAMOS A SACAR LA XUXA SINO NOS TRAIS LAS CINCO LUCAS OISTE SOPENSO????????????????????????????

Siento la misma rabia de siempre, pero esta vez no tengo fuerzas para imaginar algo espantoso. A veces quisiera contarle todo a papá, pero él pensará que es a los niños muy tontos y muy débiles que les ocurren estas cosas.

Por fortuna, ahora tengo a Mr. Bridge. Antes de visitarlo traspaso las grabaciones de mis últimos descubrimientos al computador. Cuando entro en su blog amanece en el fin del mundo. Como aquí. La cámara está fija sobre la isla de la familia alacalufe. La voz enronquecida de Mr.

Thomas Bridge interrumpe el silencio. “Good Morning”, dice, y su cara rojiza aparece en mi pantalla. Se frota los ojos y me sonríe. Se diría que somos amigos. Yo también le sonrío. Es una pena que él no pueda verme. De pronto dice:

—Uuuupsss!!! They are finally emerging from the forest!

Están todos montados en la canoa. La madre rema aguas adentro. No han avanzado mucho cuando la canoa se detiene. No logro distinguir lo que hacen. Se ven afanados. Mr. Thomas Bridge se pregunta lo mismo que yo. De súbito todo se hace evidente. No puedo creer lo que veo. Tampoco Mr. Bridge, que ahora grita: “What the fuck! What the fuck!”. Primero es el niño. Veo su silueta pequeña como la mía subirse al borde de la canoa y, con una piedra atada a uno de sus pies, arrojarse al mar. No han pasado más de cinco segundos cuando el agua se vuelve plácida, como si nada hubiera ocurrido. La niña parece abrazar a su abuela. Se desprende de ella y se acerca al borde de la canoa. Se detiene un momento y luego, como su hermano, se esfuma bajo el agua. Su papá la sigue, a los pocos instantes también su mamá. La abuela espera a que las aguas vuelvan a calmarse, apaga el fuego con los pies y se arroja. Han desaparecido. El mar, indiferente, los ha tragado, y ahora simula dormir.

Mr. Bridge se queda en silencio. Apaga la cámara y todo se desvanece. “¡Mr. Thomas Bridge!”, grito a la pantalla de mi computador, que permanece negra y vacía como el agua. “¡Mr. Bridge, Mr. Bridge!”, vuelvo a gritar con todas mis fuerzas. Extiendo la mano para tocarla, pero es inútil, Mr. Bridge se hunde en ella como los alacalufes en su mar, como mamá en su calle.

30.

⌛

El rabino canta salmos en hebreo mientras los hombres van echando tres paladas cada uno sobre el pequeño féretro de Cristóbal. Un arco de hierro forjado, de donde pende una sobria estrella de David, corona su sepultura. Emma, erguida frente a ellos, los observa. El padre de Cristóbal no ha perdido su expresión nublada y febril. La sombra de un toldo blanco resguarda al grupo de familiares y amigos que lo despide. Algunos tienen los ojos cerrados y susurran, muy juntos, formando un muro infranqueable. Un anciano, cuya cabellera blanca recuerda a un león, ha comenzado a orar.

Es en este cementerio donde debería estar enterrada Soledad. Tommy tenía dos años cuando una prima argentina se puso en contacto con ella y le anunció que sus abuelos eran judíos. Su abuelo había llegado de Ucrania a Buenos Aires, y se había convertido al catolicismo con el fin de fundar un colegio para señoritas. Las generaciones venideras fueron educadas en esa religión. Enterarse de su origen judío produjo en Soledad un vuelco. Algo intangible, que nunca supo explicarme, pero que se transformó en una fuente de infinitas preguntas y en una búsqueda extenuante. Yo iniciaba en ese entonces mi práctica como cirujano, y me fue difícil seguirla en su periplo. Una noche, meses antes del primer síntoma de alarma, tumbados uno al lado del otro esperando el sueño, declaró:

—Hoy circuncidé a Tommy.

Fui incapaz de controlarme. Gritando, le dije que no tenía derecho, que debía haberlo consultado antes conmigo.

—Quiero que Tommy sea judío, como yo —respondió con la calma de quien ha ensayado sus palabras mil veces.

—Pero... si ya lo es —argumenté.

—Quiero que él conozca siempre sus orígenes, que lo lleve en el cuerpo, y no le pase lo que a mí.

Movido por la rabia repliqué con sorna:

—Tú vas a estar aquí para recordárselo.

Soledad percibió mi ironía. Mis palabras, de cierta forma, confirmaban sus temores.

—También puedo morir —zanjó con emoción y seriedad.

La abracé avergonzado y le dije que no me importaba que hubiera circuncidado a Tommy, pero que me hubiese gustado hacerlo juntos.

—No puedo estar sola, necesito a alguien de nuestro círculo familiar que sea parte de esto.

Aun cuando lograba entender la significación que tenía para ella, sentí rabia de que hubiese marcado a mi hijo con una señal indeleble. La misma rabia que experimenté cuando me dejó solo con Tommy. Resentí su inconsciencia, la intensidad enfermiza con que vivía, que terminaron matándola. Maldije su falta de entereza. La vida de Tommy y la mía quedarían oscurecidas por su sombra.

Por eso le oculté a Tommy la verdad: la muerte de su madre y esa fracción de sangre judía que posee. Por eso también no la enterré en este cementerio. Fue mi venganza por lo que nos hizo. El rencor tiene una energía y una claridad que el desconsuelo carece, por eso persistí en él. ¿Venganza, rencor? Me siento abrumado por una tristeza tan profunda que me largaría a llorar. Debo creer, no pensar, me digo una y otra vez. Pero es inútil. Nunca antes me había parecido Dios tan inhumano. Su grandeza radica en que nada de lo verdaderamente humano se alcanza, en que estamos condenados a vivir en el dolor y en el pecado.

Emma arroja una flor sobre el ataúd de su hijo, ya cubierto de tierra. Nuestras miradas se cruzan. Baja los párpados y luego los sube, como si agitara una mano de despedida. Es hora de volver a casa. Quiero ver a Alma, a Tommy, a Lola. Tengo la impresión de haber estado fuera durante demasiado tiempo.

31.



Yo creo que papá suele guardar silencio porque decir algo simple a otras personas a veces resulta terriblemente complicado. Ésa es la razón, al menos, por la cual yo prefiero no hablar.

Hoy en el colegio leímos a un poeta que se llama Vicente Huidobro.

Descubrí que las palabras sirven para expresar y entender asuntos que de otra forma sería imposible. Como por ejemplo: "Pienso en ellos, en los muertos. En los que yo vi caer. En los que están grabados en mi alma. En los que aún están cayendo en mis miradas". Cuando el profesor de lenguaje nos leyó este poema, el corazón me dio un vuelco. Nunca imaginé que pudiera existir un lugar, muy pero muy adentro de nuestro cuerpo, donde todos fuéramos iguales. Si no, ¿cómo explicar que el señor Huidobro, que murió hace sesenta años, hable de lo que me ocurre a mí?

Pero lo más importante es haber descubierto que él con las palabras construía estrellas, capillas, caleidoscopios, flechas... Por eso decidí al fin hacer algo. Construiré mi propia Caja De Letras, donde dejaré atrapados para siempre los mensajes.

32.

♒

Me siento en el brazo del sofá y me deslizo de costado hacia Leo. Lo observo mientras revisa sus notas para una crónica que debe enviar a un periódico. Frunce el ceño y luego arroja un par de rayas. Pasa su brazo por sobre mi hombro y me estrecha.

—No sé qué voy a hacer sin ti cuando vuelva a Bogotá —señala con un fulgor en la mirada. Ríe en un rincón de su cara.

Me dice que apaciguo sus demonios y que lo ayudo a conectarse con el lugar donde están las historias. Hago una morisqueta en señal de incredulidad y ambos estallamos en carcajadas. Ninguno de los dos ignora que escribe —sin la ayuda de nadie— novelas que le han traído prestigio y un buen pasar. Me desprendo de él y abrazo mis rodillas. Leo vuelve a tomar sus papeles.

No puedo evitar que ese tiempo futuro, que Leo ha nombrado, me ensombrezca. Hace un rato, cuando estábamos desnudos sobre la cama, él me habló de su vida. Una existencia libre y a la vez perversamente solitaria. Quise abarcar ese mundo amplio, pletórico de oportunidades. Sin embargo, mientras observaba su expresión intensa, sin llegar a ser feliz del todo, percibí bajo su relato desenvuelto una cierta vacuidad.

Le pedí que me estrechara. Necesitaba saber si ese momento tenía consistencia, si era real, y no una más de sus azarosas anécdotas que en un futuro no muy lejano se convertiría en uno de sus cuentos.

—Escucha esto —señala—. “Telémaco querido, todas las islas se asemejan entre sí cuando has errado tanto tiempo y el cerebro comienza a extraviarse contando olas, las pupilas, sucias de horizonte lloran, y la carne de las aguas estropea los oídos”. Es un poema de Joseph Brodsky. —Me habla con el destello de picardía que suele haber en sus ojos.

—Por un instante pensé que eras tú quien lo había escrito.

“Todas las islas se asemejan entre sí cuando has errado tanto tiempo”. ¿Intenta acaso decirme que ha llegado su tiempo de asentarse? No voy a resolver los acertijos de Leo. Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida no está supeditado a lo que él decida hacer con la suya.

Tras los altos edificios iluminados, el azul oscuro del cielo va tomando una tonalidad anaranjada. La atmósfera está quieta. La desazón me asalta. Me atemoriza ser capaz de quebrar sin más el mundo de Lola, de Tommy, de Juan.

Al fin y al cabo, después de un par de copas, Juan puede obtener de mí lo que desee, y lo mismo yo de él. La diferencia radica en elementos de apariencia insustancial, como la manera que tiene Leo de rascarse la cabeza, su timbre de voz, la forma en que mueve las manos, que me toca, la gravedad de su cuerpo sobre el mío, sus embestidas, la descarga de placer que me provoca.

Cuando después de cierto tiempo la pasión muere, comenzamos a vivir en torno a acuerdos, a propósitos, a lealtades y afectos que poseen igual o más valía que el ardor que sustituyen. Hasta hace unas semanas entender esto me parecía una señal de madurez, ahora, sin embargo, se me antoja una elegante caja vacía. Dentro de nosotros se producen infinitos procesos invisibles, se mueren células, nacen otras, se detienen ciertos asuntos y se ponen en marcha otros. Hasta que de repente hemos cambiado. Fue cuando una de estas milimétricas labores internas estaba a punto de hacerse visible que Leo volvió a aparecer en mi vida. Tal vez él no es más que una obsesión, el espejismo que provoca mi añoranza de una vida distinta, de un nuevo comienzo. En este aire confuso que respiro, mi única certeza es que no soy capaz de vivir en un erial, alejada de las emociones, del calor de un cuerpo cercano y amado, rodeada de cajas vacías.

—Leo —le interrumpo—, ¿puedo hacerte una pregunta?

Deja sus papeles en el suelo y me mira.

—¿Por qué en tus novelas están todas las formas posibles de relaciones, incluso las más inhumanas, pero jamás está el amor?

—Eso no es verdad. En Bifurcaciones, Pascual y Elisa se enamoran.

—Pero Elisa está enferma. Ella no puede recibir el amor de Pascual.

—El amor jamás se da en forma pura. Elisa lo toma y lo siente, pero, dadas sus incapacidades, debe encontrar su propia manera de expresarlo.

—¿Sabes lo que yo creo? Creo que estás intentando desterrar la palabra amor, y la estás cambiando por un discurso del desarraigo. No eres el único, por lo demás. Pero lo peor es que esta nueva retórica, que en realidad no tiene nada de nueva, en vez de ser más libre está sujeta a unos patrones literarios estrictísimos. De verdad no lo entiendo.

—Primero, debo alegar en mi defensa que no tengo nada en contra del amor, y que aun cuando lo que dices fuera cierto, estaría frente a una batalla perdida. El amor es un sentimiento que incluso sin formular seguiría existiendo. Y segundo, estás metiéndome en el saco equivocado. Conozco ese discurso del desánimo al cual te refieres, pero mis narraciones no comulgan para nada con él, y te lo puedo demostrar mañana mismo si me acompañas a la charla que daré en la universidad.

—He leído tus novelas, Leo, y toda esta elocuencia tuya no me convence en absoluto.

—Déjame persuadirte. Me gustaría mucho que fueras mañana. De veras. Tal vez he cambiado... —me dice con una sonrisa no exenta de encanto.

—¿Para que te vea desplegar tus plumas de pavo real?

—¿Por qué no? Tal vez así caerías rendida a mis pies.

—Eso puede ser un tanto difícil. Ya estoy mayorcita para ese tipo de humillaciones.

—Entonces para que al menos accedas a salir conmigo a la calle. ¿Sabes lo que quisiera?

—¿Qué?

Sus ojos están iluminados por una oleada de candor y resolución.

—Me gustaría que fuéramos al cine. Vi en el diario que están dando una película de los hermanos Coen en los cines de aquí al lado. Empieza a las ocho y media.

Me mira expectante, se mete ambas manos en los bolsillos del pantalón y deja los pulgares fuera; gesto que, supongo, pretende insuflarme entusiasmo.

—Tú sabes que no puedo.

No es la primera vez que Leo intenta sacarme de la casa de cristal.

—¿Pero por qué crees que en todas partes vamos a encontrarnos con alguien conocido? —pregunta precipitado. Veo en su rostro una expresión de molestia que procura disimular con una fingida sonrisa.

—Esta ciudad es demasiado chica, te lo he dicho mil veces. —Me reincorporo y me aproximo al ventanal con las mejillas encendidas de ira. Leo no parece notarlo.

—Y tú crees que si vamos al cine un martes por la noche nos vamos a encontrar con alguien, ¿de verdad eso crees? —cuestiona con el mismo tono liviano.

Me propongo evitar que la rabia se apodere de mí. Si con Leo reproduzco las riñas que tengo con Juan, todo esto perdería el poco sentido que tiene.

—Conozco a mucha gente. Además, el otro día tú me dijiste que, según Maugham, la pasión no prospera siendo satisfecha, sino estorbada.

—No seas tramposa, él no se refería a la imposibilidad de ir al cine. En todo caso, ¿de qué te pueden acusar? ¿De salir con un viejo amigo?

A pesar de mis esfuerzos por evitar una confrontación, Leo continúa provocándome. ¿Por qué? ¿Acaso él también quiere terminar con esto antes de que para ambos se vuelva insoportable?

—Ésa no será su lectura, te lo aseguro —contraataco sin perder la tranquilidad.

—Entonces dirán que tienes un amante. Y qué con eso. El setenta por ciento de las mujeres casadas en este país tienen o han tenido un amante. —Se da una media vuelta y abre las manos como un prestidigitador.

—Yo no soy un número. Y tus cifras son una broma.

¿Acaso hay sondeos anuales sobre el tema?

—Te puedo asegurar que es así. No necesito sondeos oficiales.

—Seguramente porque tú has experimentado con varias, ¿verdad?

—No seas masoquista, Alma. No tiene sentido. —Esboza una media sonrisa y me toma del brazo con un gesto cansado.

—Lo que no tiene sentido es todo esto —concluyo con una entonación demasiado aguda, y lo aparto de mí.

Me contengo con toda mis fuerzas, Leo no va a verme llorar. Dejo que mi mirada salte entre las paredes y se pierda entre las copas de los árboles.

—Lo sé, Alma. Es sólo que a veces me da pena no poder compartir contigo cosas que me gustan, como una buena película, o una comida... Perdóname. Es la frustración que me hace hablarte así. —Tiene la mirada de alguien arrebatado por una mezcla de emociones.

Extiende la mano y toca mi cintura, acto seguido, con una suave presión, la desliza hacia adentro de mi blusa.

—De verdad lo siento. Lo último que quiero es que nos enrollemos en estúpidas discusiones.

—Yo tampoco quiero eso.

Leo me estrecha y yo me entrego. Mis articulaciones pierden consistencia. Soy una materia mórbida que necesita ser albergada para no deshacerse. Él siente mi rendición. Me besa. Al desasirnos nos quedamos mirando las luces que destellan al otro lado de la casa de cristal.

—Es hora de que me vaya —digo de pronto—. Prometí a Lola ayudarla con su tarea de inglés.

Tomo mi bolso y mi abrigo. Antes de partir le digo que mañana por la tarde tengo una reunión en el colegio de Tommy y que no podré venir.

—Está bien.

—¿Me estás dando permiso?

—No. Me digo a mí mismo que está bien que te vayas, que nada malo va a sucederme si mañana no te veo.

Aparto la mirada antes que él y señalo:

—Nada terrible va a pasarte, Leo, eso te lo puedo asegurar.

33.

♐

En el recreo, un niño de sexto que tiene la cabeza puntiaguda y los ojos separados como una oveja, se interesó por mi ciervo volador. Abrí la cajita y dejé que lo tocara. Como su superficie es lisa y brillante, el niño aseguró que era de plástico. Cerré la caja y me prometí no volver a abrirla nunca más. Minutos antes que sonara la campana divisé en el pasillo al profesor de ciencias. Suelo hablarle de los programas científicos que veo en la tele. Esta vez le pregunté:

—¿Míster Berley, es verdad que si un pedacito de sol del tamaño de la cabeza de un alfiler cae sobre la Tierra, puede calcinar a todas las personas que se encuentren en un radio de ciento sesenta kilómetros?

Míster Berley me respondió que en vez de pensar atrocidades ideara asuntos que le hicieran un bien a la humanidad. Le expliqué que cuando me entero de algo ya no puedo pretender que no existe y que eso se llama tomar conciencia. Me miró con sus ojos de color girasol y me respondió que yo era un poco filósofo. Me gustó que dijera eso. Como él es un hombre viejo, me ofrecí a rascarle la espalda, pero me dio las gracias y me pidió que lo dejáramos para otro día.

Guardo la cajita del ciervo dentro de mi mochila y camino hacia la biblioteca. Hoy es viernes. Tres horas de deportes. Tiempo para investigar en el Google. En el pasillo me cruzo con un par de compañeros. Me miran como si fueran a decirme algo, pero entre risas siguen su camino. Sus miradas entran en mi cuerpo y se quedan trabajando en mi interior como gusanos.

Una vez en la biblioteca tecleo: Arnold Bulygin judío. En un diario encuentro una carta con el siguiente enunciado: “La verdad sobre Arnold Bulygin”.

Cuando leí en la prensa que se cumplían veinte años de la muerte de Arnold Bulygin pensé para mis adentros que habían transcurrido suficientes años y que ya podía decir la verdad. Lo conocí de niña, en el barrio del Once donde ambos vivíamos. Mis padres tenían un taller en el cual fabricábamos velas de Shabat, y todos los viernes, Arnold venía a buscar las velas para su familia, ocasiones en que solía charlar con mi hermano Miguel largamente. Arnold era un chico serio y anhelaba convertirse en un gran educador. Con mi hermano lo admirábamos. Un día su familia vendió su casa en el Once y desapareció. Años después nos enteramos del prestigioso colegio de señoritas que los Bulygin habían fundado en Belgrano, uno de los barrios más elegantes de Buenos Aires. Pero lo que llamó nuestra atención fue que el colegio se llamara Santa Ana. No entendíamos lo que había ocurrido. Nosotros los

judíos podíamos emigrar al fin del mundo, transformarnos de abogados en fabricantes de velas, de ucranianos en argentinos. Nada es definitivo, pero de lo que sí estábamos seguros es que siempre seguiríamos siendo judíos. Arnold Bulygin —el joven buenmozo y emprendedorse había casado con una americana de origen judío y había fundado un flamante colegio católico. Dicen que fue feliz. Así lo espero. Si hubiera fundado un colegio hebreo no se hubiese hecho rico, y jamás habría sido parte de la sociedad como lo fue él y lo son hoy sus descendientes. Mi hermano se encontró con Arnold pocos años antes de morir y le preguntó si se acordaba de sus andanzas juntos en el Once. Ambos se habían hecho viejos. Arnold lo miró confundido y le respondió que estaba equivocado, porque él nunca había vivido allí. Esta es la historia de Arnold Bulygin. Así es la verdad, surge de las profundidades a alterar la ordenada superficie de las cosas. Espero que alguno de sus descendientes, quien tal vez perdió el rastro de su origen, al leer esto entienda algún rasgo de su naturaleza, y asuntos que le son incomprensibles, por fin adquieran sentido.

Sarah Ravskosky.

Tengo la impresión de que Sarah Ravskosky me habla a mí. Yo soy un descendiente de Arnold Bulygin, hay muchos asuntos que desconozco y otros tantos que me son incomprensibles. Grabo lo que ha dicho sobre la verdad para pensar sobre eso más tarde:

Descubrimiento apéndice: La verdad surge de las profundidades a alterar la ordenada superficie de las cosas.

Sexto descubrimiento: El abuelo de mamá, mi bisabuelo, ocultó que era judío para ser aceptado por la sociedad.

—¿Qué dices? —me pregunta Miss Patricia, la bibliotecaria.

—Disculpe, es que a veces sin darme cuenta hablo solo.

—No te preocupes, a todos nos pasa.

Algo inmenso y feo se ilumina en mi cabeza. Tengo que llegar pronto a casa. El resto del día de clases pasa en blanco. No precisamente, porque lleno una página de mi cuaderno de matemáticas con la siguiente frase:

Al final no me parece extraño. Algo nuevo y poderoso me une a mamá.

Llegando a casa me encierro en mi cuarto. Al cabo de un rato encuentro lo que buscaba. Es una conversación que grabé hace un tiempo, cuando Alma y papá todavía se hablaban. Después de escucharla grabo:

Descubrimiento apéndice: Alma le contó a papá lo siguiente: cuando estuvo con el abuelo por primera vez, él le preguntó si era judía. Ella le respondió que no lo era, y el abuelo se puso muy contento.

Mis compañeros del colegio me dijeron que a los judíos les cortaban el pene cuando nacían, para marcarlos. Me dijeron también que los judíos eran egoístas y comerciantes. Como yo soy circuncidado, me llaman “quiridi”, y cuando me piden dinero en sus e-mails, no tengo más alternativa que llevárselos. Grabo:

Séptimo descubrimiento: Como a mis compañeros, yo creo que al abuelo no le gustan los judíos.

Traspaso a mi computador las grabaciones de los últimos días y acudo a B.H.M. Llamamos a un radio taxi desde su casa y él mismo habla con Yerfa. Le explica que queremos ver juntos un capítulo nuevo de Avatar en la tele y que me quedaré con él hasta tarde. Cuando el taxi aparece frente a su casa entrechocamos las manos como los chicos cool. Tengo la impresión de que él está tan contento como yo de batir su mano con alguien.



Cuando el señor Milowsky me abre la puerta de su casa, yo le pregunto:

—Señor Milowsky, ¿le gustaría que le rascara la espalda?

—Eso sería estupendo —dice con una sonrisa amable.

—También le traje un regalo. Es un caleidoscopio. Yo lo hice.

—Eso está aún mejor. Se lo muestro.

El señor Milowsky mira por el orificio y seguramente ve un halo de luz, porque los caleidoscopios que yo hago no son de verdad. También observa un buen rato los dibujos; lo da vueltas a un lado y al otro, como si se tratara de un objeto caído del espacio. Dice que le parece muy interesante y lo pone sobre una estantería junto a sus libros. En su casa hay muchos libros y fotos. Los libros no sólo llenan las repisas que cubren los muros, también están apilados en el suelo, en torres a punto de caerse. No tiene más muebles que una mesa de comedor, un sillón y una lámpara de pie encendida. Las ventanas son diminutas y la luz del exterior logra apenas entrar por ellas. Como si hubiera leído mis pensamientos, el señor Milowsky señala:

—Tengo demasiados libros, lo sé, por eso casi no hay muebles, para hacerles espacio.

—¿Los ha leído todos?

—Casi todos, me quedan unos pocos, pero la vista me falla.

También hay muchas fotos de su mujer. Ella tiene las orejas grandes y una sonrisa que dan ganas de seguir mirando. No voy a preguntarle si la quería, porque eso salta a la vista.

—Has llegado justo a tiempo —dice el señor Milowsky.

—¿A tiempo para qué?

—Son las siete con veintiún minutos, la hora de encender las velas del Shabat. Dieciocho minutos exactos antes de la puesta de sol. Las mujeres son las encargadas de hacerlo, pero en esta casa ya no quedan mujeres, y encenderlas me hace sentir cerca de Elena. Estoy seguro de que a Dios no le molesta.

El señor Milowsky prende dos velas, abre los brazos, hace tres movimientos circulares hacia adentro alrededor de las velas y dice:

בָּרוּךְ אַתָּה יְיָ אֱלֹהֵינוּ מֶלֶךְ הָעוֹלָם
אֲשֶׁר קִדְּשָׁנוּ בְּמִצְוֹתָיו וְצִוָּנוּ
לְהַדְלִיק נֵר שֶׁל שַׁבָּת׃ (אָמֵן)

—Lo que dije, es: Bendito eres Tú, Adonai, Dios nuestro, Rey del Universo, quien nos santificó con sus preceptos y nos ordenó encender las velas del sagrado Shabat. Shalom Shabat, Tomás Montes.

—Shalom Shabat, señor Milowsky —repito. Lo has hecho muy bien.

El señor Milowsky me abraza y me da un beso en la mejilla. Se me escapa un poco de pena.

—¿Te gustó?

Yo asiento con un gesto de la cabeza porque me es difícil hablar con la pena asomada a mi nariz.

—A tu madre le gustaba encender las velas de Shabat.

—¿Y qué más le gustaba?

—Según Elena, gozaba nadando en la piscina. Se sumergía hasta el fondo y nadaba de una orilla a la otra sin respirar.

—A mí también me gusta hacer eso —susurro.

A lo lejos escucho el sonido de una sirena. Imagino que llevan a una persona a punto de morir y que muy pronto le sacarán el corazón. No he prendido mi Mp3 y tampoco quiero hacerlo. Si grabara este momento

me alejaría, y lo que quiero es sumergirme en él, como lo hago cuando estoy dentro del agua.

—Señor Milowsky —me aventuro después de unos minutos.

—¿Dime?

—¿Mamá se suicidó porque era judía?

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Cómo sabes que tu mamá se suicidó?

—Se lo escuché decir a alguien.

—¿Alguien en quien confías?

—No sé.

—Entonces no estés tan seguro de lo que escuchaste.

—Sé que usted no va a decirme que mi madre se suicidó, y yo lo entiendo, porque es muy duro decirle eso a un niño de doce años. Le propongo que tan sólo me responda si a mamá le molestaba ser judía.

—Para tener doce años eres un niño muy perspicaz.

—¿Qué significa “perspicaz”?

—Listo.

—¿Entonces?

—Yo no conocí a tu madre lo suficiente. Sé que con Elena conversaban sobre la historia del pueblo judío, de nuestras costumbres y nuestros ritos. Estoy seguro de que a tu madre no le molestaba ser judía, por el contrario. Lo que sí creo es que su interés fue tardío; es decir, una vez que se convirtió en una mujer adulta.

Pienso en la familia de alacalufes que huyó del mundo al fondo del mar. Los dos callamos. Yo, porque de pronto me siento muy cansado; el señor Milowsky, no sabría decir por qué. El letrero en su frente está escrito en el idioma del Shabat. Los ruidos que vienen de afuera se introducen por las pequeñas ventanas: una radio encendida, alguien martillando, un perro que ladra. Los sonidos flotan en la sala y me acercan al señor Milowsky y a todo lo que me rodea.

—Tomás —dice el señor Milowsky. Yo levanto la cabeza para mirarlo—. Todavía no me rascas la espalda.

En el camino de regreso vuelvo a preguntarme qué pudo hacer a mamá tan infeliz como para olvidarse de contar hasta diez, y pienso que nunca

voy a saberlo a ciencia cierta porque, a mí al menos, las cosas invisibles son las que más me duelen. Cuando llego a casa grabo:

Octavo descubrimiento: El elemento de mamá y el mío es el agua.

Por primera vez, desde que inicié esta búsqueda, descubro algo que en lugar de hacerme daño me hace cosquillas en el corazón.

34.

♒

—¿Te gustaría que saliéramos por ahí a cenar? —sugiero a Juan, asomada a la puerta de su escritorio.

—Podrías haberme avisado que te vendrías temprano. Yerfa ya me sirvió un sándwich —me responde con la vista fija en la pantalla del computador.

Levanta los ojos por un segundo y vuelve a enterrarlos en la luz que se refleja en su rostro. La sala está sumergida en la penumbra sosegada del anochecer. Las sombras se expanden sobre los colores crema y marrones que dominan el ambiente.

—¿Tardarás mucho?

—Tengo que responder unos cuantos e-mails. Ya subo.

Me acerco a él, paso mi mano por su cuello y le doy un beso en la frente. Siempre he admirado su aplomo; ahora, sin embargo, quisiera desprender la materia que resguarda sus pensamientos, dejarlo expuesto y desnudo.

—Te dejo para que termines.

Después de acostar a los niños, contarles un cuento y acompañar a Lola hasta el sueño, me recuesto sobre mi cama. Juan continúa en su escritorio. Mientras lo espero, la luz de la calle se filtra entre las hojas de los árboles.

Tal vez Juan aguarda a que me duerma, ya incapaz de resistir los ineludibles apremios de nuestra intimidad. De ser así, mis tentativas de acercamiento deben provocar en él un creciente desprecio. El silencio se pega a mi cuerpo. Me cubro con la colcha y cierro los ojos. En la oscuridad, la imagen de Leo retorna con una fuerza inusitada. Me llamó a la mañana siguiente de nuestra disputa y yo no contesté. Hace cinco días de esto, y desde entonces no he sabido de él. Lo nuestro está hecho de una materia voluble. El cansancio se apodera de mí. Me sumerjo en el sueño como si alguien me jalara de los pies hacia sus profundidades.

Despierto con el ruido de la puerta.

—¿Eres tú? —No sé cuánto tiempo ha transcurrido.

—Disculpa, el asunto de los e-mails se alargó un poco. Sigue durmiendo —señala Juan mientras entra al baño.

Cuando se acuesta al otro lado de la cama lo abrazo, me monto sobre él y comienzo a moverme.

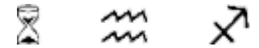
—¿Qué haces? —me pregunta con una media sonrisa.

—Nada. —Continúo moviéndome hasta sentir su erección bajo mi vientre.

Me vuelca sobre la cama y me embiste, al principio con cautela, luego con arrebato. Advierto su ansiedad, su deseo. En un destello de conciencia distingo un elemento trastrocado y perverso bajo nuestros caparazones. Algo busca Juan en mí que está más allá de mí y que no encuentra. Se echa a un lado. Se da vuelta y apaga la lamparilla. Su ser se comprime hasta no dejar ni un ápice al descubierto.

Segunda parte

EL TIEMPO, EL AGUA Y LA GUERRA



35.



Papá me prometió que antes de volver a Santiago pasaríamos por la tumba de mamá. La próxima semana es el aniversario de su muerte, y todos los años alrededor de esa fecha vamos al cementerio de Los Peumos donde está enterrada.

Alma suele inventar juegos para entretenernos en el camino, pero esta vez no ha despegado los ojos de la ventanilla. Lola, para su fortuna, se quedó dormida.

—¿Cómo está Cristóbal Waisbluth? —indaga Alma mientras saca de la guantera un pañuelo de papel para sonarse.

—Bien —dice papá, y acelera tan fuerte que los neumáticos rechinan contra el pavimento.

A papá no le gusta que preguntemos por sus pacientes. Prefiere dejarlos en la clínica, tranquilos. No entiendo por qué Alma le habla de asuntos que lo ponen de mal humor. Lola despierta y vomita sobre el regalo del abuelo. Papá detiene el auto y todos nos bajamos.

—¡Mierda! —grita papá y se pasa las dos manos por la cara.

Lola está tiesa. Alma la cambia de ropa y luego limpia el asiento trasero con el diario de hoy.



Después de probar el primer plato, Lola y mis primos más chicos salen al jardín. El estatus de Lola es siempre el mismo, el de una “niña”, y eso la exime de toda responsabilidad. Yo, en cambio, no tengo una condición definida. Soy “grandecito” o “tan sólo un niño”, dependiendo de las circunstancias. Esta vez debo quedarme sentado a la mesa junto a mis primos mayores hasta el final, y escuchar las mismas conversaciones que sostienen mis tíos y mi abuelo cada vez que se reúnen. Hablan sin pausas, sosteniendo así las compuertas por donde atacan los silencios negros. Tengo el Mp3 encendido. Mi primo Rodrigo me pega una patada por debajo de la mesa. Es el turno de las quejas en contra de la vida en un país tan provinciano como éste. Cuando llega el café inician el inventario de las ciudades del mundo que han visitado y que comparan con Santiago para sentirse, al final de esos viajes imaginarios, más

miserables de lo que eran antes de empezar. Miguel y Julia llegaron hace unos días de su luna de miel y hablan maravillas de París.

—No hay nada como el Parque Arauco —interviene tía Corina. Tiene las mejillas rojas e hinchadas como dos globos a punto de reventar. Recuerdo sus tetas flotando en medio de su piscina.

—No digas estupideces —interviene tío Rodrigo con una sonrisa que no sonríe.

—¿Es que nadie en esta familia tiene sentido del humor? —grita tía Corina.

Tío Esteban —sin dejar de masticar— mueve su cabeza de avestruz arriba y abajo. Mi primo me pega otra vez. Miro hacia la ventana. A lo lejos veo la pajarera. El pájaro más grande del abuelo es el pavo real y el más pequeño un colibrí zunzuncito o elfo de las abejas. El abuelo suele alimentar a sus pájaros por la mañana. Nadie le dice que las solapas de su chaqueta están llenas de alpiste; me recuerda el cuento del emperador. Cada vez que intento advertírselo, alguien me interrumpe. No tengo más alternativa que mirar cómo las semillitas caen poco a poco en su plato. Llega la torta y cantamos el feliz cumpleaños en inglés. Mi primo vuelve a darme una patada. Es la tercera. Esta vez levanto la vista hacia la lámpara de cristal con sus seis brazos dorados que sostienen el águila napoleónica. Según el abuelo, es la lámpara que el emperador tenía en su escritorio. Cuando mi primo me pega una vez más pienso que la única forma de evitar que siga hiriendo mis canillas es llamando la atención de los adultos.

—Abuelo —señalo. Todos vuelven la cabeza hacia mí—. Quería desearle un muy feliz cumpleaños. —Papá y el abuelo me miran complacidos. Nunca antes había hablado en la mesa—. También quería contarle que tengo una amiga llamada Sarah. Ella es judía.

—Tommy —me dice papá en un tono nada amable.

—Nació en Buenos Aires y tiene un acento maravilloso —continúo, arrastrando la “ll” al modo de los argentinos—. Su familia trabaja haciendo velas para el Shabat. ¿Sabe, abuelo, lo que es el Shabat?

—De seguro tú puedes contarnos lo que es —me pide Alma.

—No creo que sea el momento —apunta el abuelo y hace un gesto con sus dedos huesudos, como de papel.

—¿Porque se trata de los judíos? —pregunto.

Todos permanecen mudos y mis palabras quedan resonando entre las paredes del comedor. Busco aprobación en la mirada de papá, pero me encuentro con un gesto de desagrado. Si no lo conociera diría que se tragó algo muy amargo. Se soba un codo y aprieta la boca. Tía Corina

hace un puchero como si fuera a largarse a llorar. El abuelo me mira desde las alturas de la cabecera. Quisiera decirle que también mamá y yo somos judíos, pero tendría que explicarle todo desde el comienzo.

—¡Te estás pasando de la raya, muchachito. Ten mucho cuidado! ¿Oíste? —grita el abuelo.

Con un dedo me apunta la nariz, luego mira a papá mientras mueve la cabeza a un lado y a otro. Nadie habla. Siento el frío de los cuentos, cuando de repente llega el invierno. Las cortinas de la sala suenan como si una ardilla se restregara contra ellas. Tan absoluto es el silencio. El abuelo vuelve a hablar.

—Los chicos mal educados como tú no interrumpen a los mayores.

—Perdón —digo, pero no parecen oírme porque ya están hablando de otro asunto.

Cuando el abuelo se levanta, todos podemos hacer lo mismo. Antes de que papá me alcance salto de mi silla y corro al jardín. Lola y mis primos han desaparecido. Camino hacia la pajarera. Los faisanes chinos están frente a la puerta cerrada de la jaula, uno al lado del otro, erguidos y quietos. Se diría que esperan ver abrirse la puerta para salir a dar un paseo. Y es lo que hago. Abro la puerta de par en par y los dos faisanes chinos salen cautelosos con sus cuellos blancos muy tiesos. Avanzan unos pocos metros y se detienen a mirar hacia atrás, sin parpadear. El faisán dorado se acerca a la puerta, dudando, pero luego también atraviesa el umbral. Un par de pajaritos de pecho rojo salen volando. El pavo real emerge meneando su cola larga y verdosa. Un pájaro chiquito se da contra la reja, sin acertar a salir. Súbitamente, una bandada emprende el vuelo por sobre mi cabeza y en pocos segundos la jaula está vacía.

36.

♒

A través del ventanal de la sala diviso el mar y su extensión azul regada de partes más oscuras.

—Lo que pasa es que ella vive en otro mundo, no se da cuenta de nada.

Habla María Jesús, la única hermana de Juan, quien acostumbra a decir banalidades en el tono grave y decoroso de los asuntos trascendentes. Me recuerda a mi madre. Mientras conversa vuelve con frecuencia los ojos hacia el rincón de la sala donde se encuentra su novio. Por primera vez en dos años trae a alguien a casa de su familia. Jamás les he oído hablar en forma abierta de la depresión que tuvo cuando su marido la plantó por su mejor amiga. Si por casualidad alguien deja escapar un comentario, resulta siempre evasivo, y nunca logro entender si el tono es paternalista, irónico, o representa simplemente un modo de cobardía. Los ojos de María Jesús se encienden y su rostro adquiere una expresión gozosa, no muy diferente a la mía cuando miro a Leo. Levanto mi vaso de coñac y brindo para mis adentros. Son seis días sin saber de él. Su recuerdo me duele. Lo que me detiene ahora no es el miedo a perder lo que tengo, sino la convicción de que pase lo que pase, al final me encontraré con la realidad y sus miserias. Llevando al extremo las palabras de Tolstoi, podría decir que las felicidades no son tan sólo iguales, sino también imaginadas, y que los infortunios, en cambio, son únicos y reales.

—Es un tratamiento que dura dieciocho días, una amiga de la Paula bajó siete kilos. El masajista es tailandés.

—¿Te refieres a la Paula Vicuña? Tuvo unos problemas terribles con su hijo menor —interviene una de mis concuñadas, cuya conversación se centra siempre en las desgracias de sus conocidos.

Leo. Una pasión más sin otro destino que el de vivirse y consumirse a sí misma. Nada nuevo bajo el sol. Miles de páginas escritas versan sobre lo mismo: la incapacidad de concentrarse más que en el ser deseado. Imágenes que me sacuden y ante cuya fuerza, el laborioso tejido de mis pensamientos resulta inútil.

—Pagó más de cinco mil dólares, pero te juro que vale la pena. Vieras cómo quedó.

Tras un gran florero de lirios blancos, Juan sigue la conversación de sus hermanos. Hablan de Wimbledon. Sus palabras me llegan mitigadas por

la brisa marina que entra desde una ventana abierta, rítmicas sílabas sin sentido que exacerban mi impresión de irrealidad.

Suena mi móvil. Lo saco del bolsillo de mi pantalón y miro la pantalla. Es Leo. Contesto sin decir palabra. Salgo de la sala. Me encamino hacia el jardín con el móvil en mi oído.

—¿Estás ahí? —pregunta Leo.

La luz del sol cayendo en picada sobre el césped provoca un efecto enceguecedor.

—Sí, estoy aquí, en el jardín de la casa de mi suegro, a unos pocos metros del lugar donde nos encontramos —respondo al alcanzar la arboleda.

Me siento sobre la hierba a la sombra de un peumo. Todo aquí es húmedo y aromático. Del césped inmaculado y de sus piletas emana una estabilidad apremiante.

—Perdona —le oigo decir—. No debí presionarte de esa forma.

—Es que tienes razón. Todo esto es ridículo. No podemos siquiera pisar la calle juntos, porque me muero de miedo y sé que es irracional, pero no puedo evitarlo. —Hablo precipitadamente—. Y además...

—Además qué.

—No puedo con todo esto, Leo. No es lo que quiero...

—Te he echado de menos, Alma. Me gustaría verte.

—No me escuchaste.

—No me has echado de menos como yo a ti. Por eso hablas así.

Busco en su tono de voz los vestigios de ironía que en su rostro son tan evidentes.

—Tú no puedes saber eso.

—Es cierto. Entonces acepta lo que voy a proponerte.

—¿Qué estás tramando?

—Quiero que nos vayamos a un lugar donde podamos pasar unos días juntos. Puedes decir que vas a ver unas locaciones con Matías. Él me contó que estaban en eso.

—Has pensado en todo.

—¿Y qué me dices?

—No sé.

Miro hacia la pajarera y descubro que está vacía.

—La próxima semana parto a Bogotá. Ya no puedo seguir dilatando mi vuelta. Y necesito verte.

Siento un estremecimiento en la nuca, en los hombros.

—Se trata de una despedida, entonces.

—Si quieres ponerlo así. ¿Ves el mar desde ahí?

Me sorprende su capacidad de torcer el rumbo de las conversaciones. Tengo la impresión de ir en un tren a toda marcha, puedo continuar observando desde una de sus ventanillas o decir “¡ahora!” y saltar.

37.

♐

—Sí, lo veo. ¿Tiene mar el sitio donde planeas llevarme? (...)

—No, no he dicho que sí, tan sólo estoy preguntando. (...)

—Yo también quiero verte.

Alma se levanta y avanza unos pasos hacia mí. Hace rato que escucho su conversación. Estoy en cuclillas, escondido tras un árbol. Me mira sin hablar. Sé que está rebobinando sus palabras, y no necesita ir muy lejos para darse cuenta de que ha dicho demasiado.

—Tengo que cortar —dice y guarda el móvil en el bolsillo de su pantalón —. ¡No deberías oír las conversaciones de los adultos. Eso no se hace, y tú lo sabes! —me grita.

—No es mi culpa que tú no me vieras. Yo no estaba escondido. Estaba aquí.

—¿Y qué hacías aquí? —Su voz es más calmada, pero yo sé que controla sus ganas de ahorcarme.

—No hacía nada.

—¿Traes tu Mp3? —Trata de entrar en mi cabeza con su mirada. Por eso la bajo y comienzo a hacer dibujos en el pasto con el talón de mis zapatillas.

—Como siempre.

No me pregunta si grabé su conversación. Se sienta a mi lado. La miro de reojo y veo que se rasca la cabeza. Entre las ramas de los árboles se ve el mar. Los dos pretendemos mirarlo concentrados.

No sé cuánto tiempo transcurre. A mí no me importa. Mientras más rápido llegue el momento de irnos, mejor. Alma se toma el pelo y luego pasa la mano por el pasto con insistencia, como si se le hubiera perdido algo, hasta que de pronto, dice:

—Te quiero mucho, Tommy.

Sabe que sus palabras quedarán registradas para siempre en mi Mp3.

—Ajá. Papá dice lo mismo. Que me quiere mucho —afirmo con ese tono de burla que él usa a veces cuando está enojado.

—Tú eres la persona que él más quiere.

—Esa es la mentira más grande del mundo. Más grande que la montaña más alta, más grande que el telescopio más grande del mundo.

—Te refieres al telescopio ALMA. Pues estás profundamente equivocado, Tommy. Te lo juro. —Su cara está blanca.

—No necesitas jurar, igual no te creo nada —concluyo y salgo corriendo.

—¡Tommy, Tommy, no te vayas, por favor! —la oigo gritar. Mientras corro en dirección a la casa miro hacia atrás, Alma está de pie en medio de la colina. Me detengo para leer sus manos:

POR FAVOR, CRÉEME.

Saco mi Mp3 del bolsillo y grabo:

Esa mujer es otra Alma y yo no la conozco.

Corro otro trecho y vuelvo a detenerme. Mi corazón suena muy fuerte. Miro hacia arriba, hacia las copas de los árboles, y diviso a uno de los pájaros de pecho colorado del abuelo. En cualquier minuto alguien se dará cuenta que la pajarera está vacía. Mis primos juegan en la terraza. Se oye la melodía de una flauta. Las ventanas de la casa despiden rayos amarillos. Parece que se estuvieran incendiando.

38.

⌛

Por un segundo me parece ver a través de la ventana a una especie de ave muy rara que mi padre trajo de Indonesia. Me pregunto dónde estará Tommy. Se esfumó apenas nos levantamos de la mesa. Esta vez franqueó el límite de lo admisible y tendré que ser más duro. ¿De dónde habrá sacado a esa amiga judía? ¿Qué lo llevó a encarar así a su abuelo?

Es imposible que guarde relación con su origen. En la familia decidimos olvidar el asunto. Yo era incapaz de darle una educación judía, y para él hubiera sido siempre una fuente de diferencia con sus primos y con el resto de sus familiares. Un motivo de dolor que se hubiese sumado al daño que ya había padecido.

Veo a Alma caminar hacia el fondo del jardín con sus movimientos desmañados. Una mujer tan diferente —en todos los aspectos— a las esposas de mis hermanos, con sus joyas titilantes y sus risitas que nunca alcanzan a estallar por miedo a no ser propicias, y que se esfuman de golpe, al roce de una mirada.

Cuando conocí a Alma recuerdo haber pensado que no había nada en mi vida que tuviera esa originalidad, esa manera de mirar el mundo libremente. Imaginé que a su lado resurgiría el anhelo velado de vivir más cerca de un romanticismo que siempre me pareció ajeno. No estoy seguro de haberlo logrado, pero de lo que sí tengo certeza es que un buen día me encontré casado con una mujer a quien amaba, era padre de dos hijos y la vida familiar, en conjunto con mi trabajo, me absorbía otra vez por completo.

—El viejo Zañartu está reventado —afirma mi hermano Rodrigo.

—Es que se dejó engañar como un verdadero huevón; era evidente que esos tipos no pensaban pagarle —precisa Esteban.

Papá los reprende. No le parece de buen gusto que se digan garabatos ni que se hable de negocios frente a las mujeres. Baltazar, el viejo sirviente, ofrece una nueva ronda de licores.

Cuando en el camino Alma me preguntó por Cristóbal, le mentí. No podría resistir una mirada suya de compasión. Sé que aguarda el momento de señalarme que no soy infalible. Y estaría en lo cierto. No puedo soslayar la muerte ni proteger a las personas que me importan. Al ocultar la verdad sobre Cristóbal, lo que hice fue defender el refugio

que construí para mi familia. Un refugio donde la muerte y las calamidades no tienen cabida.

Un grupo de niños irrumpe en la sala. Entre ellos, con su expresión picarona, está Lola. Busco a Tommy, pero no lo encuentro.

—Abuelo, le tenemos un regalo —anuncia uno de los niños—, es una obra de teatro que preparamos para usted en la terraza.

—¡Me parece estupendo! —exclama papá.

Airoso levanta su bastón y todos salimos en fila india tras él. Una imagen que trae a mi memoria a cuatro hermanos pequeños caminando tras los pasos firmes de mi padre, expectantes y temerosos de lo que pudiera sucedernos de no seguir sus instrucciones.

El resto de los chicos nos esperan en la terraza. Han construido varios árboles de cartón, rodeando en círculo a otro más bajo, pintado de un amarillo que refulge con la luz. Cada árbol está sujeto por un niño o una niña con expresión seria. Lola, tras uno de ellos, me hace morisquetas. Un niño toca una desafinada melodía en una flauta dulce. Rodriguito sale adelante.

—Escogimos la historia de un presidente de Estados Unidos porque sabemos que al abuelo le gusta mucho ese país —declara. Saca unos papeles de su bolsillo y comienza a leer.

Varios adultos nos largamos a reír. Papá se limita a esbozar una de sus sonrisas socarronas. Miro hacia el jardín buscando a Tommy. Diviso un pavo real entre los árboles.

—El papá de George Washington era un hombre riquísimo y había traído de Japón un cerezo cuyas flores y frutos eran codiciados en todo el mundo —lee Rodriguito.

Uno de mis sobrinos, con pantalones cortos y sombrero de paja, se pasea entre los árboles de cartón junto a otro chico que lleva pintado un par de bigotes.

—Plantó su único cerezo frente a su ventana, donde pudiera mirarlo cuando floreciera.

Mientras lo escucho diviso la penumbra de la habitación de Soledad en Aguas Claras, donde mi memoria se adentra en busca de un recuerdo sólido al que asirse. Sin embargo, todo lo que encuentro me es desconocido. Sus ojos vacíos, su sonrisa vacía, sus gestos vacíos. Habíamos crecido juntos, y recién entonces me daba cuenta lo poco que la conocía. Después de su muerte, la única forma de no continuar en esa rueda que giraba con sus interrogantes fue saltar fuera. No iba a permitir que Soledad se volviera una obsesión, un remordimiento estéril. No obstante, a pesar de mis esfuerzos, los recuerdos me perseguían

hasta alcanzarme. Mucho tiempo después, Soledad continuaba apareciendo en los lugares más inusitados. La veía caminando presurosa por la calle, a través de la ventana de un restaurante, siempre ella, con su melena oscura, dejándome la sensación de algo inacabado.

—Para su cumpleaños, George Washington recibió de su padre su primera hacha. Contento, el niño salió a probarla.

El chico de pantalón corto derriba los árboles con su hacha. Los niños van cayendo uno a uno. En el instante que Alma se sienta a mi lado, Lola es abatida. Nos mira desde el suelo con una expresión desconsolada. Alma le indica algo con las manos en el lenguaje de los sordomudos y luego recoge su cabellera en un moño. Su cuerpo emana una energía intensa.

—Sin darse cuenta, George Washington derribó el adorado cerezo de su padre —continúa leyendo Rodriguito.

El árbol amarillo se viene abajo y la niña que lo sostiene se tropieza con Lola, que está en el suelo.

—¿Te acuerdas del árbol? —me pregunta Alma. La miro sin responder —. ¿No lo recuerdas? —repite, y en su rostro hay una expresión implorante.

Alma toma mi mano. Yo sé exactamente a qué se refiere. La noche en que representó un árbol en una obra de teatro y descubrió que su madre tenía un amante. Pero no quiero compartir sus recuerdos ni que ella toque los míos. Si cree que un gesto puede revertir su distancia y sus ausencias del último tiempo, está equivocada. Me sorprendo a mí mismo diciendo “no, no lo recuerdo” con absoluta frialdad. Alma retira su mano y se toma los codos, mirando hacia delante, sin pestañear.

—¿Has visto a Tommy? —le pregunto. Ella niega con la cabeza.

—Pero estabas con él hace un momento. Alma vuelve a negar y comprime los ojos.

39.

♐

—Al encontrar su cerezo roto, el padre hizo llamar a todos los peones de la hacienda para descubrir al culpable. Cuando estaban reunidos frente a él, muertos de miedo, el pequeño George dio un paso adelante y confesó haber cortado el cerezo.

Es curioso que mientras ellos ensayaban esta estúpida historia, yo estuviera haciendo una fechoría no muy diferente a la del niñito Washington. Ellos no tienen idea lo que es hacer esto. Papá y Alma están juntos, sentados adelante. Los observo desde mi escondite, tras la empalizada que protege la terraza del viento.

—El padre al principio se enojó y lo amenazó con castigarlo, pero después se dio cuenta de que George había sido valiente en confesar su falta y decidió perdonarlo. Para él, decir la verdad con valentía era lo más importante.

Sarah Ravskosky, en su carta, dijo que hagamos lo que hagamos, la verdad siempre surge. Pero el problema es que cada cual cree que la suya es la única o la más brillante, alrededor de la cual giran las otras verdades.

Cuando yo diga que abrí la jaula porque me daba pena que los pájaros del abuelo nunca hubieran volado en libertad, ellos pensarán que miento. El abuelo dirá que es culpa de papá porque no sabe controlarme, y esa será su verdad. Alma pensará que lo hice por despecho después de escucharla, y esa será su verdad. Papá pensará que hago estas cosas y digo tonterías en la mesa porque no tengo amigos, porque estoy siempre aburrido y necesito llamar la atención, y esa será su verdad.

Una bandada de pájaros en vuelo rasante cruza la terraza. Todos miran hacia arriba. Un nuevo grupo los sobrevuela y luego remonta en círculos. Son los pájaros del abuelo. Parecen desorientados. No quieren partir, no quieren la libertad que yo les di. Tal vez ellos también tienen su verdad.

El abuelo levanta su bastón-espada al aire y uno de mis primos grita: "¡Son los pájaros de la pajarera!". Al mirar hacia el parque descubro que el pavo real y los faisanes chinos tampoco han querido huir. Caminan calmos por el pasto sin avanzar mucho, como si estuvieran dentro de su jaula. Todos corren hacia la pajarera. El abuelo va delante. Tras unas matas veo a Black, uno de los perros del abuelo, con un faisán en el hocico. Al escuchar el alboroto, Black sale corriendo con el pájaro moribundo entre sus dientes. Una de mis tías grita como si fuera

a ella a quien estuvieran matando. El abuelo da órdenes en un idioma incomprensible. Salgo de mi escondite y camino hacia el lugar donde se han reunido todos, frente a la puerta abierta de la pajarera. Tía Corina lleva los zapatos en la mano. Alma es la primera en descubrirme. Me mira con los ojos muy abiertos. Cuánto me gustaría que ella fuera la otra Alma, para así tomarle la mano. El abuelo entra a la jaula vacía y exclama:

—¡Esto es una desgracia!

Papá se acerca a mí.

—Así que aquí estás. ¿Dónde te habías metido?

No le contesto porque todos miramos al interior de la jaula, donde se encuentra el abuelo.

—¡Que alguien llame a Baltazar, necesito el alpiste! —vocifera mientras se mueve a un lado y a otro.

Un grupo parte hacia la casa en busca de Baltazar, mientras el resto entra a la pajarera a acompañar al abuelo. Mi primo Jaime se desprende del grupo y avanza hacia mí. Me mira fijo y hace una mueca. Respiro con dificultad. Debió verme cuando yo abría la jaula.

¿Será capaz de levantar la voz frente a todos los adultos y delatarme? ¿Quién es más valeroso? ¿Quién salta primero? Lo miro sin decir palabra. Jaime mantiene su sonrisa. “Estás perdido, bicho insignificante”, me dicen sus ojos. Doy cinco pasos. Estoy frente al abuelo.

—Abuelo, fui yo quien abrió la jaula.

El abuelo me mira de la misma forma que observa a los desconocidos cuando le hablan.

—No digas estupideces, niño. —A veces, entre tanto primo, olvida nuestros nombres.

—Es la verdad. Yo abrí la jaula.

—¿Cómo te atreviste a hacer eso? ¿Estás loco? ¡Este niño está absolutamente loco! —grita—, ¡tan loco como su madre!

Los mayores permanecen mudos. El abuelo sigue hablando.

—Es tu culpa, Juan. Nunca le has dado una educación como la gente. Lo tratas como si fuera un imbécil, ¿y qué lograste? Esto —señala con su bastón, primero mi pecho y luego las manchas de sangre en el suelo que dejó el faisán muerto—. No tienes carácter para lidiar con lo que te ha

tocado vivir. Es una desgracia. Ahora váyanse, váyanse, se acabó la fiesta.

Papá, en vez de responderle, se queda callado. Los adultos, seguidos de los niños, empiezan a abandonar la jaula. Algunos se acercan al abuelo para despedirse, pero él, sin dejar de mirar el interior de la jaula vacía, los rechaza con un gesto de la mano. Alma intenta tomar la mía, pero yo se lo impido.

Salgo y camino rumbo al estacionamiento. El auto de papá está abierto. Entro y me hago un ovillo. Tengo el dolor en el pecho, ese que me hace pensar que alguien metió una pelota de fútbol entre mis costillas.

¿De qué sirve decir la verdad? La historia del niñito Washington es una farsa. Creo haber por fin entendido. Las personas mienten porque la verdad siempre arrasa con todo, como los huracanes de Estados Unidos. Grabo:

Noveno descubrimiento: El abuelo tiene razón, papá es un hombre débil y yo estoy loco, como mamá, por eso no puedo contar hasta diez antes de herir a los demás.



De vuelta, papá va concentrado en la carretera, sin hablarnos. De tanto en tanto carga el pie en el acelerador con más fuerza. Yo llevo mi ventanilla abierta y dejo que el viento me golpee la cara. Papá adelanta a un camión con una maniobra violenta. Alma le pide que se calme, le dice que vamos a terminar en el cementerio. Papá, sin disminuir la velocidad, le grita que no sea histérica, que nada va a ocurrirnos. Por un momento pienso decirle que mañana necesito estar vivo para mi prueba de inglés, pero luego desisto.

—Juan, por favor —le ruega Alma.

Papá continúa acelerando. Alma hace lo mismo que yo. Abre la ventanilla. En medio de sus mechones que se levantan con el viento veo su cara y me doy cuenta de que está llorando. Una vez más, papá y Alma pelean por mi culpa. Si pudiera hacer algo para que Alma no nos deje, lo haría ahora mismo. Lo que fuera. Papá es la mitad que está viva de mis seres más cercanos, y eso me impide odiarlo como quisiera. Saco del bolsillo de mi chaqueta el dibujo que hice para el abuelo y lo arrojo por la ventana.

A lo lejos el mar es azul y grande. Imagino que con sus sonidos acompaña siempre a mamá. Hay un barco en el horizonte. Me subo por una escalerilla que encuentro en la proa y huyo en él.

40.

♒

Mientras observo la explanada yerma pasar ante mis ojos. Sin soltar el volante, Leo estira un brazo por encima del asiento y toma mi hombro.

—¿Estás bien? —indaga.

Tiene un aire de satisfacción que me provoca sensaciones encontradas. Al tiempo que comparto su gozo, no puedo dejar de ver la ligereza de sus sentimientos.

—Sí, sí, estoy bien.

Me saco las zapatillas. En el asiento trasero de mi camioneta descansan el bolso de su computador y al menos una decena de libros.

—Te preparaste como si fuéramos a pasar un mes en la playa —observo.

Leo arruga la nariz y lanza una carcajada que me contagia.

—Serán las ganas que tengo de quedarme contigo —dice.

Conforme dejamos la ciudad tórrida y avanzamos hacia la costa, la luz se vuelve gris, con unas salpicaduras amarillas de sol. Un avión ligero zumba en las alturas y me hace pensar en Juan. Leo echa a andar un CD. La cadencia del jazz inunda el interior de la camioneta.

En un par de días todo habrá desaparecido: Leo, el sentimiento que provoca en mí, nuestra pasión, la cabaña que nos aguarda a orillas del mar. Después de su partida recuperaré la cordura y podré centrar mis energías en rescatar lo que me pertenece. Procuro que estos pensamientos se impongan sobre los otros. Esos que me indican que cuando Leo esté de vuelta en Bogotá, lo que sentiré será un inmenso vacío. Por instantes lo logro, sobre todo cuando recuerdo momentos felices pasados junto a Juan, cuando veo a Lola y a Tommy, e imagino asuntos tan concretos como nuestras próximas vacaciones —que ya hemos programado— en una playa del Caribe. Leo percibe mis pensamientos; lo advierto en la forma que se muerde los labios y el suspiro que le sigue.

—Lo pasaremos increíble. Ya verás. El lugar es precioso, lo encontré por casualidad hace un par de años, cuando acompañé a unos amigos a comprarse una casa —comenta.

Me observa con esos ojos que más parecen mirar hacia dentro de sí mismos que hacia fuera. Me detengo en su constitución armoniosa, sus grandes manos, sus extremidades no demasiado gruesas pero fuertes, su nariz torcida, su frente amplia y lisa. Pongo mi mano sobre su muslo desnudo, la deslizo hacia el interior de su pantalón corto y luego retrocedo. El contacto de su piel me excita y anima. No voy a resistirme al encantamiento de su presencia. Tampoco voy a indagar en la naturaleza de sus sentimientos hacia mí. Las respuestas a esas preguntas jamás resultan satisfactorias. Sin embargo, es la trampa que necesito. La que precisan todos los seres humanos cuando consideran la posibilidad de abandonar su vida. Alguna mínima o voluble certeza. Es, además, la pregunta que a un hombre como Leo, lacónico, desvergonzado, gracioso, ligeramente perverso y escéptico en abundancia, no tiene sentido formular.

—¿Cuál es la pregunta que jamás debe hacérsele a un amante? —le interrogo.

—A ver, a ver, algo así como ¿a qué estás dispuesto por mí? —se aventura.

—¡Exacto!

—¿Quieres hacérmela? —Una ranura se ha abierto hacia su interior, a través de la cual diviso a un Leo dubitativo y temeroso.

—¿Y tú a mí?

—Yo no. —Recobra su expresión habitual, irónica e impenetrable.

—Yo tampoco —afirmo de inmediato.

Leo reduce la velocidad de la camioneta. Unos metros más adelante la detiene a la orilla del camino y abre la puerta. No sé qué pretende.

—Bájate —me ordena.

Obedezco. Estamos frente a frente, él tiene ambas manos sobre mis hombros. Una corriente afilada que dejan los automóviles al pasar a toda velocidad se nos cuela entre las ropas. Mi pelo se levanta por sobre nuestros rostros, se nos interpone, pero en el fondo de sus pupilas alcanzo a ver los minúsculos caracoles clavados en mí. Me estrecha. Esto no es una promesa, me digo, es tan sólo un ser que se infiltra en el sueño de otro.

—Quiero que vivamos juntos —me susurra al oído. Sus palabras de momento me sorprenden, luego me conmueven. Es lo que quería, lo que he estado esperando: un gesto que me atraiga hacia su orilla.

—Repite lo que me acabas de decir.

—Quiero que vivamos juntos, mirarte hacer tus cosas, compartir mi vida contigo.

—¿Dónde? —pregunto, no sé muy bien por qué, tal vez para deslizarme al mundo real, para darle consistencia a una vida que me parece inimaginable.

—No sé. Donde tú quieras. Aquí, en Bogotá, en París, en Barcelona, me da igual —dice, alzando los hombros.

—Cuando reñimos el otro día pensé que ya no te vería más.

—Yo tuve la misma impresión.

—¿Y entonces?

—Estos diez días sin verte se me hicieron insoportables, Alma. —Me mira como se hace con las personas que creemos conocer a fondo.

—¿No tienes miedo que a la vuelta de la esquina nos encontremos con que todo esto es una horrible equivocación?

—No. Sé que no lo es. Tiene una mirada serena.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te amo.

—Esas palabras en tu léxico no existen —alego con firmeza.

—Por fortuna, por más esfuerzos que hagamos, ni la vulgaridad ni la malicia pueden aniquilarla del todo. Y te prometo que expresan con bastante exactitud lo que siento por ti.

—¿Y tu libertad?

—No tengo por qué perderla —apunta con su sonrisa desvergonzada.

Me desprendo de él.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Claro que bromeo. Con respecto a esto. Pero con respecto a todo lo demás estoy siendo absolutamente serio.

Me toma de los brazos. Me asalta un ligero vértigo. Percibo su emoción y a la vez la incomodidad que le produce un instante como éste, no concebido para la ironía.

—¿Me escuchaste? —indaga.

—Sí, te escuché.

—¿Y entonces?

Sonriendo, lo abrazo y escondo el rostro en su hombro. Sopla el viento pero no siento frío.

—Se suponía que nos despedíamos —murmuro.

41.



Alma partió hace dos días. Le dijo a papá que iría a trabajar, pero yo sé que está en una playa con el hombre que la trajo en taxi. Lola se queda donde Maná, y papá casi no ha parado en casa. Desde el cumpleaños del abuelo que no hablamos. Sigue enfadado, y con razón. De los cuarenta y cinco pájaros de la jaula, sólo han vuelto veinte.

Apenas llego del colegio me encierro en mi cuarto. Yerfa cree que estoy enfermo y me trae la comida a la pieza. No tengo hambre. Como lo imprescindible y boto el resto por el retrete. Cuando escucho a Yerfa descender las escaleras escondo la cabeza bajo el plumón de mi cama y voy al encuentro de Kájef. Surcamos las aguas revueltas en su canoa, y en medio del océano nos detenemos. En la oscuridad, el cielo tiene un resplandor extraño, como si un foco gigante lo alumbrara. Kájef se levanta y extiende los brazos. Me sonríe. Se ve grande, fuerte, y si no fuera mi amigo pensaría que se trata de un dios. “Tú también puedes hacerlo”, me dice. Me pongo de pie junto a él y con los brazos abiertos planeo; contengo la respiración, pero no siento miedo. El viento me toca y murmura en mi oído. De pronto la canoa se remece, me aferro a sus cantos, pero nuestra embarcación se vuelca y ambos caemos. Kájef desaparece bajo el mar. Yo floto. Tengo la impresión de haber vivido esto con anterioridad. ¿Pero cuándo? ¿CUÁNDO? Me hago un ovillo y el recuerdo se vuelve más denso, escucho un estruendo y luego una voz que me habla. Trato de tomarla con mis manos para que no se vaya, aprieto los puños, pero no lo logro, el hilo de mi memoria se rompe, el recuerdo se hunde en el agua sombría del fondo del mar, junto a Kájef. Me asalta una sensación de pánico, los dientes me castañetean, quiero gritar, pero sé que es inútil. Empujo el plumón y salto de la cama. Anochece.



Papá toca mi puerta cuando llega de la clínica. Me regaña porque estoy encerrado con llave. Antes de abrirle enciendo el Mp3 y lo escondo tras un libro. Nos sentamos sobre mi cama, él con las piernas abiertas y los codos en las rodillas, yo a su lado con las rodillas muy juntas y las manos sobre ellas. Ambos miramos hacia la ventana. Él calla y yo espero. Se ve cansado. De repente habla:

—Mira, Tommy, yo sé que es difícil no poder hacer lo mismo que los demás niños, es difícil ser diferente. Y tal vez no debería decirte esto, pero creo que ya estás grande y es bueno que lo sepas. Para mí tampoco

ha sido fácil. ¿Y sabes por qué? Porque te quiero mucho y todo lo que te ocurre me toca como si me estuviera pasando a mí. ¿Me entiendes?

Yo afirmo con un gesto de la cabeza.

—Entonces, cuando tú haces una estupidez, como soltar los pájaros de tu abuelo, me afecta doblemente, porque me siento responsable. Antes de hacer una idiotez como ésa piensa en tu padre, piensa en el daño que me haces, y así se te van a quitar las ganas. ¿Crees que puedes hacerlo?

Yo asiento otra vez y cambio de posición porque las piernas empiezan a dolerme de tanto estar una junto a la otra.

—Yerfa me contó que sigues con eso de tu amiguito imaginario. Te lo he dicho mil veces, Tommy, no es bueno para ti. Está bien imaginar, pero no que las cosas que imaginas sean más importantes que la realidad. Yo sé que es entretenido crear tus propios juegos, tener tu mundo, pero es en la realidad donde te alimentas, donde te relacionas con los demás... ¿Te imaginas lo que pasaría si todos viviéramos siempre en un mundo imaginario?

Estoy seguro de que a papá no le gustaría saber que por un buen tiempo seguí a mis compañeros como una sombra. No me importaba que ellos no me hablaran, porque yo tampoco hubiera sabido qué decirles. Hasta que comenzaron los mensajes. En el primero me confesaron que yo les daba pena, y que esa era la única razón por la cual me permitían seguirlos. Dejé de intentarlo. No los necesitaba.

Papá no levanta la voz. Habla con calma, modulando cada sílaba. Sabe controlarse. También yo he aprendido a hacerlo. A papá le avergüenza que yo sea como soy, le avergüenza mi cuerpo, que no juegue al fútbol, que tenga miedo de los espacios cerrados, que haga cosas que a él le parecen estúpidas. Y como cree que soy una parte suya, trata de controlar esa parte como lo hace consigo mismo. Pero lo que quiere es imposible, porque él no es yo. Si pudiera entenderlo no habría dicho lo que me dijo, porque lo que yo hago es parte de mí, y eso no lo puedo cambiar. Y no es que vaya de filósofo, como dijo Míster Berley, simplemente es así. “Eso” va conmigo a todas partes, y para sacarlo de mí tendría que expulsar a mi ser de mí mismo. Antes de irse me revuelve la cabeza y dice:

—¿Estamos de acuerdo, campeón?

—Estamos.

Nunca le he confesado que odio esa palabra, “campeón”. ¿Campeón de qué? Es como si le hablara a otro niño, como si no me viera.



Tengo que dormirme. Pero el recuerdo del cuerpo de Kájef desapareciendo en el mar vuelve una y otra vez. Saco de La Caja De Reletodo la foto de mamá. Su cara está dividida en dos: por un lado, la herida, y en el otro, una luz. Debe ser el reflejo del papel que sostiene en la mano. Pareciera que en su rostro están las cosas buenas y las malas al mismo tiempo. Al mirarla con detención descubro algo que no había visto antes. Lo que mamá tiene en las manos es el dibujo de un niño. Y ese dibujo sólo pudo ser hecho por mí. ¡Ahora lo veo tan claro! En el rincón de su rostro iluminado estoy yo. Mi corazón empieza a latir desacompasado. Cierro los ojos. La imagen de mamá —hasta ahora extraña— se abre paso por los pasadizos que tengo dentro, hasta alcanzar un territorio escondido, donde están los recuerdos verdaderos. El espacio es tibio y no tiene imágenes. No necesito pruebas. Es el abrazo de mamá. Me sumerjo en ella, como en mi piscina. Su calor me envuelve y me transporta.

Afuera la noche está inmóvil. Aspiro una gran bocanada de aire y trato de acompasar mi corazón. Vuelvo a mirar el resplandor en el rostro de mamá y escucho un murmullo recorrerme el cuerpo. De pronto todo se ordena en mi cabeza. Grabo:

Décimo descubrimiento: Mamá sabía que “eso” era lo que hacía que yo fuera quien soy, y era “eso” lo que ella amaba de mí. No había nadie en el mundo que mamá quisiera tanto como a mí, no hay nadie en el mundo que me quiera como me quiso ella y no hay nada en el universo que yo ame más que a mi mamá.

Vuelvo a recostarme. Me sujeto firme a mi almohada y me hundo en el sueño. Bajo despacio en un ascensor al fondo del mar. El silencio es absoluto, pero no tengo miedo. Casi al amanecer, antes de que Yerfa toque mi puerta para despertarme, traspaso las últimas grabaciones a mi computador y luego preparo mi mochila. Debo llevar ropa para cambiarme. Y dinero. En los últimos meses he reunido suficiente. También una chaqueta y un gorro de lana para cubrirme las orejas. Guardo mi Mp3, el cortaplumas Swiss Army que me regaló papá para mi cumpleaños y la foto de mamá.

42.

♒

Me despierto temprano y me arrimo al cuerpo de Leo. Su torso desnudo es más delgado que el de Juan. Así, con el rostro sepultado bajo las sábanas, me recuerda a un chico a medio camino de hacerse hombre. Ayer por la tarde, después de recibir a Leo con un entusiasmo exagerado, la casera le preguntó por una mujer llamada Inés. Un gesto de Leo —que yo no vi— debió disuadirla de seguir indagando. No había considerado la posibilidad de no ser la primera mujer que Leo trajera a esta cabaña, y saberlo a ciencia cierta me produjo una punzada en el pecho. Por eso, apenas entramos, le pedí que cambiáramos de lugar la cama, la mesa, el sillón, e incluso el espejo ovalado. La emoción poderosa que me había dejado su propuesta se transformó en rabia, y muy pronto en desencanto. ¿Cómo era posible que momentos antes hubiese considerado la posibilidad de vivir con un hombre que nunca se ha comprometido con nadie más que consigo mismo, y que además se vanagloria de ello? Lo que entendí —segundos más tarde— es que ni Leo ni yo hemos llegado al fondo de esto, que nuestras emociones son precarias, al punto de que la pregunta de una desconocida puede lanzarme a una espiral de conjeturas destructivas. Cuando terminamos de acomodar los muebles, nos echamos sobre la cama e hicimos el amor.

En la nueva distribución, la cama quedó al lado de la puerta, y el aire que se filtra por una hendidura me hiela la nariz. Me levanto con sigilo para no despertar a Leo. Me pongo un suéter sobre el pijama y me calzo las zapatillas. Prometí a Lola llamarla antes de que partiera al colegio. Está en casa de mi madre. Aunque gozan estando juntas, no suelo dejarla con ella. Su falta de sentido común a veces alcanza límites preocupantes. Sin embargo, esta vez fui incapaz de dejar a Juan a cargo de ambos niños. O acaso fue un acto más rotundo, una forma de empezar a separar las aguas.

Afuera hace frío. Frente a la cabaña se extiende el mar color plata, cubierto en el fondo por la bruma. Sobre la playa desierta, un cartel blanco con letras rojas señala:

PLAYA NO APTA PARA EL BAÑO.

El viento es penetrante. Entro en mi camioneta y marco el número de Maná. Es Lola quien atiende, debió estar esperando junto al teléfono.

—Mamá, ¿dónde estás?

—En una playa fría, fría.

—Maná dice que pasará a buscarme al colegio y que iremos a una granja donde hay animales.

Leo se asoma en el umbral de la puerta con una frazada sobre los hombros. Mira hacia la playa, buscándome. Se toma los codos y da saltitos. Toco el vidrio para que me vea.

—Me parece estupendo, pero no te olvides de las tareas —indico a Lola.

Siento ternura al mirar a Leo, indefenso ante el frío y acaso ante la idea de que he entrado en una crisis de remordimiento. Camina unos pasos hacia la playa. Aun así, con la manta sobre los hombros, me gusta su manera de andar, la pausa indolente y a la vez recia que hay entre cada uno de sus pasos.

—Siempre tan aburrida, mamá, ¿no puedes relajarte un poco?

—Es que soy mamá, Lola, y eso no se pasa nunca. Te quiero, amor, y pórtate bien.

—Sí, mamá —asiente Lola y se larga a reír, porque ambas sabemos que ese “sí, mamá” tan solícito significa exactamente lo contrario.

Leo vuelve la cabeza y me ve. Me hace gestos con la mano para que vaya a su encuentro. De un salto estoy fuera de la camioneta. Su sonrisa matutina me embelesa. Lo abrazo y le propongo que entremos a tomar el delicioso desayuno que pienso prepararle.

43.

♐

A través de la ventanilla del bus veo pasar montes, pastos, casuchas de madera, árboles secos, árboles frondosos, letreros anunciando paraísos, signos de tránsito, dos niños en bicicleta, seis vacas, un perro, postes y postes. Empiezo a contarlos, pero pasan muy rápido y me mareo. Miro el cielo y pienso que es una larguísima cinta gris. Pero como no hay nada que contar en el cielo, empiezo a sentir miedo y me dan ganas de estar de vuelta en casa. Entonces recuerdo por qué estoy aquí.

Inclino mi respaldo y escucho en mi Mp3 la ópera rock Tommy que me regaló Alma. Al sonido de los primeros acordes me siento mejor. Cruzamos un pueblo dormido. Pienso en las personas que están dentro de sus casas, y a quienes nunca conoceré. Canto despacio:

—See me. Feel me. Touch me. Heal me.

No me fue difícil llegar a la estación. Cuando el bus escolar me dejó frente a las puertas del colegio, esperé que desapareciera, di media vuelta y caminé hasta el paradero que está frente a la plaza. Hace un par de días vi detenerse allí un bus con rumbo al terminal. Llegando a la estación, lo primero que hice fue entrar a un baño, sacarme el uniforme, guardarlo en mi mochila y ponerme un par de jeans. Así nadie se dará cuenta de que me he escapado del colegio.

Pero ahora, al alcanzar Los Peumos, me encuentro perdido. Es un lugar del pueblo que no conozco. Intuyo que estoy en Los Altos, donde vive la familia de Baltazar. Algunos pasajeros salen rápido, otros se quedan frente al bus esperando sus equipajes y saludando a las personas que han venido a encontrarlos. Un grupo de niños abraza a una mujer de pelo blanco y larga capa gris. Su cara está llena de arrugas que se pliegan con su sonrisa, como un acordeón. Las voces de los niños resuenan en el pavimento. Permanezco de pie, sin moverme, con la mochila en el suelo. Los pasajeros se van alejando uno a uno con las cabezas escondidas en sus abrigos, como tortugas. La mujer con sonrisa de acordeón sigue frente al bus. De repente me mira y sonríe. Sus arrugas ríen con ella. Su mirada es tan profunda y tan repentina que me da vergüenza. Ladea la cara y levanta las cejas. Pareciera decirme: ¿y, vienes? Me cuelgo la mochila al hombro y echo a andar calle abajo. Hacia el mar.

44.

♒

Leo escribe en su computador. En los apacibles golpes de sus teclas me parece escuchar las pisadas de sus pensamientos. Observo sus libros y papeles —amontonados sobre la única mesa de la cabaña— y me dejo llevar por la ilusión de permanencia que producen. Yo también traje mis lecturas, los cuentos de Alice Munro, a cuyas letras me arrimo. Una leve llovizna no alcanza a ocultar la línea de luz del horizonte. El viento, con sus dedos, hace vibrar la ventana. Observo las gotas que caen, relucientes al fulgor huidizo del sol. Leo levanta la vista, nos sostenemos la mirada. Intuyo que nuestros pensamientos convergen, la avidez en sus ojos lo corrobora. Sonreímos y vuelvo a mi lectura. El aire de la cabaña es cálido y levemente salado. Me gusta dilatar el deseo, sabiendo que un solo gesto es suficiente para provocar un encuentro. Me gusta mirar a Leo desde la distancia justa para extender mi mano y tocarlo. Con igual simpleza puedo deshacer mi mundo. Una sola palabra es suficiente, y todo habrá acabado. Ahora entiendo por qué dejé a Lola en casa de mi madre.

Pienso en Pauline —la heroína de un cuento de Alice Munro— cuando de improviso recibe una llamada de su joven y atribulado amante desde un motel cercano al lugar donde ella pasa las vacaciones junto a su familia. Es conmovedor y poderoso que mientras hable con él sostenga a su hija pequeña en los brazos, en tanto la otra, un poco más grande, revolotee en torno al teléfono, bramando por un chocolate. La misma historia contada de mil formas.

Aun así, una parte de mi ser cree que lo mío es único, particular, mientras la otra me recuerda que la pasión tiene justamente esa engañosa peculiaridad: hacer sentir a quien la experimenta alguien excepcional.

Un pájaro se golpea contra el vidrio de nuestra ventana. Ambos nos sobresaltamos, lo vemos reincorporarse y volar.

Sin ser consciente, cuando dejé a Lola con Maná rompí el lazo que me ataba a la casa donde construí una vida junto a Juan. Nuestra vida. Cierro los ojos e imagino que, como Pauline unas horas después de la llamada de su amante, ya nada de lo que contiene esa casa y ese mundo me pertenece, que lo único que tengo es este deseo que siento, y para mi sorpresa, no me dan ganas de gritar. Por el contrario, una inmensa paz se apodera de mí, como si por fin hubiese llegado la tregua al campo de batalla. He brincado del tren, y las magulladuras son mínimas en relación al salto que he dado. La proximidad de Leo aminora el daño. Me lleva incluso a creer que mi vida en el futuro —cerca o lejos de él— será, en su conjunto, diferente y mejor. Leo despertó en mí el anhelo, y

ya no hay vuelta atrás, la añoranza de esta apetencia recuperada haría la vida junto a Juan insoportable. No es tan sólo su distancia. En mi afán por alejarme del caos de mi madre puse todos mis esfuerzos en hacer de nuestro lazo una institución. Y sin darme cuenta fui matando la naturaleza imprevisible del amor que nos unía.

El calor de la estufa a leña mitiga el miedo. Leo vuelve a mirarme. Mi expresión debe alarmarlo. Se levanta y acaricia mi rostro. Permanezco inmóvil. La pasión tiene la habilidad de convertir lo que sea en un motivo poderoso y concluyente para dejar el mundo por ella. Ensayo una sonrisa y me digo: “Si Leo está a mi lado, todo irá bien”.

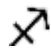
—¿Quieres hablar?

Niego con la cabeza. No puedo explicarle el ir y venir de mis pensamientos sin al menos esbozar una respuesta a su proposición.

—No te preocupes, sé que esto es mucho más difícil para ti que para mí. Yo no tengo nada que dejar... —dice, sonriendo apaciblemente—. Además, es hora de tomarnos un té bien caliente. No vinimos a pasarlo mal, ¿no es cierto? —Toma mi barbilla y me obliga a mirarlo.

Coge la tetera que hemos dejado sobre la estufa a leña y prepara dos tazas de té. El primer sorbo me entibia la garganta. En el interior de la cabaña las sombras se extienden como gasas oscuras. Permanecemos en silencio. Ambos sabemos que a veces las palabras apagan ese calor frágil y a la vez profundo que enciende a las personas.

45.



Después de dar muchas vueltas he llegado a la colina frente al mar donde se encuentra el cementerio. El viento silba con fuerza y en el cielo las nubes se reúnen. Las primeras tumbas están cercadas por rejas blancas. Tienen flores secas y remolinos de viento. Son las tumbas de los niños. Camino por los senderos rodeados de sepulturas, cuando de pronto, a lo lejos, distingo el árbol de mamá. Apuro el paso. De todas las tumbas de la familia, la de mamá es la que está más cerca de la huella que desciende hacia el mar. Cuando la veo, mi corazón comienza a latir con fuerza, como si alguien me golpeara el pecho desde dentro. LO HE LOGRADO.

—Feliz aniversario, mamá —la saludo en voz alta.

Me acomodo en la jardinera de piedra que bordea su sepultura y miro hacia arriba a través del tupido ramaje del árbol. Recojo el florero azul del rincón donde está tirado, lo lavo en un grifo y lo lleno de agua. Como no traje flores, recorro las tumbas sacando una flor por aquí y otra por allá, de manera que mi robo pase inadvertido.

Escucho voces que provienen de algún lugar del cementerio. Una mujer gorda, de pantalones rosados, camina con rapidez hacia mí por uno de los senderos. Un chico con expresión aburrida la sigue a un par de metros. Me arrimo contra una lápida de piedra blanca para que no me descubran. No sé por qué me escondo. No soy más que un niño que visita la tumba de su madre. Al pensar esto salgo de mi escondite y continúo mi camino con la cabeza en alto.

Dejo las flores sobre la superficie lisa de la tumba de mamá y las voy introduciendo una a una en el jarrón azul. Cuando termino saco de mi mochila su fotografía y la apoyo contra el florero, de cara al mar. La niebla no permite ver el horizonte, sólo el agitado brillo de las olas golpeando las rocas.

Es hora de echarle mano al botín que conseguí esta mañana en la cocina. Del refrigerador saqué una leche chocolatada y un yogur; de la despensa, una bolsa de cereales y otra de papas fritas. Decido comerme las papas fritas y el yogur. El viento se vuelve más frío. Me pongo el gorro de lana y la chaqueta.

Cuando ya estoy satisfecho me tiendo sobre la hierba, a un costado de la tumba. El mar imita el color plomizo del cielo y se mueve como la piel de un animal inquieto. Mamá, desde su fotografía, me mira.

—No sé si te has dado cuenta, pero llegué solo hasta aquí. Yo creo que en el viaje crecí unos centímetros, siento que estoy más alto. Quería pedirte unas cuantas cosas, pero esta vez son más grandes que las de costumbre. Por favor, no dejes partir a Alma con ese hombre, también cuida a Lola, aunque ella siempre me molesta, y haz que B.H.M. sea el amigo que estaba esperando.

Las olas se revuelcan y cubren las rocas con su espuma. En un momento me parece ver una gran ballena blanca. Así transcurre el tiempo, lentamente. Poco a poco entro en un mundo sin fondo, donde no hay papas fritas, ni yogures, ni señoras gordas de pantalones rosados, ni cabrones que mandan mensajes, ni huracanes que destruyen ciudades, ni personas que se arrojan al mar desesperadas. Donde no existe la muerte. Una bandada de pájaros traza líneas en el cielo y luego se aleja mar adentro hasta hacerse invisible. Me pregunto por qué dibujan esas formas. Tal vez son mensajes secretos para los sabios. Me gustaría mucho algún día ser un sabio. Tomo mi mochila y me la echo al hombro. Sujeto la foto de mamá con una piedra contra la lápida y me aseguro de que sus ojos miren hacia el mar.

Desciendo el sendero empinado y pedregoso que lleva hasta las rocas. A mi paso, los guijarros se desprenden. Si no soy cuidadoso podría caer rodando. Por eso bajo muy pero muy lento, mirando con atención donde pongo el pie en cada uno de mis pasos. Respiro con fuerza y una bocanada de aire purísimo entra en mis pulmones. Cuando me detengo observo los pájaros que cruzan el cielo con sus mensajes. Aguzo el oído a sus graznidos penetrantes y lejanos. Escucho gritos de niños. En lo alto del barranco, no muy lejos del sitio donde se encuentra mamá, diviso a la mujer con cara de acordeón. Los niños corren a su alrededor. Levanta la mano. No alcanzo a ver su sonrisa, pero sé que está ahí, con sus cientos de arrugas también sonriendo para mí. Me gustaría que mamá, de estar viva, fuera como ella. Sigo bajando con los ojos clavados en el sendero. Cuando llego a la rompiente estoy exhausto. La mujer y los niños han desaparecido. Me subo a una roca y descanso. El mar se agita, las olas se hacen más altas, más vigorosas. Me saco la mochila y avanzo unos metros por un peñasco negro y liso que se levanta sobre el agua, como una gran terraza colgante. Me quedo mirando el cielo, hasta que el sol empieza a descender entre los jirones de nubes oscuras. Levanto los brazos como me enseñó Kájef y cierro los ojos. Veo la sonrisa de la mujer, veo el costado luminoso del rostro de mamá, me veo a mí, grande y sonriente en sus ojos brillantes, veo una barcaza en medio del mar, veo lo que no ha de volver, veo cientos de pájaros levantando el vuelo, veo el impacto, los hierros retorcidos sobre mi cabeza, el rostro ensangrentado de mamá, escucho su grito, veo mi corazón latir débilmente entre mis costillas, veo a Kájef en el fondo del mar, su cuerpo agitándose, como el de un pez. Todo esto se encuentra en mi interior, todo esto soy yo.

46.

⌛

Es Yerfa al teléfono. El bus que trae de vuelta a Tommy del colegio debió llegar hace una hora.

—Llamé al chofer a su móvil y me dijo que Tommy no estaba en la puerta cuando los niños salieron de clases —añade Yerfa.

—¿Pero cómo es posible, si esta mañana se fue en ese bus?

—Lo mismito le dije yo. Pero él me dijo que lo esperó un buen rato y que después tuvo que irse nomás.

Llamo al colegio. Me dan con inspectoría. Después de un momento, el inspector me informa que ha revisado el libro de clases y que Tommy figura ausente. Alego que es imposible. Tommy partió esta mañana al colegio, como todos los días.

—Su profesora ya se fue, pero trataré de ubicarla para averiguar más detalles —me explica.

Vuelvo a hablar con Yerfa y le pido que busque la lista de teléfonos de sus compañeros de curso. Tommy debió ir a casa de uno de ellos —tal vez a hacer un trabajo— y olvidó avisarnos.

En tanto atiendo a un paciente. Cuando termino llamo al colegio. El inspector me ha dejado un número de celular con el guardia. Le hablo. Me indica que conversó con la profesora y que efectivamente Tommy no asistió hoy a clases.

—¿Me está diciendo que se les perdió en el camino de la casa al colegio? Porque, que se fue esta mañana en el bus escolar, "su" bus —recalco con sorna—, se lo puedo asegurar. Esto es muy grave. ¿Se da cuenta? Muy grave.

—Me doy cuenta. Me comunicaré de inmediato con el director. Mientras tanto, le sugiero que llame a la profesora. Ella podrá darle más información sobre Tommy. Nunca se sabe, tal vez hizo la cimarra...

—Me cuesta imaginar eso de Tommy —afirmo con ganas de gritarle un par de garabatos.

Guardo la calma, es inútil escarmentar al inspector. Me da el número de teléfono de la profesora. Son las siete de la tarde. Si Tommy no llegó esta mañana al colegio, hace once horas que está desaparecido. Es

mucho tiempo para un niño de doce años. Llamo a Maná. Lola se queda estos días en su casa. Le pregunto si ha sabido de Tommy.

—Después de hablar contigo ayer en la noche, Lola lo llamó por teléfono y conversaron unos momentos.

—¿No te comentó algo?

—No, la verdad es que ni siquiera le pregunté. ¿Por qué?

—No, por nada.

—¿Estás seguro?

—Claro, no te preocupes —miento, para no alarmarla—. Ahora tengo que cortarte. Me espera un paciente. Dale un beso a Lola y dile que mañana la llamo sin falta.

Marco el número de Alma. No contesta. Empiezo a sentir una inquietud que apenas puedo soportar. Llamo a mi primo Pedro Ortúzar a su móvil. No somos amigos cercanos, pero él conoce bien al ministro del Interior. Una alerta suya, y la maquinaria de búsqueda se pondrá en marcha. Responde el contestador automático. Le pido que me llame con urgencia. Al pronunciar la palabra “urgencia” experimento una premura asfixiante.

Le digo a Carola, mi secretaria, que llame a todos los hospitales y postas de Santiago. Espero y procuro pensar. Al cabo de un rato, Carola me informa que llamó a todas partes y que no hay rastro de Tommy. Me anuncia que aún le faltan algunos servicios médicos de la periferia. Llamo a la oficina de Pedro en el Parlamento. Su secretaria me indica que está en sesión. Le pido que, por favor, intente sacarlo de la sala, que se trata de un asunto grave. Espero con los codos apoyados sobre mi escritorio. Escucho las voces que provienen del pasillo. Todo lo que ocurre al otro lado de la puerta me parece insignificante. Suena mi teléfono, es Pedro. Le explico. Pedro se alarma, tiene un hijo de la misma edad que Tommy.

—Voy a llamar de inmediato al general de Carabineros. Creo que es lo mejor.

—Gracias, Pedro.

Me advierte que un teniente irá a mi casa para reunir más antecedentes.

—Descuida. Te llamo de vuelta apenas sepa algo. Quédate tranquilo, lo encontraremos, ya verás...

Intento decir algo, pero se me hace un nudo en la garganta y no puedo articular palabra. Ya verás... ya verás... Su voz permanece resonando en mi interior. Antes de partir le pido a Carola que no comente lo sucedido

con personas de la clínica. Lo más probable es que se trate de una equivocación. Al expresar esto añoro que así sea.

Camino a casa marco otra vez el número de Alma. No responde. Quizás el lugar donde se encuentra no tiene buena señal. Si Tommy no asistió a clases por voluntad propia, como sugirió el inspector, debió tener una razón, ¿pero cuál? Tal vez ha tenido problemas con sus amigos, ¿pero quiénes son sus amigos?, ¿acaso conozco algún amigo suyo? Debe tenerlos, yo no estoy al tanto, eso es todo.

Es el final del día, cuando las sombras de la última hora de la tarde se transmutan en noche. No puedo evitar sobresaltarme. ¿Dónde está mi hijo? ¿Y si alguien lo raptó por dinero? Estaciono el auto en la calle en caso de que precise salir. Observo el jardín. Su visión me calma. Los setos, entre manchones de flores, marcan un sendero que converge en la puerta principal. Tommy debe estar en alguna parte en la cual aún no he pensado.

Yerfa me aguarda en la puerta. Tiene los ojos enrojecidos. Nos sentamos a la mesa de la cocina. Le pregunto si notó alguna actitud inusual en Tommy. Me cuenta que ha estado inapetente y decaído, que hace un par de semanas salió en bicicleta y llegó cuando había oscurecido. Ella no lo advirtió porque Tommy le dijo que estaría en casa del vecino. Me guardo de preguntarle por qué no me lo había contado antes. No es el minuto de regañar a Yerfa.

—¿Y le contó adónde había ido? —Hablo con voz pausada.

Es improbable que Tommy llegara muy lejos. Las veces que hemos salido juntos en bicicleta, su capacidad vascular se ve afectada muy pronto.

—No quiso decirme.

Me encierro en mi escritorio. El silencio hace la ausencia de Tommy dolorosamente real. Llamo a Cristián, el niño que vive en la casa vecina. Le pregunto si ha visto a Tommy, si le comentó algo en particular. Me responde que hace días no sabe de él. Yerfa toca mi puerta.

—Son los carabineros, don Juan —me anuncia con voz de alarma, como si fuéramos un par de delincuentes a quienes vienen a aprehender. Le pido que los haga pasar.

Dos hombres con sus gorras de servicio en la mano entran en la habitación. Uno de ellos, a todas luces de más alto rango, me extiende la mano y se presenta como el teniente Sergio Ríos. Es un hombre moreno, de piernas arqueadas y nariz aguileña. Ostenta un aire altivo. El otro, en cambio, tiene la cintura ancha y blanda y la mirada compasiva de un padre de familia. Los invito a sentarse. El teniente pregunta, yo contesto, el subalterno anota. Tras sus modales secos y precisos puedo intuir el mundo de donde proviene. Un mundo de riñas, bravuconerías y

amenazas físicas. De tanto en tanto, el subalterno levanta la vista de su libreta, y sin abandonar su posición de escucha, pareciera disculparse por la falta de cortesía de su superior.

—Vamos a necesitar una foto del niño —me solicita el teniente—. También será necesario ver su pieza.

Ha hablado todo el tiempo de "el niño". En el pasillo me detengo frente a uno de los dibujos de Tommy: El laberinto del Minotauro. Tommy ha hecho decenas de dibujos representando la historia de Teseo, pero éste es el que Alma más aprecia, porque llamó al hilo de Ariadna "El hilo que saca el amor".

—Lo hizo mi hijo —les enseño, sabiendo que les importa un carajo lo que les estoy mostrando.

El teniente carraspea y proseguimos nuestro camino. Entramos al cuarto de Tommy. Enciendo la luz. Los hombres se pasean en los cinco metros cuadrados, observando. La presencia de estos dos extraños en el cuarto de mi hijo me produce una insoslayable sensación de desgracia. Abren su clóset, husmean en sus cajones, en sus cuadernos, toman sus juguetes con una mezcla de desdén y falsa curiosidad.

—¿Echa en falta algo? —indaga el subalterno. Miro a mi alrededor.

—Nada.

Quiere saber cómo iba vestido.

—Con el uniforme escolar. La última vez que lo vimos, esta mañana, iba al colegio.

—Necesito una descripción detallada del uniforme.

—Puedo darle una foto suya que tomamos este año en un acto del colegio.

Antes de descender las escaleras paso por mi pieza y saco una foto de Tommy que tengo sobre mi velador. Al momento de irse, el teniente Ríos especifica:

—Esto viene de arriba. Con esta foto todas nuestras unidades se pondrán en alerta para buscar a su hijo. Buenas noches.

El subalterno se despide de mí con un apretón de manos y una sonrisa derrotada. Ninguno de los dos hombres me formula una palabra de aliento. Seguramente la experiencia les ha enseñado a evitarlas.

Llamo otra vez a mi primo Pedro. Le digo que los carabineros ya han estado aquí.

—Mira, hombre, tú quédate tranquilo, ¿me oíste? Seguro que aparece en cualquier minuto. De todas maneras, están averiguando en los hospitales y postas si ha habido un accidente. Por si acaso. El mayor con quien hablé me dijo que está sucediendo con frecuencia. Los chicos se van por ahí porque tienen algún problema, pero vuelven rapidito. Es una forma de llamar la atención.

Le doy las gracias y corto. Me hubiera gustado hablar con él por más tiempo. Su voz me da confianza, también la ilusión de que no estoy solo en esto. Llamo a Alma, oigo sonar su teléfono en mi oído. Cuánto me gustaría que ella estuviera aquí.

Debería avisar a mi padre o a alguno de mis hermanos, pero, aparte de darse vueltas como yo, es poco lo que ellos pueden hacer para ayudarme. Además, no sabría qué decirles. ¿Que Tommy se escapó? ¿Adónde podría ir si nunca ha salido solo fuera de casa? ¿Que un psicópata lo raptó y que está en un sótano donde si no lo encontramos va a pasar los próximos veinte años de su vida? Me levanto de mi escritorio respirando aceleradamente. Afuera, la brisa hace crujir las frondosas ramas del roble. Me vuelvo a sentar y miro la lista que me ha dado Yerfa. Son las ocho cuarenta y cinco. Todavía puedo hablar con alguno de sus compañeros. Antes llamo a su profesora. Le pregunto si Tommy ha tenido algún problema en el colegio.

—Bueno, aparte de sus inasistencias, lo he visto bien, normal, siempre un poco retraído, usted sabe, pero no más que de costumbre.

—¿Inasistencias? —sondeo.

—En el último tiempo ha faltado bastante. Eso sí, que siempre ha traído un justificativo firmado por su madre.

Quizá Tommy ha estado resfriado, suele estarlo, y Alma no ha querido preocuparme. Es usual que yo salga antes que Tommy. Quiero saber si frecuenta a algún amigo en particular. Me dice que no tiene amigos. Sus palabras no me sorprenden, pero aun así me entristecen. Me ruega que la mantenga al tanto.

Yerfa me espera en el pasillo. Le pregunto por las ausencias de Tommy. Me dice que hace meses no falta al colegio. Le cuento lo que me informó su profesora. Yerfa insiste que Tommy ha asistido con regularidad a clases. Advierto su nerviosismo, el temor ancestral a ser acusada. Sé que dice la verdad.

—Trate de dormir, Yerfa. Ya veremos mañana.

Subo las escaleras mientras llamo a Alma. Vuelvo a intentarlo, una y otra vez. Marcar su número me acerca a ella.

Apago las luces. Mis pasos resuenan en el pasillo donde suelen revolotear Lola y Tommy. Cuando cierro la puerta de mi pieza, el silencio se deja caer, implacable. Un silencio que absorbe todo lo que me rodea, todo lo que yo imaginé inmutable.

Son las nueve y media de la noche. Me siento en el borde de la cama. Sobre mi velador el teléfono se cubre de un velo de mutismo, como si intuyera la ansiedad que me produce el solo hecho de mirarlo en la penumbra. Esta inmovilidad me mata. Si alguien hubiese raptado a Tommy, y quisiera una recompensa, ya se habría puesto en contacto conmigo. Enciendo la televisión con el control remoto. Veo las noticias del día. No resisto las voces ni el mundo que irrumpe por la pantalla. Bajo el volumen a cero. En la superficie fría de vidrio, las imágenes se mueven calladas. Un hombre ciego recorre las calles de la ciudad junto a un perro policial. Hago esfuerzos por pensar en algún asunto concreto, pero mi cerebro no funciona bien. Me levanto y me asomo a la ventana. En mi jardín, cuidadosamente iluminado por las paisajistas, explota la primavera. Lo odio, odio su calculada exuberancia y la ilusión de felicidad que provoca.



No duermo, respiro con dificultad, me agito a un lado y a otro de la cama. Las imágenes se suceden en mi cabeza sin orden, me laceran el cerebro, me sacuden. Seco mis manos sudorosas, luego la frente. Tengo la impresión de estar sumergido en un pozo de alquitrán.

Recuerdo cuando por enésima vez encontré a Tommy escondido, grabando nuestras conversaciones. Le grité un par de garabatos, lo tomé de una oreja y lo encerré en su cuarto. Lo oí llorar al otro lado de la puerta, pero resistí la tentación de consolarlo. Al día siguiente, con más calma, entré a su pieza. Echado sobre la cama, Tommy hacía volar el avión rojo sobre su cabeza. Desde fuera, con un alborozo estival, llegaban voces de niños jugando en el jardín vecino. Hubiera querido que Tommy estuviese ahí, con ellos, e imaginé que él deseaba lo mismo. Le pregunté por qué grababa las conversaciones ajenas. Me miró con desconfianza sin responderme. Esperé su respuesta. Después de un rato me dijo que lo hacía para encontrar el orden invisible de las cosas.

—No sólo grabo lo que dicen los demás —señaló—, también grabo mi propia voz, ideas y esas cosas. Cuando las digo en voz alta las hago existir.

Sus palabras me impresionaron. Sin embargo, no cedí. Debía impedir que Tommy continuara inmiscuyéndose en las conversaciones de los adultos. Celebrar su lucidez era darle mi beneplácito. Mientras recurría una vez más a mi discurso sobre el valor de la privacidad, no tuve el coraje de mirarlo a los ojos. Seguí hablando con dureza mientras me paseaba con las manos cruzadas tras la espalda. Pensé más tarde que

habría podido ser más conciliador. Por eso, en nuestra conversación de ayer hice esfuerzos por ser honesto. Le expresé el dolor que me provoca su comportamiento. Me mostré vulnerable. Creí que estábamos de acuerdo, que habíamos alcanzado un grado más de intimidad, que mostrarle mis sentimientos tendría más poder de convicción sobre él que los argumentos éticos e intelectuales. Tal vez cometí un error, ¿pero cuál?

Si Alma estuviera aquí, ella me ayudaría a entender. Alma. Hace tiempo que no la necesitaba de esta forma. Tengo la impresión de haber hecho un viaje junto a ella, pero sin ella. En cada lugar donde estuvimos nos fuimos dejando más solos, más abandonados. Esta larga noche se burla de mis esfuerzos por fingir que todo anda bien, que Alma no se aleja, que Tommy no huyó de casa, que somos una familia feliz. Tratas de dominar el dolor y terminas hiriendo a alguien más, porque nada es estático, porque la famosa Virtud es una gran mentira, en cuyo nombre nos volvemos intransigentes e inhumanos. Entonces, le pido a Soledad, dondequiera que esté, que lo ayude a volver.



Despierto confundido, sudado. Noto un vacío, como si un ladrón hubiera entrado en mi cuerpo y me hubiese robado algo esencial. En mi oído suena un teléfono inexistente. Mi ropa está mojada, mis músculos agarrotados; tengo la impresión de haber dormido dentro de un agujero. Por un momento siento alivio de estar en mi cama, pero al segundo el recuerdo de Tommy me asalta. Me levanto de golpe y camino hacia su pieza. En mi estado de embobamiento imagino que lo encontraré dormido. Me recuesto en su cama.

Desde la distancia veo a un individuo tumbado, con las manos cubriendo su rostro, mientras un tubérculo se hincha dentro de su estómago. Es evidente que pude hacer las cosas de otro modo. Todos podemos. Pero no se trata de una cuestión de culpa, sino de supervivencia. Me hundía junto a Soledad. Y la única forma que encontré de evitarlo fue ocultándome en mi madriguera. Es ahí donde he estado todos estos años; como los sobrevivientes de las guerras que, ignorando el arribo de la paz, permanecen escondidos en sus refugios subterráneos. Dejé que pasaran el tiempo, Alma y la vida. Recuerdo la mano de Alma tomando la mía en la obra de teatro de los niños. Me estaba dando la oportunidad de salir de mi escondrijo, de protestar por sus continuas ausencias, de expresarle la falta que me hace; en suma, de retenerla a mi lado.

Contemplo el orden obsesivo de Tommy, sus juguetes alineados en las repisas, sus aviones, sus soldados galácticos, las motos en miniatura, los lápices dispuestos sobre la mesa, su computador. Tommy suele pasar horas frente a él. Lo enciendo. La pantalla se ilumina, pero necesito una contraseña para continuar. Intento con su nombre, con su fecha de

nacimiento, trato de recordar el nombre de su amigo imaginario, Kofa, Kafa, pruebo otras alternativas, pero es inútil. No logro entrar.

Suena el teléfono. Corro a mi habitación a responderlo, en el camino resbalo y me golpeo un codo. Es mi primo Pedro. Me pregunta si he sabido de Tommy. Su voz denota preocupación. Me dice que habló con el general de Carabineros y que no hay señales de él. Al menos no está muerto, pienso.

—¿Dormiste? —Su inflexión se hace más suave e íntima.

—Un poco.

—Juan, ¿llamaste a tu padre?

—¿Cómo sabes que no lo he hecho?

—Me lo imaginaba. Lo más probable es que Tommy esté en algún lugar sano y salvo, pero de todas maneras la familia debe enterarse.

—Tienes razón.

Segundos después de haber colgado suena mi móvil. Veo el nombre de Alma en la pantalla. Oigo su voz:

—¡Juan! Tengo veintidós llamadas tuyas. Dejé ayer el teléfono en el auto y no me di cuenta hasta ahora. ¿Pasa algo? —Escucho su entonación a un tiempo sedosa y aniñada.

—Sí. —Me resulta difícil hablarle ahora que por fin la escucho tan cerca. Mi piel está vuelta hacia fuera, con sus terminaciones nerviosas expuestas.

—¿Qué pasó? —me exhorta impaciente.

Su timbre acude desde lejos corriendo hacia mí. Sin darme cuenta cierro los ojos y absorbo el calor que me provoca.

—Háblame, me estás asustando.

—Tommy desapareció.

Tengo la impresión de no ser yo quien dice estas palabras que han retumbado en mis oídos persistentemente las últimas horas.

—¿Pero cómo puede haber desaparecido? —me interroga casi gritando.

Le explico paso a paso lo sucedido, desde que Yerfa me llamó a la clínica. A pesar de mis esfuerzos por guardar la calma, mi tono de voz es desesperado. De tanto en tanto, ella me interrumpe y me pregunta

por algún detalle. Por instantes calla, pareciera no estar ahí, imagino que cubre el teléfono para que no la oiga llorar. Poco a poco la presión que oprime mi pecho empieza a ceder. Al nombrar los últimos acontecimientos para Alma, éstos se hacen más reales y a la vez menos perentorios. Sé que para ella la desaparición de Tommy es tan violenta como para mí, que nadie más siente lo que ambos sentimos por él. Y esta certeza me une a ella como nunca antes.

—Parto ahora mismo. Tardaré un par de horas.

—Te espero —digo con la voz quebrada.

Siento alivio. Como si alguien me hubiera tenido agarrado del cuello y de pronto lo hubiese soltado.

Segundos después de colgar vuelvo a llamarla. Le pregunto por las inasistencias de Tommy. Cualquier información puede sernos valiosa.

—Yo no he firmado ningún justificativo en al menos cinco meses, Juan.

—Entonces, él las falsificó.

—No se me ocurre otra posibilidad.

—Esto cambia la situación —afirmo.

—Espérame, ya juntos veremos...

—Alma, sé que el último tiempo he hecho mal las cosas...

—No digas eso ahora. Por lo demás, es un asunto de los dos.

—Tenemos tanto que hablar.

—Nos vemos en un rato.

—Te quiero. —Alma, sin alcanzar a oír mis últimas palabras, cuelga. Me prometo repetírselas cuando la estreche en mis brazos.

47.

♒

En la cama, cubierto hasta la nariz por las coberturas, Leo se despereza. Lo miro desde el umbral de la puerta con el móvil en la mano.

—¿Qué haces ahí? —Pestañea con fuerza para lograr abrir los ojos.

—Tommy desapareció. Al parecer huyó de casa. Tengo que irme, Leo.

—¿Qué dices?

—Tengo que irme —repito, volteando el rostro para evitar su mirada inquisitiva. Un miedo funesto se ha instalado en mi estómago.

—¿Pero cómo es esto, no eran ustedes una familia feliz? —apunta con esa mezcla de jactancia y burla que le he oído decenas de veces, pero que jamás había dirigido hacía mí.

El amante solícito me ataca con sus dardos. Una arista de la cual no sé cómo protegerme. Me doy vuelta y saco mi bolso del armario.

—Disculpa —le oigo decir a mis espaldas—, a veces no sé lo que digo. —Se levanta, me rodea los hombros con los brazos y me atrae hacia él—. Es que me hubiera gustado que nos quedáramos hasta tarde en la cama —aclara y me da un beso—. ¿Cuándo ocurrió?

—Ayer. No llegó del colegio. Juan me ha estado llamando desde anoche. Dejé el móvil en la camioneta ayer en la mañana, cuando hablaba con Lola. No sé cómo, jamás se me olvida. Cuando desperté fue lo primero que pensé, que no tenía mi móvil. Y ahí estaban sus llamadas. Pobre Juan.

Al decir esto me doy cuenta de que a lo largo de las últimas semanas había olvidado la posibilidad de que él pudiera conmoverme.

—Tengo que irme ahora —digo, al tiempo que me salgo de su abrazo.

Comienzo a vestirme. Leo se pone sus jeans, una camiseta, y se sienta sobre la cama. Me observa. Entro al baño y dejo la puerta entreabierta. Mientras me lavo los dientes lo miro por el espejo. Tiene los codos sobre las piernas, la mirada fija en la única ventana de la cabaña. Al detenerme en su rostro capto una huella de zozobra en la curva de sus labios.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No sé. Como tú quieras.

—No. Como tú quieras. Me asomo a la puerta.

—De verdad no sé —recalco, y creo ser honesta.

Una parte de mí desea que Leo ni siquiera se plantee esta disyuntiva, que siga a mi lado con una voluntad férrea, a prueba de todo, incluso contra mi propio parecer, que su necesidad de estar conmigo sea más fuerte que cualquier acontecimiento, mientras que la otra quiere viajar de vuelta los ciento cincuenta kilómetros pensando en Tommy, recordándolo, mascullando a solas la culpa que sé me cabe en este asunto.

—Llegando a tu casa no creo que pueda serte muy útil. A menos que quieras que yo conduzca y así vas más tranquila —propone, alzando la vista hacia mí.

Sus ojos me atraviesan.

—No es necesario, Leo, y tienes razón. Una vez allá no hay nada que puedas hacer. No tiene sentido que arruines estos días.

Leo aparta la mirada y se frota el mentón. Desde el primer día en la carretera que no mencionamos su propuesta. Supongo que ha estado aguardando a que yo me pronuncie. Imaginé que hoy hablaríamos.

—Puedes escribir —agrego.

—Ciertamente.

Lo veo echarse sobre la cama. Su camiseta gris se recorta contra las sábanas. Todo a mi alrededor parece vaciarse.

Cuando estoy pronta a partir, Leo coge mi bolso. Lo tomo del brazo y caminamos juntos hacia la camioneta, como dos amigos. Es una mañana despejada. Unas pocas nubes pasan lentamente sobre nuestras cabezas. La brisa es tan mansa y el ambiente tan sereno que mis tribulaciones parecen ser de otro mundo. Leo me abraza. Advierto su contención. Pienso en Tommy y un estremecimiento me sacude.

48.

⌛

Después de ducharme y tomar desayuno me encierro en mi escritorio. Llamo a la clínica y le pido a Carola que anule las consultas de hoy. Marco el número de papá. Le cuento lo que sucede. Aún está furioso por lo de sus pájaros, pero tras su voz parca se asoma la conmoción. Me pregunta por detalles de la búsqueda en los que yo no he reparado. Dará aviso a mis hermanos, me dice. Cuando corto se desploma otra vez el silencio. Voy a un lado y a otro. Espero. El tiempo pasa sobre mí con el poder destructivo de un tanque. Llaman mis hermanos, uno por uno, sobrecogidos.

Regreso a la habitación de Tommy. Me siento sobre su cama, en el mismo lugar donde hace dos noches sostuvimos nuestra charla. ¿Qué pasó entretanto? Tengo miedo y sé que no puedo hacer nada por remediarlo. Recuerdo las veces que entré a su cuarto y lo encontré con la vista fija en esta misma ventana.

Enciendo una vez más su computador. Vuelvo a girar en torno a su nombre, nuestros apellidos, digito fechas importantes, alguno de sus juegos, pienso en sus dibujos, escribo: Minotauro, luego, Teseo, Ariadna, hilo, Alma, Soledad. He dado con la contraseña. Estoy adentro. Cómo no se me ocurrió antes. Abro su carpeta de documentos. Encuentro uno que se llama Caja De Letras de Tommy. Es un cuadrado compuesto de frases. Al leerlas descubro que es una seguidilla de insultos. ¡Dios mío! Por la forma en que están escritos parecen ser mensajes enviados a través del e-mail, lo más probable que de alguno de sus compañeros. ¿Cuánto tiempo lleva Tommy soportándolo? Ésta debe ser la razón por la cual se fugó. Sigo indagando. Descubro una carpeta que lleva el rótulo Mp3. Dentro hay varios archivos, pero encuentro uno que llama mi atención: DIEZ DESCUBRIMIENTOS SOBRE MAMÁ. Lo abro. Escucho mi propia voz:

—Carmen, qué gusto me da verte.

—Son muchos años sin vernos.

—¿Cinco, seis?

—Por lo menos.

Es el matrimonio de Miguel. Hay una pausa. Seguramente Tommy ha editado la grabación.

—En todo caso, por suerte, Juan se volvió a casar; la enfermedad de Soledad fue tan triste y tan fulminante.

—¿Enfermedad? Es increíble la cantidad de mentiras que nos tragamos.

—¿De qué mentira hablas?

—Ay, Dios mío, no debí mencionarlo. Lo siento. No me pregunten más, por favor.

—Ahora no puedes dejarnos así.

—Soledad no murió de una enfermedad. Se suicidó.

—¿Pero no había muerto de un aneurisma cerebral?

—Eso es lo que se dijo para no armar un escándalo, pero

Soledad se suicidó, te lo puedo dar firmado.

—Es uno de los secretos mejor guardados de la familia

Montes.

Todo empieza a aclararse y a oscurecerse al mismo tiempo. Cierro los ojos. No puedo creer que Tommy haya vivido con esta angustia las últimas semanas. Sacudo la cabeza bruscamente y respiro hondo varias veces. En la mudez de su cuarto, lo que más deseo es estrechar a mi hijo. La grabación continúa.

—Cómo has cambiado, Alma, estás muy linda, de veras. Es la voz de un hombre que no me suena familiar.

—Él es Tommy, mi hijo.

—Hola, Tommy, yo soy Leo, un antiguo amigo de tu madre.

“El secreto mejor guardado”, digo para mis adentros con sarcasmo.

Habla Tommy:

—Yo creo que cuando papá se queda mirando hacia ningún lado y parece no escuchar a nadie, está pensando en mamá.

Presiono mis párpados con los dedos. Me siento mareado. En tanto, Tommy continúa hablando:

—Uno, ahorcarse. Dos, comer veneno para ratones. Tres, pegarse un tiro en la cabeza, en la boca o en el corazón. Cuatro, dejar que un auto te atropelle.

Fue así como Soledad se quitó la vida. Recuerdo su cráneo abierto por el impacto, sus puños cerrados. Me levanto y camino agitado para espantar esta imagen. La noche anterior le prometí pasar a buscarla por la tarde y traerla a casa. Cenaríamos juntos “como en los viejos tiempos” y luego la llevaría de vuelta a Aguas Claras. Lo habíamos intentado varias veces, pero minutos antes de salir, Soledad había desistido. Su incapacidad para recuperarse, su falta de entereza, su debilidad, me producían compasión, pero también me exasperaban. Decirle una vez más a Tommy que mamá seguía enferma en el hospital, que le enviaba todo su amor, que ya vendría a casa; las mismas frases, la misma expresión desilusionada en su rostro infantil. Lo olvidé. Olvidé que Soledad me esperaba. Salió por la puerta principal con su bolso al hombro. Cruzó la calle en el instante preciso en que un camión pasaba a toda velocidad. No hubo nadie, entre los múltiples testigos, que no confirmara que Soledad se arrojó deliberadamente bajo sus ruedas. Un par de días después, el doctor me confesó que en la terapia de esa misma mañana, Soledad, de forma velada, se lo había anunciado. Que yo no acudiera a la cita que habíamos concertado no tenía relación con lo que había hecho. Quise creer sus palabras. El conocimiento de esa minúscula verdad no me alivió en absoluto. Después de eso intenté surcar el dolor como quien cruza un paraje infernal. Traté de formarme, hacerme más fuerte, esperando aprender del viaje. Fue la única manera que encontré de darle un sentido a su muerte.

Han transcurrido nueve años, y lo que sea que aprendí, ahora me es inútil. ¿Dónde está la fortaleza que creí construir a lo largo del tiempo? Me encuentro tan desvalido como entonces. Quizá del dolor no se aprende, tan sólo se atraviesa, una y otra vez, en soledad. ¡Yo debería haber estado ahí para el de Tommy! Siento una urgencia incontenible, ganas de salir corriendo, de romper algo, de gritar... Escucho su voz pausada y un poco afónica; pronuncia cada palabra con cautela:

—Cinco, meterse al fondo de la piscina y respirar hasta que los pulmones se llenen de agua. Seis, arrojarse de un edificio o de un árbol muy alto. Siete, taparse las narices y la boca hasta ahogarse. Ocho, dejar de comer y de tomar agua. Nueve, cortarse las venas de las muñecas. Diez, dormirse en la nieve. Once, meter la cabeza al horno con el gas andando.

Tommy continúa. Su voz, tan vívida, hace su ausencia aún más dolorosa.

Segundo descubrimiento: El abuelo de mamá fue el fundador de un colegio para señoritas en Buenos Aires de nombre Santa Ana.

No sé cómo llegó a esto, pero así es.

—Descubrimiento apéndice: Con los amigos se comparten mentiras.

Tampoco sé dónde halló su descubrimiento apéndice, pero también ha dado con una verdad.

—Yo no sé lo que veía tu madre en mí. Ella era muchísimo más inteligente que yo. Me pasaba a buscar en su auto y salíamos por ahí. No a los lugares que iban las otras mujeres como nosotras. Íbamos al barrio universitario, en Macul, porque ella estudió historia del arte. Soledad era muy culta. Nos sentábamos en un boliche que se llamaba Las Terrazas y tomábamos café y fumábamos, y tomábamos más café y fumábamos más. Eso era todo. Pero nos hacía tan felices.

Es la voz de Corina. Puedo verlas saliendo gallardas de la casa.

—Los muy cabrones...

—¿Quiénes, tía?

Yo sé quiénes son los cabrones. Todos nosotros. Todos quienes vivimos acomodados bajo nuestras corazas de civilidad y decencia, rodeados de falsedades que nos protegen del mal.

—Tercer descubrimiento: Como el fresno, mamá tenía un dragón en sus raíces, y por más que luchó para vencerlo, el dragón terminó por ganarle la batalla.

Cuarto descubrimiento: Según dice el señor Milowsky, mamá era judía y yo también.

¿Pero quién es ese señor Milowsky? ¿Dónde ha estado Tommy todo este tiempo mientras yo lo hacía en su cuarto, aislado de todo?

—Quinto descubrimiento: Mamá murió en la calle, frente a Aguas Claras.

En los segundos que tardo en ver esta horrible imagen en la cabecita de Tommy, durante esos escasos segundos, siento orgullo por lo lejos que ha llegado.

—Descubrimiento apéndice: La verdad surge de las profundidades a alterar la ordenada superficie de las cosas.

Dios mío. Tengo miedo de sus descubrimientos, de su lucidez, de las ideas que han cruzado su mente, de sus sentimientos profundos y complejos que yo nunca he visto.

—Sexto descubrimiento: El abuelo de mamá, mi bisabuelo, ocultó que era judío para ser aceptado por la sociedad.

—Descubrimiento apéndice: Alma le contó a papá lo siguiente: cuando estuvo con el abuelo por primera vez, él le preguntó si era judía. Alma le respondió que no lo era, y el abuelo le dijo que eso estaba muy bien.

Tal vez era la ocasión de sacar la verdad de las honduras donde se encontraba.

—Séptimo descubrimiento: Como a mis compañeros, yo creo que al abuelo no le gustan los judíos.

—Octavo descubrimiento: El elemento de mamá y el mío es el agua.

—Abuelo, quería desearle un muy feliz cumpleaños. También quería contarle que tengo una amiga que se llama Sarah. Ella es judía. Nació en Buenos Aires y tiene un acento maravilloso. Su familia trabaja haciendo velas para el Shabat. ¿Sabe, abuelo, lo que es el Shabat?

—De seguro tú puedes contarnos lo que es.

—No creo que sea el momento.

—¿Porque se trata de los judíos?

—¡Te estás pasando de la raya, muchachito. Ten mucho cuidado! ¿Oíste?

—Sí, estoy aquí, en el jardín de la casa de mi suegro, a unos pocos metros
del lugar donde nos encontramos... —Ahora es Alma quien habla—. Es que tienes razón. Todo esto es ridículo. No podemos siquiera pisar la calle juntos, porque me muero de miedo y sé que es irracional, pero no puedo evitarlo... Y además... No puedo con todo esto, Leo. No es lo que quiero... No me escuchaste... Tú no puedes saber eso... ¿Qué estás tramando?... Has pensado en todo... No sé... Se trata de una despedida, entonces... Sí, lo veo. ¿Tiene mar el sitio donde planeas llevarme?... No, no he dicho que sí, tan sólo estoy preguntando... Yo también quiero verte... Tengo que cortar... ¡No deberías oír las conversaciones de los adultos. Eso no se hace, y tú lo sabes!

—No es mi culpa que tú no me vieras. Yo no estaba escondido. Estaba aquí.

—¿Y qué hacías aquí?

—No hacía nada.

—Te quiero mucho, Tommy.

—Esa mujer es otra Alma y yo no la conozco.

Yo tampoco conozco a esa mujer. Los ojos me escuecen. De repente, todo cuanto me rodea —el escritorio de Tommy, sus aviones, el jardín, el ruido fresco de los regadores encendidos, y aun yo mismo— me resulta confuso e insensato.

—Abuelo, fui yo quien abrió la jaula.

—No digas estupideces, niño.

—Es la verdad. Yo abrí la jaula.

—¿Cómo te atreviste a hacer eso? ¿Estás loco? ¡Este niño está absolutamente loco, tan loco como su madre! Es tu culpa, Juan. Nunca le has dado una educación como la gente. Lo tratas como si fuera un imbécil, ¿y qué lograste? Esto. No tienes carácter para lidiar con lo que te ha tocado vivir. Es una desgracia. Ahora váyanse, váyanse, se acabó la fiesta.

—Noveno descubrimiento: El abuelo tiene razón, papá es un hombre débil y yo estoy loco, como mamá, por eso no puedo contar hasta diez antes de herir a los demás.

Claro que tiene razón. Soy un hombre débil, incapaz de evitar que su hijo sienta lo que siente, un hombre que carece del valor para oponerse a su padre, e impedir que el mundo que ha construido con tanto esmero se hunda.

—Yerfa me contó que sigues con eso de tu amiguito imaginario. Te lo he dicho mil veces, Tommy, no es bueno para ti. Está bien imaginar, pero no que las cosas que imaginas sean más importantes que la realidad. Yo sé que es entretenido crear tus propios juegos, tener tu mundo, pero es en la realidad donde te alimentas, donde te relacionas con los demás... ¿Te imaginas lo que pasaría si viviéramos siempre en un mundo imaginario?

¡¿De qué realidad le estoy hablando?! La suya, de pronto, se ha vuelto inmensamente más real que la mía.

—Décimo descubrimiento: Mamá sabía que “eso” era lo que hacía que yo fuera quien soy, y era “eso” lo que ella amaba de mí. No había nadie en el mundo que mamá quisiera tanto como a mí, no hay nadie en el mundo que me quiera como me quiso ella y no hay nada en el universo que yo ame más que a mi mamá.

—Yo también amo eso de ti, Tommy —digo en voz alta—. Y no hay nadie en el mundo a quien ame tanto como a ti. Créeme. Ojalá pudieras escucharme.

49.

♒

Avanzo con ambas manos asidas al volante sin despegar los ojos de la carretera. Pienso en Tommy, en sus juegos callados, su caminar despatarrado, sus preguntas, en las veintidós llamadas perdidas de Juan.

He llegado a la ciudad. El cielo es de un gris uniforme. Ingreso a la autopista y me interno bajo tierra. Son las once y cinco. ¿Dónde pasó Tommy la noche? ¿Y si ha tenido un accidente? Un dolor casi insostenible me asalta. Tommy debió notar mi alejamiento, mi actitud ensimismada. No sé cuánto alcanzó a oír de la conversación con Leo, pero, dada la conducta que tuvo esa tarde, es evidente que entendió lo que sucedía. Trato de recordar los momentos que he pasado con él los últimos días, evocar sus expresiones, sus palabras.

Si lo tuviera al frente me levantaría de un salto, lo estrecharía entre mis brazos y le diría que estuvimos pavorosamente cerca de perdernos, pero que pase lo que pase entre su padre y yo, todavía nos tenemos, aún podemos editar sus grabaciones, aprender el alfabeto a dos manos, compartir más secretos. Le diría que lo quiero y que mi amor es muchísimo más grande que el radiotelescopio que lleva mi nombre. Pero Tommy está lejos, no puedo decirle todo esto, y lo siento tanto.

La autopista queda al descubierto. Miro hacia el cielo, las gaviotas siguen el trazo del río en dirección a la montaña que aparece tras la bruma. Estaba decidida a salir reptando de mi vieja piel como una serpiente, y si ahora dudo es porque intuyo que después de atravesar las piedras cortantes para desprenderme de ella, mi piel seguirá cubierta de llagas y heridas. Escucho una bocina. Sumida en mis pensamientos me quedé estacionada frente a un semáforo. Acelero.

Aunque no me resulta difícil imaginar una vida junto a Leo, un elemento nuevo se asoma a mi conciencia: la impresión de estar huyendo de algo con lo cual muy pronto podría encontrarme otra vez. Quizá las crisis guardan relación con los asuntos que van mal por mucho tiempo y que ocultamos o relegamos para no hacerles frente. He querido escapar, y eso no tiene nada de malo, pero quién sabe, tal vez para dejar atrás todo esto tendría que torcerle la mano a mis fantasmas, a la distancia, al silencio.

Es extraño que hasta tan sólo unas horas atrás, esto fuera invisible. Los pensamientos, como el deseo, pueden llevarte a cualquier sitio. Pero también, como en la pasión, me encuentro presente, enlazada a lo que soy y a lo que abarco. Imagino a Tommy, a Juan, a Lola. Veo sus rostros,

prodigiosamente reales en sus detalles, y las cajas vacías comienzan a llenarse de una emoción poderosa y viva.

Presiono el acelerador. Pronto estoy frente a mi casa. Abro la puerta. Tengo la impresión de haber salido de aquí hace un siglo, tantos son los vuelcos de los últimos días, de las últimas horas. Bajo la luz ambarina del vestíbulo no se oye ruido alguno.

Como si rebobinara una película, vuelvo hacia atrás en el tiempo, en busca de los sentimientos que me unieron a Juan, y descubro que están ahí, magullados pero aún vivos. Aparece con claridad la primera imagen que guardo de él, el hombre templado y de tono sereno que salvó a Edith. A pesar de sus gestos apagados, Juan transmitía una fuerza y una seguridad que inundaba el espacio y nos apaciguaba. Lo recuerdo mirando mi panza de dos meses, la forma que adquirió su abrazo, considerando y acogiendo a ese ser que se interponía entre nosotros.

Camino hacia su escritorio. En los jarrones, las flores están mustias y su aroma rancio se desliza por el pasillo. Abro la puerta. Juan, sentado en su silla giratoria frente a la ventana, tiene el teléfono en el oído. Al oírme entrar se vuelve hacia mí. Quiero abrazarlo, pero el desprecio retratado en su rostro me detiene. No entiendo. Aun así, me acerco a él. Se levanta de la silla y con la mano en alto me indica que espere. Me da la espalda y continúa hablando. El aire tiene un olor dulzón y pesado. La luz del sol ondea sobre los lomos de los libros de la biblioteca.

—Gracias. Te mantendré al tanto —concluye y corta—. Hola. Ya salía.

Me observa con desconcierto, pero enseguida borra la expresión con un rictus de premura.

—¿Has sabido algo? —indago.

—No. Todavía no. Voy a casa de mi padre.

—Vamos, entonces.

—No es necesario. Preferiría que te quedaras.

—Yo voy contigo, Juan.

—Quiero ir solo. —Su tono es irritado.

—¿Por qué?

—Cómo que por qué. Llevo aquí una noche devanándome los sesos, pensando que algo puede haberle ocurrido a mi hijo, y soy perfectamente capaz de seguir en esto solo.

Se mueve a un lado y a otro con un ímpetu sombrío, se pasa el dorso de una mano por la boca con fuerza. Sus ojos brillan febriles, como si estuviera enfermo. La agresividad es su forma de defenderse ante las emociones que no sabe cómo controlar. Lo he visto hacer esto cientos de veces, y en cada una de ellas me he alejado de él un poco más. Pero no hoy. Esta vez puedo ver su corazón, como si se hubiera desprendido de su tórax.

—Lo siento. Yo quiero ir contigo... Perdóname —digo. Y cuando pronuncio esta última palabra, mi voz adquiere un timbre falso.

—¿De qué tengo que perdonarte? —Detiene su ir y venir. Me mira de frente con un semblante inquisitivo y temible. Sus párpados enrojecen.

—Por no estar aquí cuando me necesitabas, por dejar el móvil en mi auto, por tardarme...

Juan suelta una lúgubre carcajada y luego dice:

—Olvídalo. —Me desecha con un gesto de la mano, se da vuelta y sale al pasillo.

Yo lo sigo. Juan sube las escaleras, entra a nuestro cuarto y cierra la puerta tras de sí. Bajo a la cocina a saludar a Yerfa. Me tomo un café mientras lo aguardo. Yerfa reza en un murmullo persistente. Tomo con ambas manos el tazón y lo acerco a mi pecho. Pienso en la soledad de Tommy, en su decepción. Nunca imaginé que podía herir a alguien que amo de esta forma.

Termino mi café, me despido de Yerfa y salgo a la calle para esperar a Juan. Cuando aparece me aproximo a él. Tengo el impulso de acariciar su rostro, aliviar su inquietud, pero antes de iniciar el gesto me paralizo ante su expresión mordaz y a la vez ausente, como si una idea se hubiera apoderado de él. Nos quedamos uno frente al otro, inmóviles. Reúno fuerzas, extiendo una mano y alcanzo su mejilla. Juan empequeñece los ojos y me mira, de la misma forma que se observa a través de la luz el interior de una habitación extraña. Siento una repentina ráfaga de miedo. Sucede con rapidez, no alcanzo a reaccionar. Juan me agarra la muñeca y la oprime con fuerza. Duele. Durante un segundo pienso que no está tan mal, al menos ha roto su indiferencia. Me suelta y, sin despegar sus ojos colmados de violencia, exclama:

—No me toques. ¿Oíste? No vuelvas a tocarme.

—¿Qué te he hecho? —pregunto sin mirarlo. Mi voz sale apagada.

Juan no responde. Repito con fuerza:

—¿Qué te he hecho?

Todavía siento el contacto de sus manos feroces.

—No necesitas seguir mintiéndome. Ya sé. —Sus palabras contienen una ira inmensa y oscura.

—¿Qué sabes? —me aventuro a preguntar.

Juan no responde. Mi cabeza empieza a marchar con rapidez, buscando, hilando, adentrándose en los vericuetos de mi memoria hasta dar de bruces con la grabación de Tommy en Los Peumos. En algún momento, Juan debió escucharla. Continúa sin hablar, sin mirarme, encapsulado, y no lo culpo. ¿Cómo podría?

—No vale la pena, Alma, no ahora. No tengo tiempo para esto. Tengo que buscar a Tommy —dice, echando a andar hacia su automóvil.

Yo lo sigo. Me subo y me siento a su lado. Comprimo los ojos. No puedo llorar. Sería inútil.

—No me dejes fuera de esto. Necesito ver a Tommy, necesito saber dónde se encuentra, cómo está —le pido con brusquedad, bajo el empuje de un sentimiento que me comprime el pecho.

—¿Para qué? —se lleva la mano a la frente. Sé que lamenta haber abierto una rendija en su fortaleza.

—Es también mi hijo.

—Por favor, no, Alma. De veras, no sigas. No quiero hablar contigo, no quiero estar a tu lado, me repele tu presencia, lo único que necesito ahora es concentrar mis energías en hallar a Tommy —dice, y luego emite un sonido de exasperación.

—Está bien. Pero déjame ir contigo. Te lo ruego. Permanece callado, sin echar a andar el motor de su auto. Tiene ambas manos en el volante y la mirada fija en la calle vacía. De pronto suspira, y sin apartar la vista de la acera le oigo hablar:

—Aun cuando todo esto no estuviera pasando, lo de Tommy, me refiero, yo no te preguntaría. No quiero saber. Espero estar hablando con claridad. No soy ese tipo de hombre. —Su tono está despojado de matices. Se dirige a mí como a una desconocida.

—¿Y qué tipo de hombre eres?

—Ese es un asunto que de aquí en adelante para ti no tiene ninguna importancia —afirma con brevedad.

El hecho de que Juan no me diga a la cara lo que ambos sabemos, que soy responsable de la desaparición de su hijo, en lugar de aliviarme, me

provoca tanta angustia que casi no puedo respirar. Cuánto quisiera poder hablarle. Recién ahora entiendo el sentido de la confesión. Es una forma de liberar los sentimientos que no se pueden resistir. En los segundos de mutismo que siguen, algo se desintegra en un rincón del auto. Miro de reojo el perfil tenaz de Juan y descubro su amor muerto.

—Te ruego que salgas de aquí. Tú no eres parte de esto. Ya no —insiste. Tiene una expresión solitaria y hermética.

Abro la puerta del auto y me bajo. Juan enciende el motor de su automóvil y en pocos segundos desaparece de mi vista.

50.

⌛

No voy a casa de mi padre; de hecho, no voy a ningún sitio. Tan sólo doy vueltas de un lado a otro en mi automóvil. Soy incapaz de permanecer quieto, o de hablar con algún ser humano, en tanto no suene este maldito móvil y alguien me diga que Tommy está bien. Y mientras avanzo, las calles, las personas, van perdiendo consistencia y sentido, como si viera el mundo a través de rayos X y descubriese que tras su rostro visible no hay absolutamente nada. Una corteza sin savia. El mundo y los hombres huecos. Mi móvil está sonando. Miro la pantalla. Es un número que no tengo registrado. El pulso se me acelera.

—¿Hablo con don Juan Montes?

—Sí —afirmo.

—Buenos días. Soy el teniente Ríos, estuve en su casa ayer por la tarde.

—Buenos días.

—Si me disculpa, don Juan, voy a ir directo al grano. Encontraron el cuerpo de un niño en la costa, unos dos kilómetros al norte de Los Peumos. Por las características que describe el cabo a cargo del área, se trata de un niño de no más de ocho años, lo que no calzaría con su hijo.

—Mi hijo tiene la estatura de un niño de ocho años —musito. Mi voz apenas sale de mi garganta.

—Tampoco trae uniforme de colegio. Su hijo llevaba uniforme —continúa el oficial Ríos.

—¿Cómo va vestido? —pregunto con un hilo de voz.

—Con jeans y un polar rojo. No tiene zapatos. El agua debió llevárselos. Mandamos por Internet la foto que usted nos dio, pero el niño tiene la cara desfigurada por el golpe que sufrió al caer, y no se ha podido confirmar su identidad.

—En Los Peumos está la casa de su abuelo y la tumba de su madre —murmuro. El oficial, sin escucharme, sigue hablando.

—Según se me informó, los niños del pueblo hacen la cimarra en esa área. Se trata de un lugar peligroso y no es la primera vez que pasa. Debe tratarse de un niño que vive por ahí y, como todavía siguen en

clases, nadie ha dado aviso de una desaparición. Hace un par de meses, el cuerpo de una niña estuvo en la morgue hasta la tarde sin que nadie lo reclamara. Eso me informó el cabo a cargo. Se lo cuento para que no vaya a estar tan seguro de que se trata de su hijo, ¿Tomás, verdad? Bueno, quería pedirle que fuera para allá. Para salir de la duda.

—¿Dónde está? —pregunto con sequedad.

—En estos momentos se conduce el cuerpo al hospital San Benito de Los Peumos.

—¿Cómo lo encontraron? —continúo indagando.

—Don Juan, no se apure tanto, lo más probable es que no se trate de su hijo.

—Lo más probable —digo sin la menor convicción. Mientras hablamos conduzco rumbo al aeródromo.

—Cuando llegue al hospital San Benito pregunte por el cabo Rojas. Él lo estará esperando.

—Estaré ahí en cuarenta minutos —concluyo y cuelgo. Conduzco a toda velocidad por las calles atestadas de Santiago. Adelanto a un Mazda y luego a un Fiat, atravieso un semáforo amarillo en el segundo que cambia a rojo, luego sobrepaso a un camión de reparto, un bus escolar. Mientras continúo y continúo, desde un lugar lejano e inmóvil de mi ser veo moverse una ciudad que me es extraña.



Abro el paso de bencina, enciendo los motores, ingreso a la pista, recibo la autorización de despegue, tiro la caña hacia atrás, levanto la nariz de mi avioneta y segundos después estoy volando. Encima de los árboles y de los tejados, el destello del cielo deriva hacia cimas amarillas. Atravieso un frente de nubes bajas y luego emerjo a un tramo de luz. Al sur flotan algunas nubes ribeteadas de gris. Surco el cielo a velocidad constante. El motor produce un sonido monótono que pulveriza el tiempo. La altura funciona como anestesia local.

Y entonces, en mi cabeza aparece un niño. Por fuerza es producto de mi imaginación, porque es imposible que Tommy esté sentado en el sitio del copiloto. Sin embargo, todo en él es tan real: su mirada somnolienta y a la vez penetrante descansando en mí, sus manos de dedos finos, su piel blanca, sus pies que cuelgan del asiento demasiado alto, y ese gesto, tan propio de él, de rascarse la cabeza para insuflarse fuerzas cuando se dispone a hablar. Pero Tommy no va a hablarme, porque Tommy es el niño que encontraron en Los Peumos. Quisiera estrellarme a pique en el mar. Nadie va a decirme que el sufrimiento y la muerte son parte

consustancial de la vida, nadie va a señalarme que sin ellos la existencia queda incompleta. Tommy está muerto, muerto... y eso no tiene sentido.

Un grito se abre paso por mi esófago. Es un alarido de un tono raro, profundo, que estalla y me atraviesa desde los pies a la cabeza y luego permanece vibrando con toda su intensidad. De mi cuerpo ha emergido un ser cuya materia es informe y maltrecha, que siente miedo y está solo.

51.

♒

Mientras prepara café, Maná me observa con una de sus abominables expresiones de sabia. Camino a su casa, la llamé para contarle lo de Tommy. El resto no puedo decírselo. Sería como entregar mis armas al enemigo. Tampoco ella me pregunta por qué estoy aquí en vez de estar con Juan, buscando a Tommy. Sentada a la mesa de su cocina aguardo la hora de ir a buscar a Lola al colegio. Quiero abrazar a mi hija. Tengo el bolso que trajo a casa de Maná en mis rodillas. Su pijama de manzanas se asoma a través del cierre eclair a medias abierto. Siento el impulso de tomarlo y llevármelo a la nariz, pero me contengo.

La mesa está cubierta de cajitas de mostacillas con las cuales Maná borda una figura de torso humano, cabeza de gallo y dos serpientes como piernas. Barro con la mirada cada uno de sus rincones, sus muebles de madera que atesoran decenas de canastos y vasijas. Intento imaginar sus historias, pero es inútil, no logro sacarme de la cabeza a Tommy. Maná se sienta junto a mí. Sirve dos tazas de café y luego extiende sobre su regazo un paño bordado.

—Es Abraxas. Una deidad que une lo divino y lo demoníaco. ¿Sabes por qué la estoy bordando?

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Para no olvidarme de un principio básico. Que debo aceptar las tinieblas dentro de mi ser si quiero alcanzar una mínima cuota de paz. Éste fue uno de los grandes temas de Jung —me explica. Se detiene al constatar que apenas la escucho.

Tommy alguna vez me mencionó que Maná le hacía pensar en las brujas buenas. Yo quise saber a qué se refería, y él me respondió que eran aquellas que podían hacer tanto el bien como el mal, una habilidad que las volvía doblemente poderosas. Maná toma unas cuantas mostacillas doradas y las pasa por una aguja. Sus movimientos son pausados y atentos. Las nubes de la mañana comienzan a disiparse y unos agujeros azules emergen por aquí y por allá. De tanto en tanto, Maná levanta la mirada de su labor y me observa. Me detengo en su cabello cano, en las arrugas que circundan sus ojos y que, en lugar de marchitarla, le otorgan una apariencia reposada. Se diría que ella misma las ha dejado asentarse en su rostro. No había reparado en ello, pero Maná carece de esa sombra de resignación que suelen proyectar las mujeres llenas de surcos y piel laxa, como ella. Escuchamos el eco de una máquina a lo lejos. El resto es silencio. El sosiego de su cocina y de su mundo.

Y entonces ocurre. La casa de agua se desmorona. Ya no tengo donde ocultarme. Rompo a llorar con el cuerpo agitado por convulsiones. Me doblo en dos y sepulto la cabeza entre mis manos. Lloro encorvada hacia delante, expulsando de mi cuerpo un veneno. Mi madre me envuelve y me atrae hacia su pecho. Escucho su corazón en mi oído. No sé cuánto tiempo permanezco así, gimiendo entre sus brazos, hasta que logro despegarme de su camisa mojada. Levanto la cabeza y me paso las manos por la cara.

—Lo eché todo a perder —digo en un susurro.

—Eso es imposible. Mira el esfuerzo que hice yo por echarlo todo a perder y aquí estás tú.

—Yo lo logré. Hice todo lo que pude para ser diferente a ti. Juré nunca herir a nadie como tú me heriste.

Maná cruza las manos, las comprime una contra la otra y se las lleva a los labios.

—Fui construyendo todo a conciencia. Pensé que lo lograría. Pensé que lo había logrado... —Hago un gesto de desaliento con la mano y mi voz se apaga.

Maná respira hondo. Nunca antes la había encarado de esta forma. Desprenderme de su influencia era también ignorar la responsabilidad que le cabía en mi vida.

—Alma, a veces... —murmura, y deja la frase inacabada. Mira hacia la ventana sin respirar y luego exhala un suspiro que llena el espacio—. A veces, por más esfuerzos que hagamos, la vida pasa por sobre nosotros. Nuestras conductas y sentimientos no nos pertenecen por completo. Están determinados también por lo que los otros nos dan o nos quitan, por lo que nos callan, lo que nos dicen, por nuestra historia. Tantas cosas...

—Si creyera lo que estás diciendo podría paliar la maldita culpa, ¿pero y el dolor, cómo alivias el dolor?

—Es que hay un espacio, un ínfimo espacio que nos pertenece. Y es ahí donde radica nuestra esencia. Es el que nos hace lo que somos, el que nos permite cambiar el curso del viaje. Como las velas de las fragatas. A veces basta un movimiento imperceptible para que las cosas cambien. —Adopta un tono de voz cuidadoso y profético que me crispa los nervios.

—Qué mala suerte, porque ésas también las quemé —intervengo.

—Ah, no. Eso sí que no. Las velas son indestructibles. Incluso siguen flameando cuando has muerto, en el recuerdo de las personas que te quisieron.

No puedo creer que esté hablando estas estupideces, ni escuchando las metáforas baratas de mi madre.

—Maná, mientras Juan sufría lo indecible por la desaparición de Tommy, yo estaba con otro tipo. De eso te estoy hablando. No de tus putas velas ni de tus barquitos.

¡¿Te das cuenta?! —grito—. Mientras él me llamaba una y otra vez, yo estaba en la playa, feliz, tirando. Tommy se dio cuenta de todo, por eso se escapó. Juan también lo sabe.

¿Te enteras? De esta mierda hablo. —Aparto la mirada para controlar el torbellino de rabia y miedo que me asalta.

Maná baja la vista y oprime mis dedos. Procuro calmarme. Me paso el dorso de la mano por la nariz y respiro.

—Si Tommy se escapó, ésa no fue la razón, no la única, al menos —dice cautelosa.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —indago con aprensión.

—Porque las cosas nunca son así. Nunca están aisladas. Tommy es un chico muy sensible, no digamos que su padre lo ayuda mucho con eso, pero además era víctima de agresión en el colegio.

—¿Cómo sabes tú?

—Lo sé porque la madre de uno de sus compañeros, a quien le hago clases de meditación, me lo comentó. Al parecer, uno de los niños, arrepentido, le contó a su mamá lo que estaba ocurriendo, y así se enteraron unos cuantos apoderados, entre ellos la mujer que yo conozco.

—¿Cómo no me lo advertiste?

—Me enteré hace tan sólo un par de días, estaba esperando el momento adecuado para decírtelo.

—Todos lo saben menos nosotros.

—De seguro, Tommy no quiere que ustedes lo sepan. Es terriblemente vejatorio.

—¿Y qué más sabes? —averiguo con resentimiento.

—Que las situaciones nunca son lo que aparentan. No del todo, al menos. Que hacemos lo que podemos, aunque muchas veces resulte insuficiente. —Sus ojos se arrugan como si fueran a llorar.

—¿A qué te refieres?

—Lo que voy a decirte no es una forma de redimirme. ¿Está claro? Quiero que puedas analizar las cosas desde otro punto de vista, eso es todo. ¿Recuerdas el pasaje a Barcelona? ¿De dónde crees que salió?

—¿Tú?

Maná asiente con un gesto de la cabeza. De pronto recuerdo la postal de Edith que llegó a su casa. Fue ella quien le dio mis señas a Edith y le pidió que me contratara. Debió conocerla en alguna de sus andanzas antes de casarse con mi padre. Mi viaje y Edith, los dos grandes milagros que me salvaron la vida y que yo atribuí a mis propios designios, son su responsabilidad. Un fino tejido de apoyo que fue urdiendo a mis espaldas. Sólo falta Juan. Juan llegó al restaurante porque alguien deslizó mi nombre junto con una crítica del diario El País en su pasaje. Tengo el vago recuerdo de haberle escuchado decir a Maná que trabajó en una agencia de viajes. Se lo pregunto.

—Un tiempo, sí. Pero eso fue hace años.

—Entonces tú enviaste a Juan al restaurante de Edith. Maná hace un gesto negativo con la cabeza y baja los ojos para tomar una mostacilla. Sé que está mintiendo. Tan sólo ayer, las revelaciones de mi madre hubieran echado abajo mis cimientos. Pero qué importancia tiene todo esto ahora si Tommy está desaparecido.

—Lo que hicimos o no hicimos, lo bueno y lo malo que heredaste de nosotros, es el legado que te dejamos. Ahora es tu turno.

—No puedo dejar de pensar en Tommy, no puedo dejar de pensar que tal vez está sufriendo, que no sé dónde está. No sé cómo hacerlo, mamá... —confieso, pronunciando la palabra impronunciable.

—Yo tampoco sé. En eso estamos solas, Alma. No sabes cuánto quisiera... —Su mentón tiembla y las lágrimas empiezan a resbalar por sus mejillas. Aun así, no esconde el rostro.

Llora por mí. Éste es acaso uno de esos cambios de rumbo de los cuales me habla. A pesar de sus certezas, Maná siente menos temor que yo ante las ironías de la vida y las preguntas sin respuesta.

Ambas miramos hacia afuera, hacia el rectángulo de cielo que se divisa por su ventana. Al parecer, es así como sobreviene el perdón, no con los bombos y platillos de las grandes revelaciones, sino que introduciéndose sigilosamente a través de las ventanas de las cocinas.

52.

El frío me invade en este cuarto sin ventanas. Aguardo al cabo Rojas. El mundo exterior está lejos. Mi padre, mis hermanos, mis pacientes, la clínica; toda esa vida minuciosa cargada de ritos que parecían imprescindibles. De improviso una pregunta surge en mi mente con tal claridad que me estremece: “¿Por qué soltaste los pájaros?”.

No se me ocurrió que tal vez Tommy tenía un motivo para hacer lo que hizo. Debí preguntarle. Debí escuchar lo que tuviera que decirme. Y en lugar de esa monserga que solté en su cuarto, hubiéramos podido sentarnos sosegadamente a conversar. Tal vez su respuesta no me hubiera gustado, quizá me hubiese dolido o enojado, y yo no habría salido de su pieza con la satisfacción de haber cumplido una tarea, pero ahora recordaría esa tarde no como un paso más en la pulcra educación de mi hijo, ni como una de las tantas conversaciones semejantes que sostuvimos, sino como un momento genuino y esencial.

Suena mi móvil. Es Yerfa.

—Don Juan, acabo de encontrar una nota de Tommy.

—¿Qué dice?

—Dice: no se preocupen por mí, fui a ver a mamá a Los Peumos, hoy es el aniversario de su muerte. Vuelvo en el bus de las seis. Muchos besos para todos. Tommy.

—¿Dónde la encontró?

—En la despensa, cuando fui a sacar arroz para el almuerzo.

—¿En la despensa?

—Sí, ahí mismito. No entiendo por qué la dejó tan escondida.

—Para que no la encontráramos tan pronto.

—¿Y entonces dónde está, don Juan, dónde está mi niño?

—Ya lo averiguaremos, usted quédese tranquila.

El cabo Rojas abre la puerta mirando a lado y lado; pareciera que ingresara en un campo enemigo.

—Gracias, Yerfa. Ya la llamaré más tarde.

Rojas extiende la mano y oprime la mía con fuerza. Advierto el contacto de su piel áspera. Aun cuando lleva su uniforme con desaliño, es un hombre con cierta pulcritud en las formas. Salimos a un pasillo atestado de gente que espera ser atendida. Al pasar, un chico con una magulladura en el rostro me mira desafiante. Caminamos sin decir palabra. La sala refrigerada está al fondo.



El cabo Rojas vuelve el rostro. No me es difícil reconocer a Tommy en este cuerpo destrozado. Miro los pómulos hendidos de mi hijo, sus labios rotos, sus ojos abiertos y contusionados, su tórax y sus brazos hinchados. Uno de sus pies se ha desprendido del resto de la pierna y está unido a su cuerpo tan sólo por el cartílago. El hueso de su cadera se asoma entre la carne blanca.

Sus orejas, en cambio, están intactas, también el cuello, claro y liso. Su pelo azabache aún brilla. Deslizo mis dedos por el contorno de su cuerpo gélido. Alguien ríe al otro lado de la puerta. Mis labios se estremecen, y de mi garganta se escapa un gemido que acallo con rapidez. El hombre que sostiene en el aire el paño blanco me pregunta:

—¿Está usted bien?

—Puede cubrirlo —respondo.

53.

♒

—¿Qué te pasa, mamá? —escucho que me pregunta Lola. Arruga la nariz y levanta los hombros.

Estamos en su cuarto, y mientras ella devuelve a su sitio los juguetes que llevó a casa de mi madre, yo la observo. Tommy lleva treinta y cuatro horas desaparecido. Lola preguntó por él apenas entramos y yo le respondí que había salido con Juan. Lamentó no haber estado aquí para acompañarlos. De vuelta en casa me siento como un soldado solitario, parapetado tras un arbusto, aguardando a que algo suceda. Tomo a Lola por la cintura y la vuelco sobre la cama.

—Esto me pasa, que tengo ganas de comerte enterita, como a un chanchito.

—Ay, mamá, yo no soy un chanchito —me rebate, aferrándose a mí.

—Sí lo eres. —Le doy besos en el cuello, ese lugar tan suave donde todavía perdura su temprana infancia.

—No. No lo soy, soy un conejo, acuérdate —dice firmemente asida a mi torso.

—Lo sé, pero es que los conejos no son tan ricos. Nos damos vueltas en la cama con nuestros cuerpos unidos. Llegamos hasta el borde y luego rodamos hacia el lado opuesto; los movimientos se hacen cada vez más rápidos, hasta que en uno de los giros caemos al suelo, abrazadas. Ella abre los ojos con aire travieso y ríe imitando a los personajes de los dibujos animados. Son unos sonidos intermitentes y agudos que nos provocan más risa.

Me impresiona ser capaz de reír de esta forma y a la vez sentir lo que siento. Recuerdo haber jugado así con Tommy cuando era más pequeño. Si Juan nos encontraba, me advertía que tuviera cuidado y volvía a cerrar la puerta. Pienso que le hubiese gustado jugar así con su hijo, pero él no conocía el camino que lleva hasta estos abrazos sin propósito. Ahora Tommy ha crecido, y ambos se perdieron esta experiencia para siempre. Tal vez Juan y yo, sin saberlo, estamos atrapados en lo que Maná llamó “el legado”. Hay una parte de nosotros de la cual nos es difícil desprendernos, aun cuando nos hiera, y que define nuestra vida en una medida tan grande que preferimos ignorarla. Ante su visión fugaz, nuestro instinto cierra la puerta —como Juan al verme cogida al cuerpo de su hijo— y pensamos que somos nosotros quienes hemos elegido cerrarla. Estrecho con más fuerza a Lola.

Vuelve a mi memoria la serpiente que, tras atravesar las piedras cortantes para desprenderse de su piel, descubre que las llagas no han desaparecido. Me impresiona no haber pensado en esto antes: sanarlas no es un ejercicio solitario, no guarda relación tan sólo conmigo. Ahora lo veo con tal claridad que me dan ganas de gritarlo.

—¿Es que no nos vamos a levantar nunca del suelo? —pregunta Lola.

Mi móvil suena dentro de mi cartera. Me reincorporo y lo busco con desesperación hasta encontrarlo. En la pantalla surge el nombre de Leo. Me parece que hubiera transcurrido un largo tiempo desde que lo dejé esta mañana. Lola se sienta sobre su cama y clava en mí sus ojos pardos, consciente de mi ansiedad.

—Espérame un poco, ¿ya? Es una llamada importante de la oficina.

Ella me hace una mueca con la boca abierta, como preguntándome: “¿Desde cuándo me das explicaciones por una llamada telefónica?”.

Entro a mi pieza. Veo mi bolso de viaje a medio abrir en el suelo. El resto de la habitación tiene un aspecto pulcro, como si en mi ausencia me hubieran desterrado.

—Alma, ¿estás ahí?

—Sí.

—¿Encontraron a Tommy?

—No.

Leo enmudece por unos segundos. De fondo se escucha el rugido de un auto al pasar.

—Lo siento.

—Es horrible, Leo.

—Estás en tu casa, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy afuera, frente a tu camioneta.

El frondoso árbol ante mi ventana me impide verlo.

—¿Por qué volviste a Santiago?

—No tenía mucho sentido que me quedara. Quiero hablar contigo.

—No es fácil para mí salir ahora.

Leo no dice palabra. Me doy cuenta de que no va a cejar.

—Espérame, ya salgo —le anuncio.

Desde el umbral veo a Leo al otro lado de la acera. Su presencia, tan cerca de mi mundo, me conmociona. Abro la puerta de la camioneta y le indico:

—Ven, súbete antes de que esto se vuelva un escándalo.

Leo cruza la calle y se monta de un brinco. Mientras me alejo a toda velocidad de mi barrio, Leo pone su mano en mi muslo. Permanecemos callados. Siento una fatiga demoledora. Avanzo sin rumbo determinado, evitando las avenidas principales. Abro la ventana, la atmósfera es templada.

—¿Podemos ir a algún lado? —prorrumpe en un tono brusco.

No sería capaz de entrar en un lugar público y ver que la vida de los otros sigue su curso mientras Tommy está en algún sitio que desconozco. Me detengo en una esquina cualquiera, descendemos de la camioneta y comenzamos a caminar. Es una calle de viviendas acicaladas, algunas sin estrenar. En el fondo se divisa una avenida de palmeras trasplantadas y varios edificios oscuros. La tarde desvaneciéndose tiene la textura de la casa de cristal: la de un mundo ficticio suspendido en el tiempo. Un mundo al cual ya no pertenezco.

—Han pasado tantas cosas desde la mañana —me animo a decir.

—Me imagino —conviene Leo. Percibo cautela en su voz.

Seguimos caminando sin tocarnos. La quietud a nuestro alrededor se vuelve densa, como una mordaza.

—Lo siento, Leo. —Observo la profunda sombra que cruza su rostro—. De verdad lo siento.

—No necesitas decidir ahora, puedo esperar. —Me conmueve su desolación y su humildad—. Yo no tengo apuro —añade.

Lo estrecho con fuerza. Leo me besa, el contacto de su piel me hiere. No puedo soportarlo. Me desprendo de él.

—Es la culpa, ¿verdad? —inquiere.

—No. No es la culpa. Lo más probable es que me arrepienta. Cuando tú estés instalado de vuelta en Bogotá, con otra mujer, yo voy a estar sola.

No puedo explicarle lo que ha sucedido con Juan.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando nos encontramos en el matrimonio de Julia? —me pregunta.

—No.

—Me dijiste que te contentabas con no sentirte sola. Parece que ya no piensas lo mismo.

—Sí, todavía lo pienso.

—¿Te sientes sola conmigo, acaso?

Los días compartidos con Leo me parecen lejanos, ajenos incluso.

—Respóndeme, ¿te sientes sola conmigo?

—A veces.

—¿Y con Juan?

—Casi siempre.

—¿Entonces?

—¿Acaso tú no sientes lo mismo, acaso no estás pidiéndome que vivamos juntos porque estás cansado de esa soledad y tienes la ilusión de que juntos podremos mitigarla de alguna forma? ¿No fuiste tú quien me dijo que lo que unía a las personas era la desesperación? Lo dejaste muy claro la primera noche que estuvimos juntos, para que no hubiera malos entendidos.

—Cambié de opinión. ¿Y sabes por qué? Porque contigo no me siento desesperado. Pensé que tú sentías lo mismo. Pero creo que me equivoqué.

Llegamos hasta el lugar donde se yerguen las palmeras. Nada de esto tiene sentido mientras Tommy no aparezca. Aun así, sigo hablando.

—Al rato vamos a estar todavía más solos. Después de intentarlo y fallar, vamos a estar mucho más solos.

—Mira, Alma, los acontecimientos en sí mismos no significan gran cosa, son tan afortunados o desafortunados como los que nunca ocurren. La única diferencia es que cuando suceden tenemos la opción de cargarlos de sentido. Eso es lo que te propongo, darle a esto un sentido para ambos.

Nuestro diálogo se me antoja una pantomima, un remedo de la realidad. Siento el impulso de salir corriendo.

—Cargarlos de sentido... —murmuro.

—Exactamente —afirma Leo. Una sonrisa se insinúa en la comisura de sus labios.

—Perdóname, nada de esto tiene sentido ahora, no sé qué hago aquí. Tommy desapareció, algo terrible puede haberle sucedido, no sé dónde está, y te juro que soy incapaz de pensar en algo que no sea él.

Se hace un silencio.

—Entiendo.

—Todo cambió, Leo —afirmo estremecida.

—¿De forma definitiva?

La oscuridad escala el cielo y me hunde. Ya no tenemos nada que compartir. Leo toma mi mano y la oprime, como queriendo manifestar un sentimiento extenso y a la vez último.

54.

⌛

Observo la fotografía de Soledad sujeta con una piedra contra su lápida. Sus ojos oscuros miran hacia el mar, hacia el sitio donde Tommy debió caer. Fue él quien la dejó aquí. Tras su rostro eclipsado por los moretones, Soledad tiene una expresión pacífica, luminosa incluso. En las rasgaduras de sus ojos, sus pupilas brillan. Una ráfaga se abre paso entre los compactos tejidos de mi cuerpo. Lloro. Abajo, las olas se estrellan contra las rocas. Veo a Tommy, su mirada certera me atraviesa y me abre. En ella vislumbro a un hombre enajenado de los objetos exteriores, un hombre que percibe la realidad vagamente, a través de fugaces chispazos de conciencia. Todas mis certezas se desvanecen, incluso esta que ahora enuncio. Tommy. Recuerdo su dibujo del Minotauro, el dibujo que siempre me pareció demasiado femenino. Puedo verlo con tanta claridad como si estuviera frente a mí. Entro en el laberinto. Me adentro en sus pasadizos, los de la conciencia de Tommy, su mundo vasto al cual nunca tuve las agallas de entrar, por ineptitud, por temor a encontrarme con su dolor, con el recuerdo de su madre intentado suicidarse. Cuán desafortunados fueron mis esfuerzos, cuán falsos. Lo dejé solo en el laberinto, y él, a su manera, encontró la salida.

Debo volver. ¿Pero cómo? Miro hacia el mar. Las aguas grises rasguñan las rocas, y en el cielo las nubes se expanden como una mancha de tinta. Recuerdo que tengo mi móvil en el bolsillo. Tomo una foto del agua, y otra, y otra, buscando captar su esquivo fulgor. El agua que se llevó a mi Tommy. Tal vez, congelando los instantes, pueda encontrar la ranura, el diminuto halo de luz que señala la salida del laberinto.

Pienso en Alma. Más que pensar en ella, es su imagen la que aparece, como si hubiera estado aguardando el minuto de hacerse visible. Recuerdo las palabras de Tommy. No hay otra persona en el mundo a quien pueda decirle que él está muerto, que vi su cuerpo destrozado y que algo se muere en mí en este mismo instante; no hay nadie más en el mundo a quien pueda confesarle que nunca había sentido tanto miedo.

Marco el número de su móvil.

—¿Juan? —la escucho decir de inmediato—. Juan, Juan... —repite con ansiedad.

—Tommy está muerto —digo.

Me invade una sensación de irrealidad, como si esto estuviera ocurriendo en otro sitio, a otro hombre.

—Murió en el mar frente a la tumba de Soledad —le manifiesto a continuación.

Alma no responde. El silencio nos embarga, un silencio en cuyo fondo zumban nuestras respiraciones. Sé que está llorando, que cierra los ojos ansiando escapar del horror que la domina. Es lo que yo hago.

—Juan, ¿dónde estás? —me pregunta. Su voz es cautelosa. Sus palabras parecen avanzar por un lienzo que en cualquier minuto puede rasgarse.

—En el cementerio de Los Peumos.

—¿Con quién estás?

—Solo.

—Juan, me esperas, ¿verdad? ¿Me esperas? Lloro otra vez. No intento apagar mis sollozos.

—Esto es lo que haremos. Tú me esperas, y en tanto hablamos. ¿De acuerdo?

Yo digo que sí, que estoy de acuerdo.

—No voy a cortar hasta que esté ahí, ¿me oíste? Ya voy saliendo. Estoy dentro de mi camioneta y enciendo el motor. Yo no te dejo, Juan. Yo no te suelto. Ahora me pongo el auricular, así podemos seguir hablando, espera un segundo. Ya está.

Sé que lleva la ventanilla abierta y que su pelo rojo se levanta con el aire.

—Y mientras manejo, para no dormirme, puedes contarme algo. Lo que tú quieras.

Sé que se pasa el dorso de la mano por la nariz una y otra vez, que tiene una expresión tenaz y que lleva el pie pegado al acelerador.

—Y si no quieres hablar, no me importa... —declara. Puedo verla morderse los labios hasta el dolor.

—Alma —digo por fin—, es que tú eres el hilo.

—¿De qué hablas? ¿Yo soy un hilo? ¿Tan sólo eso? ¿Un mísero hilo? —Escucho que ríe; es una risa ronca.

—Todo eso. Tú eres el hilo que me dejó Tommy para salir del laberinto, porque solo no puedo. ¿Lo recuerdas?

Agradecimientos

A Carlos y a mis amigos de siempre, por sus consejos y su apoyo incondicional.

A Carola Schutte y a Andrés Guelfenbein, por haber encontrado los dibujos de Tommy.

A Carmen Martín Gaite, que compartió sus ideas sobre la literatura con Alma.

A Vicente Huidobro, en cuyos Últimos poemas encontré los versos de “Pienso en ellos los muertos”.

Y a Jorge Aguiló, cirujano, por compartir conmigo sus conocimientos.

Otros títulos de ebooks Patagonia

La Tregua

Mario Benedetti

Vidas vulnerables

Pablo Simonetti

La reina Isabel cantaba rancheras

Hernán Rivera Letelier

El país de las mujeres

Gioconda Belli

Todo en otra parte

Carolina Sanín

Renacer. La respuesta de Occidente en la hora del cambio

Jaime Hales